FRANCISCO MORENO CABALLERO

EL TESTAMENTO DE
Juan el negro

Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculorojo.com

EL TESTAMENTO
DE
JUAN EL NEGRO

EL TESTAMENTO DE JUAN EL NEGRO

Francisco Moreno Caballero
(Con la colaboración de Jordi Moreno Caballero)

Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculorojo.com

Primera edición: mayo 2016

© Derechos de edición reservados.
Editorial Círculo Rojo.
www.editorialcirculorojo.com
info@editorialcirculorojo.com
Colección Novela

© Francisco Moreno Caballero

Edición: Editorial Círculo Rojo.
Maquetación: Juan Muñoz Céspedes.
Rev: Germán Fernández
Fotografía de cubierta: © - Fotolia.es
Diseño de portada: © Silvia Martínez Gil

Producido por: Editorial Círculo Rojo.

ISBN: 978-84-9126-824-6

DEPÓSITO LEGAL: AL 841-2016

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados. Editorial Círculo Rojo no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).»

IMPRESO EN ESPAÑA – UNIÓN EUROPEA

Esta, mi primera novela para adultos, está dedicada a todos los buscadores de la verdad. Aún a sabiendas de que nadie la puede llegar a hallar, pues si alguna vez la encontramos nos cambiará de tal manera que ya no seremos nosotros mismos.

Ora,lege,lege,lege, relege, labora et invenies
(Ora, lee, lee, lee, relee, trabaja y encontrarás)

Prefacio del "Mutus liber" o Libro mudo,
La Rochelle, Francia 1677 firmado por "Altus"

ÍNDICE

Capítulo 1. La muerte de un librero. 13

Capítulo 2. Querida Julia. 33

Capítulo 3. Algo aparece junto al Vístula. 53

Capítulo 4. La Gran Obra. 71

Capítulo 5. Juan “el Negro”. 97

Capítulo 6. Los sopladores. 117

Capítulo 7. Lapis Philosophicus. 151

Apéndice. Una pequeña guía simbólica. 163

Los hechos que aquí se relatan como actuales tienen lugar a mediados de la década de los 90 del siglo XX

CAPÍTULO 1
La muerte de un librero

223. *Mortificatio*, or *nigredo* and *putrefactio:* Sol and Luna overcome by death after the *coniunctio*.—Mylius, *Philosophia reformata* (1622)

Preludio

Lo tenía ahora en mis manos. Podía apreciar claramente su áspero y rasposo tacto, sus ángulos redondeados por el paso de los años. Miré por la ventana del hotel y el tipo de traje gris claro y cara de melocotón seguía allí abajo. Si mis sospechas eran ciertas, venía a por el libro, y si para ello debía de enviarme al otro mundo lo haría sin más contemplaciones. Estaba anocheciendo.

Esperaba impaciente la llamada de Julia. El sonido de su voz delicada era para mí, en estos momentos, la única confirmación posible de que todo aquello no eran sino imaginaciones mías, que Roberto se había despeñado él solo por aquel risco y que nadie lo había empujado con intención de matarle. Sí, debía de ser así. Al menos lo deseaba con todas mis fuerzas.

Miré de nuevo por la ventana y como antes cara de melocotón seguía allí, pero ahora parecía entretenerse contando las baldosas de la acera, quizás estaba tan impaciente como yo. Y de pronto se encendieron las farolas.

Me senté al lado del teléfono, y volví a guardar el libro en el bolsillo interior de mi chaqueta. Esperé unos minutos.

Sonó el teléfono. Dejé que sonaran dos *rings* antes de cogerlo, como dándole tiempo a que la llamada entrara en el aparato y no se esfumara al coger el auricular.

—Sí, dígame...
—Señor Gómez...
—Sí, diga.
—Alguien pregunta por usted en recepción y...

No había tiempo que perder. Había que salir de allí. Dejé el cuarto como estaba, ni siquiera creo que me diera tiempo a colgar el auricular. A mi izquierda el pasillo, flanqueado por las puertas de dos habitaciones contiguas a la mía, terminaba en una ventana grande que daba al patio interior y quizás a la salida de incendios, a mi derecha conducía directamente a la escalera y los ascensores. Cualquier persona de complexión normal habría optado por descolgarse de la escalera de incendios hasta el patio, pero yo, por mi edad y orondez tenía vetada dicha salida. Tampoco podía mezclarme entre la gente con la esperanza de confundirme entre cualquier grupo de

ejecutivos, las proporciones de mi cuerpo junto con mi espesa y canosa barba me hacían fácilmente reconocible entre los estilizados yuppies de rostro lampiño y maletines de piel.

Pensé que cara de melocotón utilizaría el ascensor para subir los cuatro pisos que me separaban del hall del hotel, pues también parecía que el tipo no era de los que se daban mala vida, aunque no llegaba a la consistencia de mi ya sesentona barriga. Así que bajé por las escaleras lo más rápido que pudieron mis piernas.

Justo en el último rellano de la escalera, que desembocaba en el hall, me detuve. Aparte de recuperar mi entrecortada respiración era el lugar ideal para observar si el terreno estaba despejado. Creía que podía reconocerles fácilmente por sus trajes de corte clásico y sus mocasines marrones pasados de moda.

En el centro de la estancia un grupo de jóvenes estudiantes, lo aparentaban por su edad e impedimenta, esperaban a que les acomodaran. El que hacía de jefe del grupo andaba de acá para allá sermoneando a todos con aire de sargento. En la recepción una pareja joven intentaba abonar la cuenta del hotel con una tarjeta de crédito que se resistía a ser leída por el aparatito, lo que provocaba la desconfiada sonrisa del empleado del hotel y la cara de susto de la mujer. Una señora mayor con un bastón salía de la cafetería y en la calle parecía todo despejado.

No había nada que me hiciese sospechar que aparte de mi amigo con cara de hespéride hubiese alguien más de *ellos* por la zona, así que me dispuse a bajar, con paso rápido y dando pequeños trotes, hasta el hall del hotel. Una vez allí volví a inspeccionar el panorama para cerciorarme de que allí no había nadie que quisiese arrebatarme el libro, o al menos que lo hiciera siendo consciente de todo aquello cuanto encerraba y que bien valía mi anónima vida.

Crucé por el centro de la estancia, pero de forma que al llegar al grupo de estudiantes pudiera parapetarme tras ellos para cruzar por delante de la recepción. En el mejor de los casos el recepcionista podría hacerme perder un valioso tiempo con cualquier tontería.

Contando por encima, cara de melocotón ya habría subido a mi habitación y comprobado que no me encontraba en ella, y supongo que no sería tan necio de registrar la habitación en busca del libro, pues sabía que no lo abandonaría por nada del mundo, así que ya estaría bajando a toda prisa para cazarme.

Tenía la puerta acristalada del hotel a escasos metros de mi, sonó el clic del ascensor que bajaba hasta la recepción, sin duda debía de ser él. Me acerqué a la puerta automática de la salida y esta ya debía de haber detectado mi pesado cuerpo y haberse abierto, pero allí permanecía, inmóvil, como una barrera que me permitía ver mi salvación, la libertad, pero que me impedía el acceso a la misma.

Me quede plantado, a solo medio metro de la lucecita roja del sensor, pero la puerta no se movió. La patética transparencia del muro de cristal me dejaba a merced de mi perseguidor...

Fin del preludio

Unos días antes, y casi a esa misma hora, me encontraba sin embargo a muchos kilómetros de aquel fatídico hotel. Caminado tranquilamente y en solitario. Con un paso atemperado, casi diría sigiloso, bordeando el rio que discurre cerca de mi lugar de retiro, y solamente perseguido por la suave y envolvente brisa.

Ya cerca de la orilla, la mansedumbre de las aguas me invitó, como siempre, al relajante acto de comulgar con la naturaleza, de esperar a que el sutil equilibrio del paraje me aceptase como suyo y me fuese descubriendo su auténtica esencia.

Las cañas, mecidas por el sosegado viento, emitían sin cesar su encandilarte rumor, solo interrumpido por los lejanos chillidos de las aves desde el fondo de los naranjales.

Era la Armonía en estado puro, el equilibrio perfecto en permanente riesgo de quebrarse.

Una carpa asomó de pronto su hocico ante mí volviéndose a sumergir inmediatamente, saludándome quizás, con la redondez de la onda que dejó pintada en el agua.

Lentamente la luz de la tarde fue cayendo, desvaneciéndose, haciendo virar al púrpura los colores que hasta hace un instante eran terruños, tiñendo también mi alma de esplendor y recóndita alegría. El espeso manto de la noche acechaba ya por el horizonte y mi corta epopeya debía de concluir. Me daba igual, pues sabía que el fluir del río me acompañaría al regresar al pueblo, como un bálsamo regenerador que me diese las fuerzas necesarias para sobrevivir al extraño mundo en el que me había introducido. Y de pronto, se encendieron las farolas.

Lo cierto es que necesitaba esa pizca de armonía, ese leve toque del latir de la naturaleza para poder asimilar lo que hace unos días me había ocurrido y que si no lo remediaba iba a cambiar por completo mi vida.

Hace ya como unos diez o doce años que me vine a vivir a este pequeño pueblo levantino que descansa a la vera del río que da nombre a la comarca. El clima apacible y la oportunidad de adquirir un pequeño huerto con una antigua casa de labranza fueron decisivos a la hora de elegirlo como mi lugar de descanso.

Cuando falleció mi socio de la librería y la pequeña editorial que teníamos en Valencia, especializada en temas esotéricos, sabía

que todo iba a ser diferente. Su hijo Roberto, un impetuoso joven de veinticinco años recién licenciado en económicas tomó tras la muerte de su padre su puesto en el negocio. El choque generacional fue inevitable.

El padre de Roberto, Gonzalo, se ocupaba de todos los asuntos administrativos y económicos dejándome para mí todo lo relacionado con los libros, y con la atención personal a los clientes y a los proveedores. Gonzalo era lo que en mi época llamábamos un contable con todas sus consecuencias; libros rayados de los de cubierta de cartón con asientos anotados a pluma y un cuadre hasta los céntimos. A pesar que en el mostrador de las ventas teníamos un ordenador que controlaba las existencias y hacía los tiques, en su oficina, su espacio privado y sagrado, nunca conseguimos instalar un aparato de estos mientras él estuvo en ella. Hasta el día antes de su muerte, y a pesar que la gestoría nos realizaba los libros de contabilidad mecanizados, Gonzalo se empeñó en llevar una contabilidad privada a su manera. “Así me aclaro” solía decir.

Tras medio año de discusiones casi diarias, que para nada convenían a mi contextura de hombre barrigón ya entrado en años, acepté la oferta por la cual Roberto se haría cargo de la librería a cambio de una cantidad fija mensual que debería de pasarme como arrendamiento de mi participación en el negocio. Todos mis conocidos se extrañaron que aceptase, pues sabían que mi amor por la librería “La Estrella” que hace más de 30 años fundé junto con mi socio era casi devocional. Era mi vida, el lugar donde dejé los mejores años de juventud y pasé mis momentos más agradables y memorables.

Pero la librería ya había muerto con Gonzalo. En todos los años que fuimos socios nunca conocí una discusión con él, me dejaba hacer a mí en lo mío y yo lo dejaba hacer en lo suyo. Y es así como vine a parar a este pequeño paraíso a solo 30 kilómetros del bochornoso centro de la capital.

Y fue Julia, nuestra encargada del mostrador de abajo, la que me comunicó, ahora también, el trágico e inesperado fallecimiento de su hijo Roberto y las extrañas circunstancias en las que se había producido. A la mañana siguiente tomé el primer tren hacia la capital y media hora antes de abrir ya estaba delante de la puerta de la librería.

Los cambios que había sufrido la tienda eran evidentes. Nuestra antigua puerta metálica negra con letras amarillas de la "Vasco Valenciana" había sido sustituida por una moderna puerta de rejilla galvanizada, que junto con otra interior de cristal, dejaban entrever el interior del establecimiento. Por suerte nuestro viejo cartel de hierro forjado clavado en la pared sobre el escaparate había sido respetado pero a cambio debía de aguantar el suplicio de otro de neón que ahora permanecía apagado y lleno de suciedad sobre el umbral de la puerta.

El escaparate exhibía en su centro el último *best seller* de un afamado vidente televisivo con un rótulo que rezaba " 1.995 ptas. ¡Compre antes de que se agoten!". La vitrina era compartida por los libros del horóscopo chino para el presente año y una docena de manuales del tipo "Aprenda a echar las cartas en una semana". Lejos quedaban los días en los que exhibíamos con orgullo ediciones en francés de **"Le monde primitif analysé et comparé avec le monde moderne"** de Court de Gébelin, o nuestras traducciones del inglés de textos de Paracelsus editadas por nosotros mismos para nuestros clientes más asiduos, así como los memorables libros de radiestesia de la editorial Mundi-Prensa, a los que acompañábamos con péndulos y varillas para su práctica. Cuando comenzamos, allá por el año 65, los temas esotéricos parecían una cosa poco menos que herética y merecedora de sospechas por parte del régimen. Sin duda organizamos un revuelo bastante grande en la ciudad y al principio los aficionados a estos temas venían casi como de incógnito, a veces incluso desde Madrid o Barcelona, para adquirir

alguna de nuestras joyas editoriales que con sumo esfuerzo podía localizar en mis viajes al extranjero, ya que aquí no se publicaba casi nada sobre el tema. Fue toda una apuesta empresarial pero que al final de la década de los 80 nos convirtió en referencia obligada a nivel nacional, pues nuestro fondo de títulos y ediciones raras era sin duda la más completa del país.

Las cosas no iban mal y hasta creamos una pequeña editorial, hoy ya con escasa actividad, que logró cosechar algunos éxitos de ventas.

Un fuerte "hola", emitido desde el otro extremo de la calle me hizo salir de mis pensamientos. Era Julia, la siempre joven Julia, una de esas mujeres de cuarenta y tantos años que a uno siempre le despiertan una mezcla entre deseo y admiración. Vestía unos pantalones negros y una camisa tostada de grandes solapas que asomaban por la ya algo vieja chaqueta de cuero marrón. Un pañuelo de color azul alrededor de su cuello y unas modernas gafas de sol le conferían ese toque de mujer libre y emancipada que ella siempre se prestaba a destacar.

— ¿Que tal señor Pablo? — Me saludó afectuosamente, al tiempo que dejaba en mis mejillas dos sonoros besos.

—Bueno, yo como siempre, pero una lástima lo de Roberto.

—Sí — musitó algo apenada — en la flor de la vida y ya ve, y es que aquí estamos de milagro.

—Sí, así es la vida — Le contesté en su mismo tono, lastimoso pero sin llegar a la exacerbación, pues los dos sabíamos que Roberto nunca fue para nosotros un personaje especialmente simpático.

Julia se dispuso a abrir la puerta de la librería. Lo hizo solamente hasta la mitad de su recorrido, así que tuve que agacharme un poco

para poder franquearla. Ya dentro del establecimiento Julia sacó un rotulador y un trozo de cartulina sobre el que escribió “CERRADO POR DEFUNCIÓN” y con un par de trozos de celofán la colocó en la puerta de cristal, para luego bajar la puerta metálica hasta abajo.

— Todo sucedió muy rápido — me explicaba Julia —, el viernes, a eso del mediodía, Roberto me mandó llamar a su despacho y me indicó que él estaría fuera y que no volvería hasta mitad de la próxima semana, por lo que debía de encargarme yo misma de ir al banco para hacer los ingresos. También me dejó anotadas unas cuantas llamadas que tenía que hacer a varias distribuidoras para el lunes, es decir, para hoy.

Todo esto me lo contaba mientras recogía diversos papeles y notas de encima del mostrador que cuadraba con elegancia para luego guardarlos en los cajones. Siguiendo su charla se dirigió al despacho del fondo impeliéndome a seguirla mientras la escuchaba.

Fue su exmujer, —prosiguió— la que me dio la noticia de su muerte. Y fue entonces cuando le dejé el mensaje en el contestador.

Julia se quitó la chaqueta que colgó en la percha del despacho. Se sentó tras el escritorio, en la silla que habitualmente se debería de sentar Roberto. Si la librería había sufrido cambios, el despacho parecía haber renegado definitivamente de su anterior aspecto. Las paredes, más que pintadas, permanecían ocultas por un espeso manto gris azulado que sumían a la pequeña estancia en una frialdad y seriedad agobiantes. Los muebles de diseño funcional, también en gris, esta vez antracita, albergaban toda una suerte de objetos y aparatos que el pobre de Gonzalo hubiese tachado de sacrílegos en su sagrado templo consagrado a la computación manual y los apuntes caligráficos.

Yo me senté en un incómodo sillón con reposabrazos metálicos enfrente de Julia. Inevitablemente me vinieron a la memoria las

largas conversaciones, las noches casi sin dormir, que Gonzalo y yo habíamos consumido en esta sala. Yo me sentaba aproximadamente donde lo hacía ahora, en un confortable silloncito neoclásico forrado de piel teñida de verde con ribetes dorados. La mesa del escritorio, hoy sin duda pieza de anticuario, con su suave tacto maderoso nos servía de espacio común para escenificar con los útiles del escritorio nuestras ideas acerca de los cambios en la distribución interior de la librería, o para revolver y hojear libros extranjeros y originales que proyectábamos editar. La verdad es que Gonzalo se limitaba a escuchar y asentir mis apasionadas exposiciones de ideas, y a lo sumo me preguntaba que cuánto costaría todo ello. Si la cifra era razonable me decía, "Sí, sí. Hazlo, hazlo".

Julia, más que sentarse, tomó posesión del sillón, del despacho mismo. En menos de un minuto guardó algunos objetos y notas personales que deberían de pertenecer a Roberto y reordenó los útiles que se disponían sobre la mesa en una suerte de configuración tal que borraba todo indicio de su primitiva disposición.

— Bueno, ahora habrá que hacer mucho papeleo— prosiguió — a falta de testamento en contra será su exmujer la que administre su parte, ya sabe, su hijo es el único heredero y hasta su mayoría de edad le corresponderá a ella, digo yo...no lo sé exactamente pero debe de ser así, ¿no?

— Supongo — le contesté— aunque no sé mucho de estos temas.

— Lo mejor sería que buscásemos un abogado, ya sabe que el señor Peris, el asesor que Roberto contrató, va a barrer para su hijo, seguro.

El tono y entonación de las frases de Julia no me parecía nada claro. Estaba tensa, a veces balbuceaba un poco, parecía que quería darme a entender algo más, algo que no conseguía captar.

— ¿Como murió? — le pregunté para evitar el tema, para mi nada agradable, del reparto de la herencia de Roberto a los escasos días de su muerte.

— Tal como le dije en el contestador según me contó su exmujer, que es quien nos dio la noticia, lo encontraron muerto en una montaña cerca de Xátiva o por ahí. Se ve que se despeñó y se dio un golpe en la cabeza. Ya sabe, esos pequeños golpes que se da uno en un mal sitio. Hace una semana un vecino de la finca de enfrente se golpeó con un bordillo y casi la paga el pobre.

— ¿Iba él solo?, es decir me refiero si sabe con quién iba o que es lo que hacía en una montaña de Xátiva.

— No, no sé. Lo que le he contado es lo que me ha comentado la familia.

— Me gustaría darle el pésame a su mujer y a su hijo.

— Exmujer.

— Sí, ya sabía de su separación.

— Divorcio, hace un mes que se lo dieron.

— Bueno, por lo pronto ponga una esquela en el periódico y le envía una corona de flores como librería La Estrella y otra a título particular, a mi nombre. Y entérese a qué hora será su entierro y todo eso.

— Por supuesto, mandaré a Rocío ahora mismo, le dije que hoy no viniera al trabajo, pero la llamaré, aunque me gustaría que se aclarara antes mi nueva situación.

— Diga lo que tengo que aclararle— le contesté esperando por fin que soltara lo que llevaba dentro.

— Desde que usted se marchó las cosas han cambiado mucho. No son los años aquellos en que éramos casi los únicos del país. Los márgenes son bajos y hoy se vende de todo, hay que hacerlo. Roberto ya sabe cómo era, pero para esto de los negocios tenía olfato. Yo al final ya casi lo llevaba todo, con el divorcio y esas cosas, siempre iba de aquí para allá, a veces estaba mucho tiempo fuera, y gastaba. Ya lo creo que gastaba. En el banco nos llamaron la atención unas cuantas veces porque había excedido el límite de su tarjeta. Pero tenía vista suficiente para de recuperarse en seguida, como verá nunca nos retrasamos con su paga.

— Nunca — asentí brevemente, aunque últimamente se acumulaban siempre dos o tres mensualidades que al final acababan pagando a fin de año.

—Él me prometió que este año que viene yo dirigiría el negocio, que ya estaba bien de tanto trabajo y que quería hacer como usted. Pero ahora, ¿quién sabe con qué canción nos vendrá la viudita? Si Roberto era, aunque esté muerto hay que decirlo, un cabrón, su ex es una auténtica víbora.

Tenía claro que Julia nunca sentiría ese amor devocional que yo sentía hacia los libros, pero sin duda lo sentía hacia a su puesto de trabajo. Temía, y con toda razón, que la exmujer de Roberto quisiera tomar ella misma parte en el negocio y poner a Julia en la calle. Me constaba que las relaciones entre ambas eran bastante tensas, pues conociendo la vida disoluta de Roberto, su mujer estaba casi convencida de que Julia fue algo más que una mera empleada para su marido.

Yo por mi parte no tenía ningún inconveniente en recibir mi alquiler mensual y dedicarme a mi retiro, fuera Julia o quien fuera que

llevara el negocio. Para mí La Estrella de hoy no pasaba de ser una simple inversión, no era aquello que ,aún vivo, sigue obligándome a estudiar lo que hay más allá de lo que normalmente podemos ver.

— Por mí, adelante, —intenté complacerla— pero sabe que la última palabra siempre la tendrá la mujer de Roberto, así lo pone en el contrato, yo renuncio a la gestión y recibo unos beneficios fijos, si hay más para él, si no, se rasca el bolsillo y pone mi parte.

— Bueno, pero usted sabe que ese papel tiene relativa validez. Es algo privado entre Roberto y usted, no es un contrato en un sentido legal, es un acuerdo. Usted posee el 50% de las acciones de la librería y la editorial y con eso algo puede hacer. Todo es cuestión de abogados.

— Julia— la miré a los ojos— yo no estoy ya para pleitos. Tiene mi palabra que intercederé por usted ante la exmujer de Roberto y por la parte que me toca usted dirigirá esta librería. Usted sabe de qué va el negocio, dudo que la viudita, como usted la llama, quiera meterse en berenjenales de este tipo.

— Me alegro.

— Bueno, pero a cambio quiero de usted algo.

—Pídame, lo que quiera, —dijo, adoptando una postura, quizás eran imaginaciones mías por mi inocente atracción hacia ella, tan sensual y provocativa que no pude evitar un ligero sonrojo— dígame lo que puedo hacer yo por usted.

— De usted solo quiero que se ocupe de todos los trámites, lo redacta todo y me trae los papeles al pueblo diciéndome donde hay que firmar y yo firmo ¿entendido?

— Entendido— exclamó, a la par que depositaba un atrevido beso en mis labios que me hizo sonrojar del todo— sabía que mi jefe de siempre no me fallaría.

Este fue la última vez que hable personalmente con Julia. Poco se podía imaginar que se había involucrado en un asunto, y yo con ella, que iba a cambiar por completo su visión del mundo y que incluso podía significar un fin trágico e inminente para su vida, y la vida de muchos otros.

Pero la constatación de todo ello tendría lugar unos días después. Al principio fue tan solo un leve estremecimiento al tocarla, al rozar con las puntas de mis dedos su blanca faz. Luego solo pude sentir natural curiosidad por esa carta que junto a un heterogéneo mazo de envíos postales, la mayor parte sin interés, me entregaba el joven cartero del pueblo.

Como siempre me venía con quejas acerca del servicio, de las piruetas que el encargado de una oficina rural tenía que realizar para contentar a los de la oficina técnica de la cual dependía. Quizás el correo llevaba acumulándose más de quince días y solo cuando la cantidad de cartas o la importancia aparente de las mismas comenzaban a ser relevantes me las traía a casa con su coche particular. No tenía obligación de llevármelas, pero lo hacía, pues mi casa en el campo no era zona de reparto, o al menos eso decía. Una pequeña propina solía bastar para que de buen grado me prestara este servicio adicional.

Pero allí estaba, junto con la pléyade de facturas y publicidad que sostenía trémulamente en mis manos. La fecha del matasellos coincidía con el día anterior a su muerte. Remite Roberto Suay Vázquez, no se trataba pues de alguna circular o comunicación de la librería que siempre venia con su acostumbrado membrete. Esperé un poco antes de abrirla, como para concienciarme que dijera

lo que dijera el autor de dicha misiva llevaba varios días muerto y enterrado. Iba a ser casi como escuchar una psicofonía, una comunicación del más allá.

Tres pequeñas hojas de libreta escritas a mano por delante y por detrás y arrancadas del cuaderno con poco o ningún cuidado formaban el extraño mensaje. Sin duda era su letra, su característica letra compulsiva y de grandes trazos, propia de alguien que pretende comerse el mundo.

Me senté en mi sillón de lectura cerca de la ventana. Busqué a tientas mis gafas de vista mientras intentaba adivinar las primeras palabras tras el encabezamiento que no pude descifrar hasta que me coloqué los anteojos. Comencé a leer:

> Amigo Pablo, en primer lugar he de pedirte perdón por todos estos años que te he privado de estar al frente de La Estrella. Ahora, con la experiencia que te da la vida puedes ver las cosas con más claridad. Por diversos motivos, pero principalmente por la amistad que os unía a ti y a mi padre, por lo que juntos hicisteis, por la ilusión que siempre os animó es por lo que te pido simplemente que me escuches.
>
> Ya sabes lo difícil que es hoy en día mantener un negocio a flote. Ha habido veces que he tenido que hacer cosas que en otras condiciones nunca hubiera hecho, pero casi siempre he podido salir adelante, puntualmente te he pasado tu mensualidad a pesar de los momentos difíciles por los que hemos atravesado.
>
> Dios mío, me he decidido a escribirte y no sé cómo comenzar. No sé aún si al final te enviaré esta carta, pero ahora necesito compartir con alguien de confianza todo lo que me está pasando.
>
> Todo comenzó hace unos años cuando empezamos a recibir regulares encargos de un tal señor Marino. Siempre se trataba de

obras raras sobre Astrología y Alquimia, ediciones antiguas y originales difíciles de conseguir. El dinero no importaba y yo, no lo niego, intenté aprovecharme de la situación. Movía nuestros antiguos contactos, aquellos que tú forjaste en tus viajes por Europa, Les Anciens en París, Kabala de Viena, el señor George Osborne de Tenerife, Primum Móbile en Varsovia etc.

Al señor Marino solo lo conocíamos por teléfono. Le mandábamos los paquetes a un apartado de correos de Madrid y él nos hacía llegar una trasferencia a nuestra cuenta. Pero un buen día, creo que fue en mayo, se nos presentó un tipo bajito y calvo, con un traje gris, alguien con todo el aspecto de vendedor de seguros funerarios. Se identificó como el tal señor Marino y me pidió que entráramos en mi despacho. No podía por menos que atender a tan magnánimo cliente. Una vez allí, sin casi ni saludarnos me puso encima de la mesa un enorme fajo de billetes. Aún recuerdo sus palabras: "Aquí tiene un millón de pesetas. Necesito en el plazo máximo de un mes un ejemplar en perfecto estado la edición latina de Du Fresney, del año 1741, de **La entrada al palacio cerrado del rey**, de Ireneo Filaleteo". Viajé expresamente a París y tras unos días di con el raro ejemplar que le entregué puntualmente.

Entramos a partir de entonces en una especie de relación por la cual me sufragaba los gastos de los viajes e incluso me indicaba donde podía buscar para encontrar las obras que me pedía. Se interesaba únicamente por las ediciones príncipe, por los originales, y especialmente por los manuscritos, eso sí siempre ejemplares completos y lo más íntegros posible.

"Teosophia Práctica" de Johan Gichtel, las obras de Paracelsus, de Basilio Valentín, varios grimorios medievales, en fin, joyas editoriales que recababa de colecciones privadas, instituciones y ordenes esotéricas. Al final yo únicamente recibía el diez por ciento del importe de la operación más los gastos de desplazamiento y estancia. No era un mal asunto, pues las cantidades que se movían eran importantes. A veces se recurría a hacer una "donación" a

alguna Logia o Sociedad Secreta a cambio de unos cuantos libros de sus bibliotecas. Llegaron incluso, según me contó el Sr. Marino a sobornar a varios altos funcionarios de bibliotecas públicas y de universidades para que casualmente perdieran dos o tres libros antiguos, que yo simplemente me limitaba a recoger tras verificar su autenticidad. ¡Como echaba de menos su experiencia!, yo les hacía ver que entendía, pero solo tengo una vaga idea de esto, pero ante el dinero de mis clientes parecía que nadie se le ocurría hacer trampas, al menos siempre quedaron satisfechos con mi trabajo.

Me daba la gran vida en mis viajes, hoteles de lujo, prostitutas, drogas, fiestas, todo lo que se podía pagar con dinero. Poco a poco mi matrimonio, como sabes, se fue resintiendo hasta que ha terminado por completo. Tales eran las posibilidades de negocio que decidí este año que viene dedicarme en exclusiva a ello. Hablé con Julia incluso para que dirigiera la librería, por supuesto ella no sabía nada del asunto y simplemente le dije que quería retirarme, que ya estaba harto.

El señor Marino no quería preguntas, y yo no las hacía. Me entregaba un sobre con dinero, billetes de avión y lo que tenía que buscar. Yo se lo entregaba y punto.

Pero todo cambió cuando se empeñó en conseguir un cierto libro, una copia de un manuscrito de un autor que nadie conocía y que parecía no había existido nunca. Que era algo importante, lo deduje al instante, pues me ordenó paralizar todas las demás búsquedas para centrarme en la del manuscrito. También la suma que me sugirió para su compra no dejaba lugar a dudas sobre su interés, además fue la primera vez que el Sr. Marino vino acompañado de otro tipo que al parecer le daba órdenes a este y que según me dijo tenia gran interés en conocerme personalmente, pues estaba muy al tanto de todo cuanto hacía, ya que me hizo algunos comentarios sobre las búsquedas que tenía en curso.

Se trataba de una copia de un intrigante manuscrito llamado “El testamento de Juan El Negro”. Según ellos el original se habría perdido en el terremoto que en el año 1748 asoló el castillo de

Montesa, y aunque una leyenda posterior afirmaba que en realidad fueron los frailes del castillo los que intencionadamente aprovecharon el terremoto para esconderlo entre las piedras de las murallas, nadie aún ha podido encontrar ese supuesto original entre las ruinas y en ninguna otra parte. Pero lo que si se sabía casi a ciencia cierta, por diversos documentos de la época, es que circulaban al menos dos o tres copias del mismo, en forma de librito, entre algunos Caballeros de la Orden Militar que tenían ese castillo por solar. Habían seguido la pista de una de estas copias hasta la biblioteca particular de un tal *Juan de Malborken* , un noble Polaco de ascendencia Teutona. Tras la II Guerra Mundial y la implantación del régimen socialista el rastro de dicha copia manuscrita se había perdido definitivamente, pero se sospechaba que aún debía de estar en Polonia, en manos de algún descendiente del noble. Debía de viajar a Varsovia e infiltrarme en los círculos de traficantes de obras de arte y antigüedades, círculos como sabes nada claros, pues para los bibliófilos especializados (Lo primero que hice fue llamar a Primun Móbile sin ningún éxito) era un documento del todo desconocido.

Las cosas se complicaron para mí, pues los gastos y los sobornos se multiplicaban y no había ni rastro del oscuro manuscrito. Tras infructuosos meses de búsqueda, tras el enorme tedio que ya me producían los lujos y excesos que me daba a costa de mis beneficios futuros que amenazaban con esfumarse, decidí abandonar la búsqueda, abandonarlo todo e iniciar a ser posible una nueva vida, buscar otra mujer que me quisiera tal cual soy (o al menos que me lo hiciera creer) y dedicarme a rehacer mi vida y a reflotar la librería.

Cuando se lo propuse al señor Marino me puso toda clase de objeciones, pero no obstante me dijo que hiciese lo que quisiera después pero que al menos acabara este trabajo. Proseguí unos días más pero al final decidí abandonar. Le envié una extensa carta explicativa al antiguo apartado de correos con el que trabajaba antes,

así como un cheque que saldaba todos los adelantos que me habían entregado.

No tardé en recibir una inquietante llamada del mismo en la que más o menos me decía lo siguiente:

— Iluso cabrón, ¿Dónde crees que vas? Sabemos que tienes el libro, sabemos que quieres aprovecharte de él, pero es nuestro ¿sabes?, así que dentro de tres días a las 12 horas en punto de la noche acude a la habitación 212 del hotel Astoria Palace en Valencia con el Testamento de Juan el Negro . Te estaremos esperando. Si no nos lo traes o no acudes a la cita, date ya por cadáver.

Como puedes suponer me dejo frío. ¡Pensaban que me había quedado con el libro! Intuía que sus amenazas iban en serio. Era gente poderosa y sin escrúpulos, los conocía en este aspecto bastante bien y sabía que no se detenían ante nada que se cruzase en sus planes.

Así que tras unas horas pensando que es lo podía hacer accedí entrar en su macabro juego, pero les dije que no lo tenía yo, que no iba a ser tan tonto, que lo tenía una persona de mi confianza que estaba en Varsovia. Así que les convencí de que me tendría que ir a Polonia para recoger el libro y que del precio ya habríamos. Cogí todo el dinero que pude reunir para volar hasta allí. Mi plan era el siguiente: intentaría por todos los medios dar con el libro, se lo entregaría al señor Marino y asunto concluido, pero por si acaso fracasaba en mi intento, podría fácilmente desaparecer allí, en Polonia, o incluso trasladarme a un país limítrofe en el que me pudiese esconder con garantías.

Y fue casi a punto de dirigirme al aeropuerto cuando recibí una llamada de uno de mis contactos que me hizo recuperar de nuevo la esperanza. Parecía que el maldito libro había aparecido sorpresivamente en un lugar que en un primer momento descarté. No había tiempo para comprobaciones e investigaciones y me arriesgué. Aposté todo el tiempo y dinero que me quedaba a esta nueva pero incierta pista, que de conducirme por fin al libro sería la llave de mi liberación.

Pero heme ahora aquí, desesperado, casi llorando como un niño, dentro de una hora voy a ver al señor Marino, está ya aquí, en Valencia, y hemos quedado para vernos en el hotel a la hora pactada. ¿Quedará satisfecho con lo que le voy a mostrar? No sé, he pasado mucho, he visto que uno puede huir de todo menos de su destino, del destino que uno se teje por sus acciones pasadas. Si el señor Marino queda contento con lo que le voy a entregar y cumple su pacto quizás pueda obtener la tranquilidad que deseo, si no, quien sabe que me puede ocurrir… Aunque de todos modos, y revelándome a mi azaroso destino, he decidido guardarme valientemente un as que inesperadamente ha caído por azar en mis manos, por si las cosas al final se tuercen.

Todo esto te lo cuento simplemente para desahogarme, y para que por esta misma carta se cancele nuestro contrato, deseo fervientemente que te hagas cargo de la librería y la editorial, te cedo mi parte por los estragos que mi mala actuación han producido en el negocio. Simplemente te pido perdón.

No sé si voy a echar esta carta aún, no sé, no sé si hacerla pedazos o meterla en el sobre que tengo ahí encima de mi mesa con tus señas, en fin, si estás leyendo esto es que al final me he decidido a hacerlo.

Hasta siempre.

Roberto.”

Reflexioné un poco antes de emitir algún juicio sobre la misiva. ¿Se había vuelto loco y en su delirio había escrito esta carta para luego despeñarse víctima de su enajenación? ¿O era una simple broma o triquiñuela suya para burlarse de mí y después, casualmente, le pudo sobrevenir la muerte, sin relación alguna con su carta? ¿O si por el contrario el tal señor Marino había cumplido al fin su fatal amenaza? Tenía que hablar con Julia.

CAPÍTULO 2
Querida Julia

El ruido de las máquinas me impedía el poder escuchar nada, simplemente saludaba a las muchachas a medida que parecía que ellas me iban saludando. Me había dirigido a un pequeño almacén de envasado de cítricos, propiedad de Bernardo, un modesto comerciante de frutas con el que a veces compartía mesa en el bar. Cuando llegué al pueblo me sorprendí con qué facilidad la gente de aquí te integra en sus grupos, no es que intimara con mucha gente, pero al menos siempre recibía algún saludo. Los cotilleos, supongo, los harían detrás de mí.

Entré en la oficina. En la pequeña estancia una joven de abultados pechos y cara de muñeca se peleaba con la fotocopiadora que parecía haberse atascado. Era Lorena, sobrina de Bernardo y al mismo tiempo su secretaria personal y contable en el negocio.

— ¿Dónde está Bernardo? —le pregunté, sin poder evitar dar una ojeada a sus exuberantes protuberancias que parecía exhibir con orgullo.

— Ha salido un momento al bar con unos clientes, pero volverá ahora mismo, pero en fin si quiere que le dé un recado me lo apunto y se lo doy.

— No, lo que quería era enviar un fax a la librería, es un poco urgente.

— Pues nada, se lo envío en un momento, sabe que Bernardo dice que esta es su casa.

Una a una fueron pasando las hojas de la carta de Roberto, hasta que con un agudo pitido la máquina indicó que la transmisión había concluido satisfactoriamente. Le di las gracias a la muchacha, que rehusó aceptar en todo momento el dinero que pretendía darles por los gastos y molestias.

Ya en casa esperé la llamada de Julia. Tal como acordé con ella, cuando leyera mi fax nos pondríamos en contacto para hablar del asunto. El teléfono no tardó en sonar.

— Sí diga.

— ¿Señor Pablo?

— Sí, Julia. ¿La ha leído?

— Sí, y que quiere que le diga, para mí que se volvió totalmente majara. Es mucha tensión, las deudas, su divorcio, también bebía todos los días ¿Sabe?

— Bueno, casi mejor así.

— Sí bastante mejor. Pues majara o no le da su mitad del negocio. Ahora sí que puede hacerse con el mando otra vez. –Casi canturreó entre sarcásticas risas— Nos ha salido una jugada redonda.

— Querida Julia; no pensará que soy tan canalla. Además, no creo que una simple carta sirva para anular nuestro contrato, y aunque lo fuera no sería más que el testimonio de un loco.

— También dice que me iba a dejar dirigir la librería el año próximo, eso es verdad — contestó cambiando el tono.

—Eso precisamente quiero saber, que es lo que es verdad en su carta.

— Bueno, quizá mezcló realidad y ficción.

— ¿Que quiere decir?

— Lo que dice al principio de ese señor Marino es verdad. Estaba muy ilusionado con él, pues se dejaba bastante dinero en ediciones de colección. Prácticamente nos vació el todo el fondo de ediciones originales que usted tardó tanto tiempo en reunir. Pero en fin, no sé yo más. Al cabo de un tiempo desapareció, por lo visto ya no le quedaba nada que comprar en nuestra librería.

— Muy interesante. ¿Lo vio usted alguna vez, cuando dice que vino a la librería o en alguna otra ocasión?

— No. Hablé alguna vez por teléfono sobre algún encargo. Yo misma los empaquetaba y los enviaba al apartado de correos.

— Bueno, — decidí concluir— de momento no diga nada de la carta a su exmujer. Tramite los papeles como si nada y ya hablaremos. ¿Vale?

— Vale, y hasta pronto.

— Igualmente.

No quise hacer mucho caso a la carta de Roberto, bastante tenía el pobre con haberse muerto para que ahora pretendiéramos buscarle tres pies al gato. Guardé su carta junto con el periódico en el que apareció su esquela. Sería mi pequeño relicario de un hombre que en vida lo podía enumerar entre mi corta lista de enemigos. Pero en fin, me reconfortó saber que casi al final de su existencia, como intuyendo su fin inminente decidiera reconciliarse conmigo. Lástima que no pudiera expresarle también una prueba de amistad por mi parte.

Pero lejos de mis intenciones a los pocos días tuve que desempolvar la intrigante carta a raíz de otro asunto no menos oculto y escabroso. Fue un miércoles por la mañana, una de esas mañanas, en las que tras días de intensa lluvia, un tibio sol invernal evapora la humedad del campo y parece que se respira mejor ambiente. Allí, al pie del portal de mi casa, un joven de peculiar aspecto se me presentó con un ejemplar de la revista esotérica “Otros Mundos” a modo de enorme tarjeta de visita. Se llamaba Cristian y tendría a lo sumo veinticinco años, pero su vestimenta y corte de pelo parecían sacados de un libro de urbanidad de hace cuarenta años. Unas gafas cuadradas con una gruesa montura marrón, que hasta para mí estarían pasadas de moda, le exageraban más ese aire de monitor de campamento católico o de primero de la clase de una escuela de

pago en los años cincuenta. Tras presentarse como reportero de la citada revista y confirmarle que era yo la persona a quien buscaba lo hice pasar al salón y le indiqué que se sentara, cosa que hizo solo a medias, apoyándose tímidamente en el borde del sofá, sin siquiera quitarse el abrigo gris con el que se vestía

— La señorita Julia me dio su dirección y me dijo que hablara con usted, señor Pablo.

— Pues usted dirá.

— Conoce nuestra revista, supongo.

— Sí, creo que la hemos tenido a la venta en la librería desde que salió.

— ¿Le suena esto?, —dijo, mientras me mostraba unas cincuenta hojas impresas por ordenador y encuadernadas mediante agujeros en una carpetilla en cuya portada se podía leer: “El saqueo de las bibliotecas de Europa” un reportaje de Cristian Zimmermann.

— La verdad es que no, no estoy al corriente de lo que se publica hoy en día.

— Yo conocía a su amigo Roberto, —prosiguió— y créame que siento lo de su muerte, ahora precisamente que iba a conocerlo personalmente.

— Sí, fue una lástima.

— Verá, al principio, hará unos meses su amigo nos envió una carta que publicamos en la sección “Cartas de los lectores” donde denunciaba una gran operación para adueñarse, en ocasiones fraudulentamente, de libros esotéricos antiguos por toda Europa.

— No estaba al corriente tampoco. A Roberto solo lo veía muy de tarde en tarde, y nuestras conversaciones eran puramente de cortesía.

—La verdad es que son muchas las cartas que publicamos en dicha sección, y muchas y variadas las historias que nos cuenta la gente. La mayoría son fantasías o teorías de gente que pretende explicar algún misterio oculto o tipos que relacionan el Apocalipsis con algunos acontecimientos políticos que están sucediendo ahora, además de contactados extraterrestres, videntes, sanadores, en fin, de todo.

— Se del afán de muchos aficionados al esoterismo de sentirse testigos o actores de hechos extraordinarios, he pasado muchos años de cara a ese público para desconocer eso.

— Esta claro, nosotros también sabemos que la mayoría de las historias son solo puras invenciones, pero a pesar de ello es una sección que gusta y la seguimos manteniendo. Pero más tarde el señor Roberto nos envió otra carta aportando pruebas de su teoría a modo de recortes de periódicos europeos en los que aparecen varias referencias a estos hechos. Pensamos que sería un buen tema para un extenso reportaje y pedimos su permiso para publicarlo, a lo cual accedió a condición de que en él no se mencionara la fuente del mismo y que se ocultase mediante pseudónimos la identidad de los protagonistas. La sorpresa definitiva fue cuando en otra carta nos vaticinaba lo que unos meses más tarde sucedió y pudimos constatar por nuestros medios.

— Supongo que estarían contentos con esas primicias.

— La verdad es que si. Me puse entonces en contacto con él, siempre por teléfono, y es así como comencé a escribir este reportaje según nuestras conversaciones telefónicas. Yo era el simple redactor, Roberto era el que me daba los datos y yo los transcribía

dándole una forma periodística, además sé que todo esto no lo hacía gratis, es decir nos vendía la información. La cuantía de lo que percibía no la sé, era cosa entre él y la empresa editora, pero parece ser que les merecía la pena pues el tema despertó gran interés entre nuestros jefes. La revista tiene previsto publicar este reportaje a principios de otoño, mediante un número especial al que se le va a dar mucha publicidad.

— Y bueno, ¿qué tiene que ver todo esto conmigo?

— Hace unos días, creo que uno o dos antes de su muerte, Roberto me llamó, y me dijo que tenía una bomba, una información que valía millones. Hacía tiempo que intentaba vendernos más historias pero ya teníamos el reportaje prácticamente terminado y parece que el editor lo despachó de mala manera. Me costó convencer al director de que al menos me dejara escucharlo y luego que decidieran si les interesaba su relato o no antes de soltar un duro. En esta ocasión fue él el que me citó personalmente, en su librería, para ayer mismo. Mi sorpresa fue enorme cuando la señorita Julia me contó lo sucedido. Ella no sabía nada del asunto, pero me indicó que usted, tal vez, me pudiera decir algo al respecto, así que soy todo oídos si tiene algo que contar.

— Poco, muy poco, joven, tengo que contarle, pero deje que le muestre una cosa, no le voy a pedir nada a cambio, solamente que me explique exactamente cuáles eran las confidencias que les contaba Roberto.

Le enseñé la carta de Roberto. A medida que la leía parecía ilusionarse cada vez más, asintiendo con la cabeza y emitiendo claras palabras de acuerdo con lo que estaba leyendo.

— Esto es exactamente lo que estaba buscando — exclamó emocionado— ¿Se da cuenta? Dejando a un lado la desgracia de su

amigo, la cual lamento profundamente, estamos ante una verdadera bomba informativa.

— ¿No cree que se está precipitando al creer todo lo que Roberto escribió en esta carta?

— ¡No, no, que va!, si es ahora cuando todo empieza a cobrar sentido. Su amigo voló a Varsovia, encontró el libro, entonces nos llama para explicarnos como y donde lo ha conseguido; seguramente fue sustraído de un lugar inverosímil y altamente secreto, quizás de un museo nacional o desde los mismos archivos de alguna secreta logia, y claro piensa que pagaríamos mucho dinero por la primicia, la primicia que solo puede dar el autor mismo de los hechos. Queda con el señor Marino para entregarle el libro, y al fin poder romper su relación con *ellos* y quedar liberado de su anterior vida. Pero ocurrió lo inevitable, algo que debiera de haber previsto y es que el señor Marino, o a quienes representa, no podían dejar en absoluto un cabo suelto, no podían arriesgarse a que lo contara todo a la prensa como seguramente pretendía hacer y entonces una vez el libro en su poder, solamente tenían que llevarlo a una montaña, echarlo por un peñasco y adiós, por supuesto todo ejecutado para que pareciera un accidente.

— Admiro su entusiasmo — le contesté mientras me levantaba como queriéndole indicar que ya deseaba concluir la entrevista — pero creo que su teoría es demasiado atrevida y demasiado precipitada. Comprendo que quiera obtener un bonito reportaje y que si las cosas fueran tal como usted las cuenta sin duda lo sería, pero insisto, no se deje llevar por el entusiasmo. Hay un viejo proverbio chino que dice "Si esperas a un amigo, no confundas los latidos de tu corazón con los cascos de su caballo", y yo creo que usted los confunde.

El joven se quedó unos segundos ensimismado, se rascó la barbilla y luego releyó algunos párrafos de la carta.

— Bueno, puede que me haya precipitado — concluyó — pero le puedo asegurar que hay mucha parte de verdad en su carta, se lo puedo demostrar con documentos y datos, siempre contrastábamos lo que nos decía y nunca nos mintió. Bueno, casi nunca, pues hasta ahora no supe que él era también cómplice y autor de los hechos que nos relataba como cometidos por una supuesta tercera persona.

— La verdad siempre suele ser menos romántica y más cabal de lo que en ocasiones esperamos de ella.

— Sí, aunque supongo que no se le habrá pasado por alto la coincidencia significativa tan evidente ante la que nos hallamos.

— ¿Que coincidencia?

— ¡Pues el lugar de su muerte!, que si no — exclamó recuperando el entusiasmo. No deja de ser curioso que el original de tal manuscrito desapareciese del castillo de Montesa durante un terremoto y que Roberto se haya caído desde una peña precisamente a escasos diez metros de ese lugar.

— No lo sabía. La señorita Julia me dijo que había sucedido en Xátiva, localidad no obstante muy próxima a la de Montesa.

— Eso mismo me dijo a mí, pero en el juzgado me informaron del lugar exacto, luego solo tuve que ir de Xátiva a Montesa, preguntar en el pueblo y sacar unas fotos de la peña por la cual rodó. En el pueblo el hecho ha causado bastante conmoción, y se rumorea que se encontró una buena dosis de droga en su cuerpo y en su coche, cosa que leyendo su confesión en la que declara que era dado a todo tipo de excesos puede tener algo de verosimilitud.

— ¿Ha estado haciendo averiguaciones sobre la muerte de Roberto?

— Bueno, creí que formaba parte de la historia. Si un confidente muere se extingue el tácito pacto de silencio y es casi obligación del periodista contarlo, desvelar su identidad.

— Bueno, todo esto se está llevando demasiado lejos por parte de todos. Hace falta un poco de calma y serenidad.

— ¿Le importaría que sacase unas copias de esto?, — preguntó agitando levemente las tres hojas de la carta de Roberto que sostenía en su mano derecha. Bueno, si al fin todo es un caso de delirio supongo que no tendrá la más mínima importancia.

— Si quiere unas copias, — le arrebaté el escrito bruscamente de las manos — ya se las haré yo.

— ¿Es que no se fía de mi?

— No.

— En ese caso perdone, — me miró con cara de perplejidad— no he querido abusar de su hospitalidad.

— Tendrá las copias si me acompaña al lugar donde murió Roberto, en su coche, usted paga la gasolina y yo la comida.

— ¿Mañana mismo?

— Sí, a las diez aquí en mi casa.

— De acuerdo.

Cristian se despidió y me quede, como de costumbre, solo en mi casa. Había elegido vivir aislado, abstraído de un mundo demasiado arduo para vivir el resto de mis días. Mi pequeña propiedad era

el santuario perfecto para esperar pacientemente el tránsito hacia fuera del bajo mundo. Un pequeño huerto la circundaba y aunque antaño fue una explotación comercial me había cuidado de transformarlo en un lugar de recreo, una suerte de jardín secreto repleto de árboles frutales y plantas aromáticas que se henchían de rocío en los amaneceres de mayo. La casa, también en su origen casa de labranza, la remodelé para que pudiera albergar una amplia biblioteca. No podía separarme aún de los libros, y tampoco de una pequeña bodega en la que atesoraba unas cuantas botellas de vino que intentaban competir en importancia con los libros. Eran mis dos despensas para poder tener lúcidos y dinámicos tanto mi cuerpo como mi mente en el crepúsculo de mi existencia.

Me acosté después de una copiosa cena, acto contrario a cualquier recomendación médica, especialmente a mi edad, pero que me garantizaba un pronto y sereno sosiego que favorecía una rápida entrada al reino de los sueños.

De pronto me vi soñando. Estaba soñando y lo sabía. Lo sabía porque no era una clase de sueño normal. Era una revelación. Sabía que lo era por anteriores experiencias similares. Caminaba por el angosto sendero rural que conducía desde mi casa en el pueblo a una pequeña elevación, una loma de roca calcárea que se levantaba inusualmente entre la inmensa planicie de naranjales urdida mediante pequeñas parcelas cuadrangulares que cubren la superficie de la ribera a modo de rompecabezas gigante. La loma siempre había estado allí. Era el punto más meridional que habitualmente alcanzaba en mis paseos, igual que el río constituía la barrera septentrional de los mismos.

Lo que constituía una novedad era que entre los escasos y maltrechos cipreses y las amenazantes piteras que poblaban la colina se alzaba un pequeño templete en ruinas de estilo clásico. Algunas de sus columnas yacían agrietadas en el suelo pero aún se adivinaba la

geometría primitiva de la construcción que recordaba a un círculo perfecto. En el centro del templo se erguía una estatua de mármol del dios Apolo. A medida que me acercaba al templete el pequeño peñasco parecía crecer y crecer hasta convertirse en un elevado pico por encima de las nubes.

No podía ver la tierra lo que me confirmaba que estaba en otro plano más elevado. Al acercarme pude ver junto a la estatua de Apolo a un hombre ancianísimo con larga barba blanca que circunvalaba la imagen tallada del dios siguiendo el perímetro del templete. Era Saturno sin duda. Una túnica negra y unas sandalias gastadas constituían su vestimenta. Me miró como de reojo y sin inmutarse lo más mínimo continuó dando vueltas a la estatua, una tras otra, una tras otra. Estuve contemplándolo durante un buen rato hasta que al fin me dirigió una penetrante mirada, y sin dejar de girar pude oír desde el cielo la extraña frase que decía "Saturno guarda al Sol de las miradas de los de abajo, puedes descansar si quieres". Esa frase que sonaba para mí como una agradable música, provocó la ira y la indignación de *"los de abajo"*. En efecto, del bajo mundo que ahora mismo no podía ver a causa de la altitud de la montaña, se oyeron toda clase de lamentaciones, de gritos que maldecían la excesiva altura de la montaña para a las gentes del mundo sublunar. Pero de entre toda esa la multitud, se destacó, en esa suerte de zoom que solo es posible en los sueños, una cara familiar. Era mi hermano Noel León. Por su expresión parecía que con cierta ironía estaba mezclado con los de abajo para confundirles aún más, agitando y gritando junto a las masas. — La hermandad, — pensé —, la hermandad puede ayudarme. Me desperté con una agradable sensación de tranquilidad.

Quince minutos antes de la hora pactada tenía ya a Cristian llamando a mi puerta. Esta vez vino ataviado con unos pantalones de color tierra repletos de bolsillos y una camisa a juego. A modo de

bandolera, portaba una bolsa con varios compartimentos que parecía albergar una cámara fotográfica que completaba su peculiar atuendo.

Después de desayunar en una cafetería de carretera pusimos rumbo hacia Montesa. No está muy lejos de aquí, como a unos cincuenta kilómetros. Hay que dirigirse a Alzira para luego tomar la nacional 340 en dirección a Albacete. Tras superar el puerto de Cárcer y entrar de lleno en la comarca de "La Costera" a los pocos minutos puede verse ya la silueta escalonada del castillo de Montesa sobre el impresionante cerro que lo hace dominar sobre el paisaje circundante y sobre la población del mismo nombre que se apiña en una de las vertientes del singular accidente geográfico.

En los aproximados cuarenta y cinco minutos que duró nuestro traslado hacia Montesa mi compañero de viaje y yo tuvimos la oportunidad de reflexionar un poco más sobre el asunto de la carta de Roberto.

— Lo que es evidente, — me indicó Cristian —, por su tono y sus trazos casi garabateados, es que Roberto estaba muy preocupado cuando escribió la carta.

— Sí, al menos lo hizo a toda prisa, es decir no se preocupó lo más mínimo en corregir sus faltas ni de doblar correctamente las hojas, más que eso las embutió en el sobre sin ningún cuidado.

— Puede que alguien de la organización del señor Marino lo sorprendiera casi terminando de escribir la última línea y el hombre hizo lo que pudo para ocultar la carta, que seguramente echaría después disimuladamente a un buzón o la incluiría junto con otra correspondencia para que le fuese enviada.

— Es al menos posible, ya que como él mismo dice no sabía si enviarla o no, quizás solamente la escribió para sí mismo, para dar

un poco de coherencia a todo lo que le estaba pasando sometiéndolo a las reglas de la narración, buscándole una lógica gramatical de la cual carecían sus vivencias. Pero al final la envió, a lo mejor fue una decisión *in extremis,* así que no tuvo tiempo de transcribirla correctamente y la envió tal cual la tenía escrita.

— Yo creo que lo mejor sería que analizásemos punto por punto lo que nos cuenta en su carta, es decir, enumerar aquello de lo que tenemos constancia para saber lo que nos falta por averiguar.

— Comienza pues,— le dije— pues no acertaba a ver el enfoque que pretendía dar a su análisis, pero por su forma de decirlo perecía que usaba a menudo dicho razonamiento.— yo te la leo – me permití tutearle— y tú haces las deducciones.

— No hace falta que la lea, los puntos básicos están claros, solamente hemos de jugar al verdadero, falso o incierto. Comenzaré para que lo vea. Punto uno: ¿Existe el tal señor Marino?

— Sí, o al menos es lo que dice Julia, nuestra empleada, la que le atendió a usted en la librería, también es cierto que compró una buena parte de nuestras obras de colección

— Muy bien, ya ha contestado al punto dos: El señor Marino compraba y pagaba a buen precio libros antiguos sobre determinados temas. Punto tres: ¿Empezó a trabajar Roberto para el tal señor Marino?

— Eso sí que no lo puedo constatar. Ni yo, ni tampoco Julia.

— Pues yo le puedo decir que Roberto trabajaba para alguien. En sus relatos nos lo nombraba como “Señor Calvo”, evidentemente era un sobrenombre, como todos los que daba de las personas involucradas. ¿Pero se acuerda como definía en su carta al Señor

Marino? Calvo y bajito. Sin duda el alias ideal para él sería ¡Señor Calvo!

— Bueno, solo tienes su testimonio de que trabajaba para alguien, es lo mismo que dice en su carta, pero no lo podemos constatar con datos precisos.

— No con absoluta seguridad, pero tengo en mi poder copias de escritos, de notas manuscritas en las que le ordenan que es lo que quieren que busque y hacia donde tenía que dirigirse. Pudo hacerlas él mismo, bien es verdad, pero dese cuenta de que urdir un engaño de estas proporciones, aportando documentos y datos reales durante meses, excede lo que podríamos llamar una simple broma.

— No olvide que le pagaban por sus historias. Solo tenía que inventar algo que fuera verosímil, pero a su vez intrigante, algo muy en la zaga de lo que publica tu revista, algo que los fervientes creyentes en conspiraciones mundiales y sociedades secretas desean oír para confirmar sus teorías. Unos cuantos papeles falsificados, alguna noticia de periódicos extranjeros sobre el tema que venga muy al caso y ¡voilà!, un buen pellizco que se lleva a su bolsillo.

— ¿Y entonces como explica, por ejemplo, la desaparición de ocho originales que estaban a punto de ser subastados en Italia que nos relató el pasado mes de diciembre y solo dada a conocer a la prensa dos meses después? ¿Y un resguardo por pago por valor de once mil marcos en la feria del libro de Fráncfort a nombre de un anticuario de libros que nos aportó como prueba para el reportaje?, ¿Dónde está ese libro? Yo mismo hablé con el librero que vendió el caro ejemplar, fue noticia además en un periódico alemán que destacaba el libro más caro que se había vendido en la feria y el más barato a modo de curiosidad. ¿Pero sabe una cosa?, dos meses antes nos remitió una copia de una nota de su supuesto jefe que le informaba de quien tenía el libro y cuando se iba a sacar a la venta. Todo esto está contrastado por mí.

— No dejas de sorprenderme, — le contesté— debería de haberme leído tu reportaje.

— Ya lo creo, pues aún hay más. Un empleado de la Bibliothèque de l'École des Mines de París con un modesto sueldo, acude a su trabajo en el Boulevard de Saint Michel con un flamante Jaguar nuevo. — Dijo con aire de presumir el saberse todos los datos de memoria— Un mes antes varios ejemplares de gran valor desaparecen del archivo. No hay pistas. Una pelea conyugal es el motivo por el cual la compañera sentimental del bibliotecario lo denuncia a la policía como autor del robo. Una vez detenido confiesa que recibió una importante suma de dinero y un Jaguar último modelo por sustraer determinados libros y entregarlos a "un español". En julio del año pasado Roberto nos contó el caso con todo detalle, incluso se nos filtró el pago en especie. Pues bien, el bibliotecario no lo confesó públicamente hasta septiembre.

¿Y el coche?, según la policía francesa provenía del mercado negro, con la numeración del chasis cambiada y los papeles falsificados.

— Me dejas anonadado. ¿Pero cuáles son exactamente el tipo de libros que buscaba Roberto?

— Un gran número sobre astrología y hermetismo e incluso sobre ciencia antigua. Por ejemplo de la Bibliothèque de la escuela de minas de París, se llevó varios libros sobre metalurgia y prospección minera del siglo XVIII , la mayor parte provenientes de la confiscación que en 1794 fue llevada a cabo por la Agencia de Minas de la República en su afán expropiatorio de los bienes de la nobleza.— Continuó haciendo alarde de nuevo de conocer la historia al dedillo— Sin duda detrás de todo esto se encuentra alguien con mucho poder y mucho dinero, un coleccionista que sin duda quiere tener la mejor biblioteca hermética de Europa sin importarle el precio en dinero y vidas que ha de pagar.

Cristian se quedó con cara de satisfacción, mirando fijamente a la carretera. No quise estropearle ese momento triunfal con otras dudas que aún me asaltaban, además, estábamos al llegar y ahora lo que interesaba era inspeccionar el lugar por el cual se despeñó Roberto.

Nos desviamos a la derecha y tomamos la carretera que conduce al pueblo desde la nacional.

Para acceder al castillo tuvimos que atravesar parte pueblo. Montesa es un pueblo tranquilo y eminentemente agrícola, con calles en ocasiones estrechas y empinadas, de casas de poco más de dos plantas. Ya fuera del pueblo una carretera local conduce al castillo que se adivina próximo. A medida que se asciende se va desplegando el paisaje rural del lugar, campos de frutales comparten vecindad con otros de cítricos y cultivos hortícolas que gracias a la irrigación van ganando terreno al tradicional secano.

Superamos el tramo final bastante empinado y dejamos el vehículo en el descampado que circunda al castillo. La fortaleza ahora en ruinas había sido siempre un claro baluarte en la estrategia militar del Medioevo y cabeza de varias jurisdicciones a través de los diferentes periodos históricos. Desde allí se podía divisar todo el valle y se distinguían otras poblaciones próximas, y gracias a su elevado emplazamiento se veían discurrir los coches por la nacional 340 como si fueran de juguete. Un grupo de jóvenes provistos de prismáticos controlaban el vuelo de unos cuantos palomos entregados al cortejo de una hembra en la apasionante y poco valorada actividad lúdica de la colombicultura.

— Debió ser una fortaleza impresionante ¿No?— dijo Cristian mientras elevaba su vista hacia los aún altivos muros del castillo—, era un castillo templario según tengo entendido.

— Sí, Perteneció a la Orden del Temple — puntualicé, haciéndole ver que yo también podía citar fechas y datos de memoria—,

pero tras su abolición por parte del Papa Clemente V en el Concilio celebrado en Viena en el año 1312 se incorporo a la de San Juan de Jerusalén. Posteriormente a instancias de Jaime II de Aragón fue cedida por esta a la Orden de Santamaría de Montesa creada por este mismo monarca para continuar con la labor de los antiguos Templarios.

— Veo que está usted enterado de todos estos temas. — exclamó sorprendido.

— Me gustan simplemente. — Contesté no sin cierta ironía.

— Bueno, vayamos a lo nuestro. — dijo como cambiando de tema— Su coche estaba aparcado ahí mismo, aproximadamente donde está el nuestro. Ahora sígame.

Rodeamos casi la mitad del perímetro del castillo hasta llegar a una pequeña peña que sobresalía unos tres o cuatro metros sobre un pequeño bancal, ocupado por un solo árbol, ahora abandonado. Cristian, adelantándose a mi paso cansado y breve, se situó en el mismo centro del pequeño montículo.

— Fue desde esta peña. — Me indicó, a la par que recorría poco a poco, como contando los pasos, el supuesto camino que debía de haber seguido Roberto hasta el borde del montículo.— Y desde este risco cayó, su cuerpo fue encontrado justo ahí debajo, tras ese matorral.

— Muy interesante.

— ¿Qué opina entonces, asesinato o accidente? Este es el punto cuarto y culminante

— Que si decidiera matar a alguien no lo haría desde aquí. Si empujaras a un hombre joven como alguno de aquellos, — señale

al grupo de colombicultores —, desde esta altura sobre el bancal de cultivo, puede que solo lograras que se rompiese un brazo o una pierna. No sería una muerte segura.

— Pero Roberto murió.

— Sí, pero tendrías que echar a cien hombres para que uno de ellos casualmente muriera. Creo que Roberto se cayó, con tan mala fortuna de darse un golpe fatal en la cabeza. Además está el tema de las drogas. Puede ser que estuviese bajo los efectos de una sobredosis y no sabía ni por dónde andaba el pobre. Porque, yo al menos, si lo hubiese querido matar lo hubiera hecho de otra forma.

— ¿De qué forma?

— Lo hubiera podido tirar desde lo alto de las murallas, o incluso desde el puente de acceso al castillo.

— ¿Y cuál es la diferencia?

—Aparte de una muerte segura, el efecto dramático hubiera sido impresionante, porque ¿qué significación tiene matarlo si no se hace precisamente en el castillo del cual emana el misterioso manuscrito?

— Puede que huyera, sí, estaba huyendo, y de pronto ¡zas!, un mal paso. Sus perseguidores quedan atónitos ¡ya no tenían que hacer que pareciese un accidente, era un accidente!, esta vez les salió todo perfecto. Es más, puede que ellos mismos le pusieran luego las drogas para que pareciese aún más un accidente. La verdad a veces hay que revestirla con alguna mentira para que realmente parezca una verdad.

— Yo no lo veo tan claro. Convengo contigo, porque me has convencido, que el punto tres de su razonamiento respecto a la carta

es cierto, trabajaba para el tal señor Marino, fue cómplice de sobornos para obtener todo aquello que deseaban, pero no tenemos razones objetivas para pensar que el hipotético punto cuatro, el punto crucial es mínimamente cierto.

— Entonces es lo que debemos averiguar.

— Lo voy a hacer, voy a perder mi tiempo haciendo contigo de detective, pero solamente para demostrarte que todo son imaginaciones suyas, además te apuesto una comida a que yo tengo razón.

— Hecho — me contestó mientras estrechaba mi mano —, puede ir pensando el restaurante.

CAPÍTULO 3
Algo aparece junto al Vístula

Cuando Bernardo en el bar me mostró el intrigante fax ni él ni yo logramos entender una frase entera con el más mínimo sentido. Nuestro dominio del inglés era el mismo: ninguno. Fue después en mi casa ,cuando Cristian tradujo con precisión al español el texto escrito, cuando me percaté de todo, cuando pude, (a ello me ayudó la facilidad de Cristian para urdir hipótesis más o menos complicadas a partir de unos cuantos hechos aislados) , explicar el aparentemente extraño, comportamiento de Julia.

Unos días antes de tener en mi poder el intrigante fax recibí una llamada de Rocío, una joven empleada de “La Estrella” a la que

apenas conocía. Me informó de que Julia hacía días que se había ausentado de la librería sin dejar ningún aviso. Tampoco contestaba a las repetidas llamadas que ella misma efectuó a su casa preocupada por si algo le había sucedido. Posteriormente se presentó en su finca, y con la ayuda del portero abrieron la puerta de su piso. No estaba allí, pero era evidente que se había ido de viaje precipitadamente por ciertas señales en el desorden de la ropa y mobiliario que la intuición femenina de Rocío acertó en percibir. Por indicación mía preguntó si sabían algo en la agencia de viajes que habitualmente arreglaba los traslados en la librería y que tan prolijamente utilizó Roberto. Efectivamente nos confirmaron que Julia había tomado un avión con destino a Varsovia. Tuvo que sacarse el visado a toda prisa y ya desde Barajas tomar un vuelo de Iberia con destino a la capital polaca. No acertábamos entonces a comprender bien sus motivos pero el fax que me entregó Bernardo con varios días de retraso (no podía intuir la importancia del documento) era sin duda el motivo de tan precipitado viaje.

Quizás esperó mi llamada, esperó que la disuadiese de la gran tontería, arriesgada pero sumamente atrayente, que había acabado de cometer. Probablemente mi mutismo fue la perfecta excusa para convencerse a sí misma de que debía efectuar por su propia cuenta y riesgo el dudoso negocio. También supongo que fue alentada por *ellos* que en su desesperada búsqueda debieron ofrecerle una ingente cantidad de dinero, el suficiente al menos para abrir una librería propia que desde siempre había sido el sueño de su vida.

El fax constaba de unas cuantas líneas mecanografiadas, con un encabezamiento en polaco, probablemente la dirección y nombre del remitente que se daba a conocer con el nombre de Rogelio V. y con una apostilla escrita a mano por Julia con un rotulador de punta gruesa que decía: “ Entregar al Sr. Pablo ¿Qué opina usted de esto? Espero su llamada. Besos de Julia”

El texto en inglés traducido por Cristian venía a decir lo siguiente:

> "Sr. Roberto:
>
> Por fin he localizado lo que me pidió. Le puedo asegurar que esta vez estamos ante el original y auténtico Testamento, tengo el visto bueno de dos expertos y los dos coinciden. Si aún está interesado en el libro debe de darse prisa, el vendedor está dispuesto deshacerse del mismo rápidamente, pues necesita con urgencia una buena suma de dinero para cancelar las deudas que lo apremian.
>
> Tal como me sugirió he cerrado en trato por 275.000 dólares americanos, incluyendo mi comisión. El pago se deberá de realizar en efectivo. Le rogaría una rápida respuesta pues el negocio puede esfumarse de un momento a otro."

Seguía luego un único número de teléfono y fax de contacto y una minúscula firma ilegible garabateada bajo la última línea de texto.

Era media tarde. Cristian y yo, que ya llevábamos varios días viéndonos en mi casa, tomábamos una copa de vino oloroso en el salón. Habíamos estado dándole vueltas al asunto de la muerte de Roberto y para ello improvisamos una especie de centro de operaciones en dicha estancia. La mesa central rebosaba de libros, revistas, notas y otros documentos que casi diariamente hacía traer Cristian desde su despacho en la redacción de la revista en Madrid.

La mesilla del café, junto a los sillones era el lugar en que comíamos mientras aprovechábamos para discutir los detalles de nuestra particular investigación. Pero en ese momento concentramos toda nuestra atención sobre el caso de Julia, caso que sin duda intuíamos que nos aportaría información de gran valor sobre la muerte de Roberto.

— Así que — explicaba Cristian, como colofón de una larga serie de deducciones e hipótesis que habíamos estado formulando— sorprendida por el fax se lo reenvía a usted con la esperanza de que su pragmática opinión le haga ver que todo es falso, que todo es mentira. Pero usted no contesta, no puede, el fax se ha quedado varios días retenido en la bandeja de asuntos pendientes en la oficina de su amigo. Pero de pronto una llamada suena en el despacho de Julia .Es el señor Marino, sabía que algo estaba cociéndose, parece saber demasiado sobre el fax, quizá tengan medios de espionaje y escucha apostados para captar la más mínima pista que se produzca al respecto. Julia se asusta pero el señor Marino le pone delante un caramelo que no puede rechazar, ya que enseguida se da cuenta de su ambición, de su afán por conseguir dinero tan rápido como sea posible. Sin decir nada a nadie, sin tiempo que perder Julia hace el trabajo sucio. Entrega el libro, o puede que lo deba hacer aún en los próximos días, y después una vez en poder de *ellos* solo les resta orquestar otra muerte tan misteriosa y perfecta como la de Roberto.

Pero a lo mejor hemos subestimado a Julia, su perspicacia y ambición son tales que es ella la que se comunica con el señor Marino y la que le propone el negocio. No va a conformarse con una simple comisión, quiere doblar o triplicar el precio. De una forma u otra, quizás aportando unas cuantas fotocopias del original o algunos detalles del mismo que pediría al polaco, les convence para que le adelanten una parte del pago y con ella financia la operación. Lástima que el final de esta historia sea el mismo que el de la primera suposición.

— Muy interesante — asentí, casi convencido de las controvertidas hipótesis que Cristian desplegaba y replegaba según iba avanzando la investigación — no tengo más remedio que admitir por las pruebas que has aportado y por todos estos últimos acontecimientos que puedes tener parte de razón.

— ¿Parte? — Exclamó sorprendido — Parece usted corto de vista. Tiene la verdad ahí mismo, solo tiene que montar el puzle.

Su problema es que si no ve el cuadro entero no se convence de la existencia de las piezas, pero cuando uno adivina el dibujo, la trama principal, puede obviar los detalles, las pequeñas piezas que no encajan a primera vista o que simplemente no encontramos. Pero están ahí, son la lógica continuación de la parte que ya tenemos ensamblada.

— Entonces solo hay una cosa que debemos hacer, y me vas a ayudar si quieres dar por válida tu teoría. Hay que salvar a Julia, si es que todavía está con vida, a la que puede ser su testimonio definitivo.

— Bueno yo…

El pobre estaba muy asustado. Y no le faltaban motivos. Si toda aquella trama era cierta estaríamos enfrentados a una poderosa organización al margen de la ley que no permitiría que nadie o nada se interpusiera a sus oscuros intereses. Poco podíamos hacer un viejo gordo y cansado y un joven ratón de biblioteca contra *ellos*.

— Podíamos avisar a la policía — prosiguió—. Les avisaríamos del crimen que se va a cometer. Tal vez sería largo de explicar, pero está la carta, lo del fax, mis artículos, — en ese preciso momento se dio cuenta—, sí, sí, no hace falta que me diga nada, nos tomarían por locos.

Le miré a los ojos con cara de complicidad.

— Está bien — dijo poniéndose de pie — pero prométame que no vamos a correr riesgos innecesarios.

— Te lo prometo.

— Confío en su palabra. Recuerde que son capaces incluso, de infiltrase y tratar con sociedades secretas— recordó Cristian como

queriendo magnificar aún más la historia — al menos hemos de ser prudentes.

Me vino a la memoria entonces el sueño en el que al final veía a mi hermano de regla mezclado entre el gentío. La orden quizás tendría que estar al corriente de todo esto. No niego que cada vez que avanzábamos en nuestras investigaciones me sentía tentado a ponerles sobre aviso. Pero por el momento todo eran sospechas, conjeturas quizás labradas con excesiva fantasía por la mente de un joven principiante. Debía de ser cauteloso. No quería que por una mera presunción la orden se inquietara y moviera Roma con Santiago quizás solamente por los caprichos de un rico bibliófilo. Todo ello era pura ganga. Todo lo que no superara del plano sublunar, de lo meramente físico y mundano no era de la atribución de la Regla Secreta a la que indirectamente me debía. Y por el momento aún no me atrevía a vislumbrar algo más, dadas las pruebas que teníamos, que trascendiera el plano material.

— Sí, son muchas las sociedades secretas aún activas en el mundo. — Le expliqué — Pero la mayoría de ellas solamente tienen de secreto el nombre. Las verdaderas sociedades secretas son precisamente las que nadie conoce, las que no exhiben nombre, sede o jerarquía, siendo a pesar de ello, las más perfectamente estructuradas.

— Desde luego — asintió con su acostumbrado tono meditabundo — si sabemos de la existencia de una sociedad, esta deja de ser secreta. Incluso algunas se publicitan con tal de ganar adeptos. En la revista se anuncian varias, que claro está de secretas solo tienen el nombre, en eso sí, en eso —repitió— tiene razón. Así que me insinúa que ellos sí que pueden ser una verdadera sociedad secreta.

— No pongas palabras en mi boca que no he dicho. Literalmente ellos pueden ser una sociedad secreta. Las organizaciones delictivas lo son, los negocios no declarados también. Son sociedades y

son secretas. Pero solamente existen unas pocas Ordenes Secretas en el estricto sentido de reunión de verdaderos Adeptos, de almas que velan por el sutil equilibrio del mundo y que actúan cuando tienen que actuar y donde tienen que actuar.

— No lo insinúo, pero...— hizo una pausa — ¿Pertenece usted a alguna de estas Ordenes Secretas?

— No

— Bueno, en fin, — rió un poco — si usted perteneciera alguna de estas Órdenes, tampoco lo diría, pues son estrictamente secretas, así que no me queda más remedio que quedarme con la duda.

Cristian era un personaje, más que una persona, que me fascinaba. Era una mezcla de soñador y frustrado aventurero. Ingenio no le faltaba, pero se las arreglaba para parecer más lerdo intelectualmente de lo que efectivamente era. Aparte de esta particular perspicacia, el resto de su persona hacía honor a su aspecto y talante. Era nervioso, tímido, inseguro y ello lo reflejaba en su forma de andar, cabizbajo y siempre ensimismado, dando pasos cortos lo que me venía bien pues yo no soy dado a las prisas y además tampoco mi complexión me lo permite. Pero él tenía prisa, mucha prisa, pero no sabía cómo traducirla al mundo de los hechos. Quería vivir una vida intensa y desgarrada por lo épico y lo prodigioso pero se sentía del todo incapaz de afrontar riesgo alguno. Su innegable afición por los temas esotéricos le venía probablemente por el deseo de encontrarse cara a cara con lo extraordinario, con una vivencia que le iniciara en el mundo de los ganadores, quería conquistar algo pero no sabía el que. Así que lo puse a prueba y le propuse que estableciera contacto con Julia en base al fax que obraba en nuestro poder. Para algo hablaba fluidamente inglés.

A pesar de sus inicial reticencia, el hecho de enfrentarse a lo desconocido protegido por la línea telefónica, jugó a mi favor y al final le convencí para que hiciese la llamada.

Cristian se sentó en el butacón orejero que hay junto a la mesilla del teléfono reservándome sin ninguna contemplación una dura y escueta silla para mí. No llegó a acomodarse sino que, como siempre que estaba tenso, tomó asiento solo a medias, apoyándose lo justo para no caer. Marcó la larga serie de números que nos pondrían en contacto con el tratante de arte polaco que supuestamente ofreció el libro a Julia, acción tuvo que repetir varias veces pues o se equivocaba o no estaba seguro del número que había marcado.

Al final por la expresión de su cara pude deducir que al menos escuchaba ya los tonos indicativos de que el teléfono al que había llamando estaba sonando. Mi exiguo nivel de inglés no me permitió seguir con detalle el dialogo de Cristian con el polaco. Tras una corta conversación me miró a los ojos enarbolando una sonrisa (es la primera vez que lo vi sonreír) ofreciéndome a continuación el auricular.

— Julia está bien, — Exclamó entusiasmado — y se va a poner ahora mismo.

— ¿Julia? — Pregunté con un poco de cautela al coger el teléfono — ¿Está usted ahí?

— Sí, Señor Pablo, que alegría el poder hablar con usted.

— ¿Qué demonios hace en Polonia? Estábamos muy preocupados por usted, sobre todo Rocío. La pobre pensaba que le había sucedido algo grave.

— Y me ha sucedido.

Me temía la tragedia. Probablemente el ingenuo de esta historia era yo y Cristian con su apático aspecto tenía la razón de su parte. Así que me preparé a oír lo peor.

— Cuénteme, y no se ponga nerviosa.

— ¿Ha leído el fax que le envié al pueblo?

— Sí y por él le estoy llamando a este teléfono. Perdóneme pero hasta ayer mismo no llegó el fax a mis manos.

— Llegara cuando llegara es lo de menos. Estoy metida en algo muy sucio, un asunto que parece que va a acabar conmigo — en este instante rompió a llorar— aunque todo es por mi culpa.

— Cálmese, Julia. Le ayudaré en todo lo que pueda, no pierda la calma y cuénteme todo lo que le ha pasado.

— Ya sabe usted lo de Roberto, lo de la carta y lo del señor Marino. Y luego lo del fax. Yo solo pretendía demostrar mi valía, hacer ver a todos, especialmente a usted, que podían confiar en mí, que estaba capacitada para sacar el negocio adelante. Pero me precipité, actué por mi cuenta y ahora estoy pagando por ello.

— ¿Ha conseguido hacerse con el manuscrito?

— No, y ahí es donde está el problema. Nos han engañado a nosotros y al Señor Rogelio. Ordené una trasferencia a una cuenta en el extranjero por importe de 275.000 dólares según nos indicaron los vendedores del libro. Estaba todo tan claro Dios mío... el señor Rogelio conocía personalmente a uno de los intermediarios desde hacía diez años. Le mostraron incluso el original, pero esa vez fue la última que vio a su amigo y al libro. El banco ha quedado con el saldo de la póliza a cero, por mi culpa lo he estropeado todo pero créame que mi intención era sacar el negocio a flote.

— Así que ha cogido todo nuestro dinero y también el que no tenemos, y lo ha mandado a la cuenta que le ha indicado un señor que

no conoce de nada por las buenas. Luego el pájaro vuela y usted se queda con dos palmos de narices, ¿es cierto?

— Si. — Balbuceó.

— Pero usted no ha contactado recientemente con el señor Marino y no ha sido amenazada por nadie.

— No. Pensaba comprar el libro y luego venderlo con un alto margen de beneficio. Le hablé del manuscrito a un amigo que trabaja en una importante casa de subastas. Me aseguró que por un ejemplar tan raro y único se podrían obtener muchos millones, si se sabía colocar adecuadamente. Era la gran ocasión para hacerse millonarios, es decir, para hacerles a ustedes millonarios.

— Bueno, pues siendo así no se preocupe. Reúna todos los documentos posibles sobre a donde o a quien ha ido a parar el dinero y buscaremos algún abogado que pueda reclamarlo.

— Pero, ¿es que no me va a despedir?

— No, pero tendrá que hacer horas extras gratis, y por lo que más quiera vuelva inmediatamente y olvídese totalmente del asunto.

— No tengo palabras. No sé qué decirle...gracias simplemente, y sepa que cuando regrese a la librería se lo agradeceré tanto como pueda, se lo prometo. Buscaré un buen abogado y recuperaré el dinero.

— Bueno, pues hasta pronto, y si necesita algo ya sabe donde llamarme.

— Adiós y un beso.

— Igualmente.

Mostré cara de satisfacción. En un momento las hipótesis de mi amigo parecían haberse esfumado.

Tras la comida en el bar del pueblo regresamos otra vez a mi casa. Cristian no habló mucho al respecto pero podía intuir que sus silencios eran los síntomas de que pronto me lazaría otra atrevida hipótesis que hiciese encajar todo a la perfección. Creo que si no lo hacía no regresaría tranquilo esta noche al hotel en el que se hospedaba, así que decidí facilitarle la labor haciéndole comentarios al respecto.

— Bueno, — le dije— en lo de Julia es evidente que nos precipitamos demasiado, aunque eso ni quita ni pone nada respecto a la muerte de Roberto.

— Sí, sí, — me contestó extrañamente ensimismado— no quita ni pone.

— En fin, no debemos abandonar nuestra búsqueda hasta explicarlo todo razonablemente.

— ¿De veras piensa que Julia le dijo la verdad? — Preguntó deteniendo su paso de repente. Es decir ¿No es la historia que le ha contado tan sorprendente como la más atrevida de nuestras hipótesis?

— Sí, tengo que reconocerlo. De Julia lo hubiera esperado todo menos eso. Su irresponsabilidad no deja de ser sumamente extraña para mí, conociéndola como la conozco.

— Además el fax dejaba claro que el pago se realizaría “en efectivo”, no por trasferencia, pues creo que cuando más oscuro sea el color del dinero para los supuestos vendedores tanto mejor. Una

trasferencia requiere de una firma, un documento acreditativo, algo de lo que quede constancia, cosa que dudo sea algo que deseen los vendedores y compradores últimos del libro.

— Hay cuentas anónimas, paraísos fiscales, cosas que seguro esos tipos saben manejar.

—Además hay otra cuestión y esta vez le concierne a usted. — Me inquirió, no sin un discreto sonrojo y bajando el tono de voz— No me interprete mal, pero se lo tengo que preguntar.

— Pues pregunta. — Respondí sorprendido.

— Contando por encima 275.000 dólares son más de treinta millones de pesetas. No sé el estado de su economía personal pero por lo que manifiesta dicha cantidad no es precisamente una menudencia para usted.

— No lo es sin duda.

— Entonces ¿Como ha perdonado tan fácilmente a Julia?, ¿Como, con toda tranquilidad, dice que buscará un abogado para reclamar tal cantidad si usted bien sabe que no va a encontrar ni rastro de los estafadores?

— Joven, — le miré fijamente a los ojos— el dinero es una cosa que va y viene. Se puede fabricar, se puede llevar en la cartera y gastar, es un invento humano. Pero hay otros bienes más escasos, que no se fabrican ni se pueden llevar alegremente en un saco, ¿me explico?

Su desconcierto era total. Lo comprendía, pues aún no le había mostrado la totalidad de la verdad. Es evidente que sería un gran aprendiz.

— Bien, allá usted. Si a mi jefe le presento una dieta que se desvíe un poco de lo que él piensa que debe de gastar un joven reportero de investigación me arma un consejo de guerra en menos de cinco minutos.

— Bueno, es que al precio que se han puesto los hoteles — ironicé— le saldría mucho más caro que a mí.

Esta vez rió un poco y yo con él. Todo este asunto nos había cargado de una tensión que necesitábamos liberar de alguna forma.

Llegamos a casa con la íntima esperanza de dar forma al rompecabezas que parecía haberse planteado delante de nosotros. Pero aún faltaban piezas que se nos iban a revelar pronto.

La lucecita intermitente de mi contestador automático indicaba la existencia de dos mensajes almacenados que clamaban ser escuchados. Así que conecté el aparato. El primer mensaje no decía nada, era sin duda la señal inequívoca de alguien que se negaba a hablarle a la maquinita y que tras escuchar la anunciada señal procedió a colgar precipitadamente. Pero era el segundo mensaje el que venía a complicar — o aclarar según se viera— todo el entramado que se iba tejiendo ante nuestros ojos sin que pudiéramos hacer nada para detenerlo.

Tras el segundo pitido una voz, que poco a poco fui reconociendo como familiar, nos presentó como cierta una hipótesis que nunca me hubiera atrevido a considerar como probable pero que parecía tener visos de certidumbre según íbamos profundizando en la trama.

— “Hola señor Gómez. No sé si se acordará de mí después de tanto tiempo. Soy Rogelio Vandeputte, hace años que traté con usted. Fue en Bélgica, cuando le vendí en varias ocasiones unas partidas de libros procedentes de las casas que desmantelaba”

Sí, ahora empezaba a recordar. Quizá se pudiese tratar del señor Vandeputte, un tiburón especializado en vaciar antiguas casas y mansiones de gente de la alta sociedad que pasaban por el mal trago del embargo o subasta de bienes para luego revender los muebles y obras de arte al mejor postor. Tenía aproximadamente mi edad, y también una generosa barriga, aunque no compartía conmigo ni mi barba ni mi melena, sino que remataba su esférico rostro con una reluciente calva. Rogelio era un personaje peculiar. Su padre era belga y su madre polaca y había pasado toda su adolescencia en México por razones del trabajo paterno. Bien dominaba varios idiomas, y su castellano, aunque con peculiar acento que era una mezcla entre el flamenco, polaco y mejicano y repleto de modismos le servía en estos momentos para comunicarse conmigo

— "Hace unos años que dejé Bélgica, — continuaba diciendo el mensaje —pero ahorita tras el comunismo es en el Este donde se mueve el mercado. Además intento recuperar algunos bienes de la familia de mi madre incautados por el comunismo por lo que vivo y trabajo aquí."

Dios mío, ahora ya no tenía dudas. ¿Cómo no había caído en la cuenta antes? Rogelio V. resultó ser el viejo tiburón Rogelio Vandeppute, que ahora escondía su conocido apellido discretamente tras la ambigua "uve punto", el tipo más hábil entre los tratantes de antigüedades de Europa. La verdad es que si había dinero por el medio podía venderte aquello que le pidieras fuera legal o no. Se declaraba a sí mismo como "anarquista fiscal" y se vanagloriaba de haber comprado todos sus Mercedes con el mayor descuento posible mediante complicados trámites que parecía conocer al dedillo, comprar aquí, matricular allá, exportar a acullá. Si él andaba metido en todo esto me temía que ya no volvería a ver ni un céntimo de mi dinero.

— "Conocí a su socio Roberto — proseguía la cinta — y le busqué varios libros antiguos que me pidió. Siempre le daba recuerdos

para usted de mi parte. Su último encargo fue muy difícil, hay que sobornar a mucha gente y a los funcionarios excomunistas les encanta la lana y nunca tienen bastante. Al final lo encontré y les envié un fax para que viniese su socio a recogerlo, y es cuando su empleada me dijo que Roberto había tenido un accidente y estaba en el hospital, pero que de todas formas estaban interesados en el libro.

Estuvo aquí, se quedó en mi casa por unos días e hicimos la operación tal como planeamos. Oí la conversación que tuvo con usted, pero ella no sabía que yo le conocía, y sé que le dijo que no tenía el libro y que había perdido el dinero y demás, pero es todo mentira.

Julia tiene el libro y pagó en efectivo según lo pactado, así que yo no tengo nadita que ver. Yo solo cobro una pequeña comisión y he cumplido con mi trabajo, así que si busca un abogado que sea contra la señora Julia pero a mí no me campanee, porque yo solo soy intermediario y tras el trato no conozco al vendedor ni al comprador ¿me entiende? Hace unas horas se fue con el libro, no sé a dónde, ni me importa. Y bueno, saludos y ya sabe mi dirección si quieren comprar algún libro más."

La cinta empezó a rebobinarse. Cristian y yo nos miramos. Era evidente que esto desbarataba todas mis suposiciones y las teorías de mi joven compañero parecían no ser tan descabelladas. Y lo que era peor, empezaba a sospechar la terrible verdad que podía esconderse tras todo esto. Evidentemente Cristian no podía saber nunca de que se trataba, pero ante la duda de que todo fuese una serie de acontecimientos inconexos decidí por el momento no revelarle nada de lo que sabía. Es más, me sería de una inestimable ayuda si sabía explotar su afán de descubrir la verdad que hasta ahora permanecía esquiva, oculta, y que parecía jugar con nosotros.

Ahora Julia entraba dentro del juego. Un avión a Varsovia y claro propósito.

Supongo que hacía tiempo que quería hacer algo así. Su rutilante aspecto exterior reclamaba una vida con más contenido que trabajar de nueve de la mañana a nueve de la noche y salir un fin de semana sí y otro no con alguna amiga o amigo que en ese momento se habían quedado colgados y que recurrían a la soltera del grupo como auxilio momentáneo.

Su afán por sobreponerse a un mundo que no la trataba con gratitud era el motor de su vida. Cada uno resuelve la profunda decepción que supone la adolescencia de una manera y ella había resuelto ponerse a la defensiva. Ningún compañero sentimental estaba a su altura, ninguna persona era lo suficientemente inofensiva para confiar en ella. Era una mujer fuerte, decidida, ambiciosa, pero también de una fragilidad extrema pues el mundo sublunar no se puede tomar por asalto, es un mundo oscuro en lo que nada es lo que parece. Pero en fin, son por los seres que viven en el mundo material, en el mundo cambiante por lo que en parte vivo y trabajo

Qué papel desempeñaría en el juego era de momento un misterio para mí. Lo bien cierto es que en toda trasmutación alquímica Lo Femenino es primordial. El regio matrimonio entre la Sal y el Azufre al ser consumado en el eterno himeneo, da lugar al Andrógino.

Ella también iba en busca del libro. El señor Marino quizás sospechó su plan, pues no era un lerdo precisamente, pero Julia tampoco era una persona fácil de engañar. Así que el desenlace era del todo incierto.

Probablemente habría estado de compras toda la mañana. Cerca de la catedral habría vivido por unas horas la ilusión de ser una millonaria occidental adentrándose en un inexplorado barrio repleto de tiendecitas que guardarían cada una un extraño objeto de colección que podría comprar por cuatro monedas sin que

esa gente recién salida del socialismo supiese su auténtico valor de mercado. Eso formaba parte de la aventura. Aunque lo mejor vendría después. Nada menos que una operación millonaria, secreta, alegal cuanto menos, en pleno corazón del bloque comunista aunque fuera en las primeras etapas de su desintegración. El escenario no podía ser más sugerente. Julia, la Matahari de los 90 y una operación con la que alcanzar su sueño de riqueza y éxtasis, la venganza perfecta ante el despiadado y cruel mundo que tanto la maltratara en el pasado.

CAPÍTULO 4
La Gran Obra

La azafata se disponía a explicar a los pasajeros el funcionamiento del chaleco salvavidas. El rugiente sonido del motor del aeroplano como fondo de la escena aumentaba aquel extraño sentimiento de inseguridad que uno tiene al saber que dentro de unos momentos

va a transgredir, por medio de la magia tecnológica, la condición de animal terrestre asignada al hombre por la naturaleza para orgullosamente conquistar el aire, el elemento propio de aves y seres mitológicos, de semidioses y que parecía que íbamos a profanar.

Quizá estaba en nuestro destino el trascender a nuestras limitaciones, pero no obstante siempre existiría un más allá, una frontera todavía más lejana e inalcanzable que vendría a restituir nuestra condición de creaturas, de infantes de pecho ante la majestuosidad del universo.

Me dirigía junto a Cristian hacia Varsovia en un improvisado viaje en busca de Julia y del libro, en definitiva de la verdad, de aquello que teníamos ansia por nuestro carácter.

Me costó convencer a Cristian de que me acompañara. Mi ofrecimiento a costear todos los gastos del viaje fue tomado por él con recelo. No era para menos, pues me había visto perder alegremente una buena suma de dinero sin inmutarme lo más mínimo y ahora me disponía a desembolsar también una apreciable cantidad sin el menor reparo. Pudo pensar que estaba fuera de este mundo o que poseía una fortuna oculta, ambas cosas en cierta manera verídicas, y eso le inquietaba pues no cuadraba con la imagen que se había hecho de mí.

Lo de los visados obtenidos con una inusual celeridad también le debió causar sorpresa, pero su afán por desvelar aquello que permanecía oculto le hicieron obviar estos pequeños detalles, esas "minúsculas piezas" de las cuales podía prescindir alegremente, especialmente si se oponían o no encajaban con aquello que pensaba.

Lo cierto es que teníamos una localización más o menos exacta — o inexacta— del paradero de Julia.

Si cumplía con el calendario que ella misma se había trazado, no volaría a Madrid hasta dentro de una semana, según figuraba en la reserva efectuada por la agencia. Era un tiempo excesivamente largo si solamente pretendía hacerse con el libro y regresar con él aquí. Era evidente que tenía que hacer algo más allí, y supongo que no sería solamente hacer turismo. Cristian sugirió con gran perspicacia que quizá llegó a contactar con el Señor Marino, pues a tenor de la carta de Roberto sabía que era el principal comprador que podría tener el libro. Y tal vez fuese más que probable que la entrega del manuscrito a ellos se efectuase en Polonia unos días más tarde, en un lugar seguro tanto para la misteriosa organización bibliófila como para Julia y que ello explicaría la tardanza en su regreso.

Nuestra misión era interceptar la operación y proteger, o al menos advertir, a Julia del peligro que estaba corriendo para que actuase en consecuencia. Sé que mi joven compañero a lo sumo que aspiraba era a completar un reportaje que lo lanzara en su incipiente carrera de periodista especializado en temas esotéricos, pero intuía que aparte de esta aparente motivación eran otras las causas por las cuales se prestaba a acompañarme.

Ya en el cielo, Cristian se apresuró a esquematizar toda la trama según los datos que poseíamos hasta el momento.

— Es evidente que Roberto no logró entregar una copia satisfactoria del libro al señor Marino y que por ello decidieron acabar con él. Quizá consiguió una falsificación o algún libro similar que le colaron algunos tratantes desaprensivos. Él no era un experto en ello, tal como confiesa en su carta y con tanto dinero por el medio a un avispado intermediario no le resultaría difícil engañarle. Aunque también cabe otra posibilidad, — prosiguió — que Roberto en su delirio, ante la profunda angustia que sentía al ver que no lograba dar con el libro decidiera, en un desesperado intento, encontrar no una copia del manuscrito original, sino el original mismo, el ma-

nuscrito que se perdió en Montesa. Quizá pensó, obnubilado por su desesperación, que la fortuna le sonreiría y que dando una patada a una piedra aparecería el manuscrito. Pierde el control, está fuera de sí, preso de la locura, la fatalidad le hace dar un mal paso que acaba con su vida.

— O bien fue asesinado por la sociedad secreta de Columbicultores que ahora domina el castillo de Montesa.

Cristian me miró con una expresión nada amigable. Evidentemente la sorna no parecía hacerle ninguna gracia. Aunque lo que le molestaba realmente, lo que no soportaba, es que le desmontasen por las buenas su particular castillo de naipes.

— Si no comparte mis apreciaciones me lo dice y punto. Me dice que es lo que no le cuadra y porqué, quizá me ayude a construir algo coherente, pero por favor no intente burlarse de mí. Si la muerte de su amigo no es un tema lo suficientemente serio para usted no sé ya lo que pueda serlo.

— Perdóname Cristian, no era mi intención molestarte, y menos tomar a broma la muerte de Roberto, no, te lo aseguro, por nada del mundo.

— Bueno, y usted que es tan listo, a ver, respóndame ¿Cuál es el móvil por el cual la organización del señor Marino quiere conseguir estos libros a toda costa? — Preguntó mientras me entregaba una hoja mecanografiada — Aquí tiene una lista de los libros que Roberto consiguió para ellos, al menos de los que hemos tenido constancia según sus declaraciones y según otras averiguaciones. Título, autor, edición, precio pagado, lugar en que fue conseguido y fecha, todo viene consignado. Yo ya he sacado mi conclusión, ahora le toca a usted.

— Bueno, según todos los indicios se debe de tratar de un poderoso y caprichoso coleccionista de libros, un bibliófilo obsesivo, pero esta conclusión por evidente y según el sentido de tus palabras no debe ser la correcta.

— No lo es, o al menos eso se deduce si mira atentamente.

— Pues adelante, dímelo de una vez, no estoy ahora para esfuerzos mentales ciertamente.

Cristian sacó otra hoja idéntica a la que me había dado pero con unas anotaciones a lápiz al margen.

— Mire. De los 68 títulos 46 son obras relacionadas directamente con la Alquimia, 8 con la Astrología y sólo 4 tratan de generalidades filosóficas y herméticas. Nuestro hombre siente una especial debilidad por el viejo sueño de los alquimistas; fabricar oro.

Su complacencia con sigo mismo era inmensa. Se sentía triunfante por ver aquello que yo, y el resto del mundo, suponía no hubiéramos podido ver en toda la vida, me gustaba verlo así, aunque inevitablemente debía de corregir ese exceso de entusiasmo si quería evolucionar correctamente.

— Interesante conclusión, aunque no era ese el único sueño de los alquimistas.

— ¿Qué otras cosas buscaban si se puede saber? — Preguntó de forma displicente.

— Por ejemplo otra de las facetas más populares era obtener el “Elixir de la Larga Vida o de La Eterna Juventud” que era una medicina especialmente milagrosa para alargar la vida casi indefinidamente.

— Sí, sí, me parece que lo he leído también.

— Pero he de decirte, para tu pesar, que la Alquimia no es eso. No es el transformar plomo en oro o mantenerse siempre joven, sino muchísimo más.

— ¿Más?, no sé qué se puede pedir aparte de salud y dinero. Amor tal vez, pero con dinero es fácil tenerlo.

— El amor tiene mucho que ver con la Alquimia, pero no el amor que puedas comprar con dinero, no. Incluso el amor sincero de alguien que te pueda querer como tu mujer, tus padres o tus amigos. Es otra cosa, otro tipo de amor.

— Entonces ¿que es la Alquimia?

— La Alquimia es la Gran Obra.

El milagro se había producido. Viajábamos por el aire con la velocidad del trueno, nos elevábamos por encima de las montañas, los valles, por encima del mundo sublunar. Pero era solo una ilusión. Allá donde debería acabarse el cielo, allá donde debería estar la morada de los inmortales solo había más aire, más espacio. El universo se había vuelto a burlar de nosotros.

Cristián me asaltó de nuevo con más preguntas acerca de aquello que presentía como móvil de todo el entramado que nos disponíamos a descubrir.

— ¿Pero qué evidencias podemos tener de que efectivamente se puede fabricar oro?

— Hasta hace relativamente pocos años se pensaba que los elementos básicos de la naturaleza eran inmutables. Pero no siempre

fue así, y como prueba del eterno retorno de las cosas, no lo es tampoco hoy en día.

Quinientos años antes de Cristo, Demócrito ya llegó a la conclusión de que todo estaba formado por átomos, los ladrillos básicos e indivisibles del universo que al combinarse en diferentes proporciones componían todo lo que podemos ver. Pero también otros filósofos como Parménides, Heráclito o Anaxágoras se preguntaron por la naturaleza íntima de las cosas y como esta se podía trasformar en diversos elementos, y cada uno aventuró su particular hipótesis al respecto. Sin embargo, la opinión que más se contraponía a la de Demócrito fue sin duda la de otro gran pensador, Aristóteles, para el cual la materia era continua y por tanto se podía dividir en trozos infinitamente pequeños. Hasta principios de este siglo, con el advenimiento de la física moderna, no se pudo tener constancia científica de cuál era el postulado correcto. Evidentemente hoy sabemos que la materia está compuesta por átomos y estos al agruparse forman las moléculas que componen los diversos materiales con los que se construye el mundo, pero estos átomos si son divisibles a escalas más pequeñas.

Para la posteriormente recién instaurada disciplina química nacida junto con las demás ciencias del pensamiento racionalista, existían solamente unos elementos químicos básicos de la naturaleza que se combinaban entre sí y formaban diversos compuestos, pero dichos elementos eran en sí mismos inmutables e inalterables. Combinando el hidrógeno con el oxígeno se podía crear agua, mediante la conocida fórmula H_20 pero ambos componentes elementales eran átomos fijos, inmutables e indivisibles. Hasta que a caballo entre los siglos XIX y XX el señor Ernest Rutherford descubrió que el inseparable átomo estaba formado por otras partículas subatómicas, el protón, el electrón y el neutrón. Pero allí no acaba la cosa, pues los *Quarks* son ladrillos todavía más pequeños que al combinarse forman las partículas subatómicas. Quién sabe si estas

subdivisiones tendrán fin algún día. Es como el anhelo de alcanzar el "cielo" volando hacia él. Los antiguos creían que donde estamos usted y yo ahora vivían los bienaventurados, los inmortales y yo solo veo unas decenas de turistas recién casados y algunos ejecutivos devorando los diarios del avión.

— Bueno, pero entonces — me inquirió de nuevo con interés mi compañero — ¿Es posible trasmutar los metales tal como propone la Alquimia?

— No es solo posible sino factible si seguimos el hilo de la física subatómica. Pero en vez de utilizar los matraces de vidrio y hornillos propuestos por la Alquimia la ciencia actual propugna otros métodos más aparatosos como aceleradores de partículas y otras tecnologías de altas energías para ello. No en vano las reacciones nucleares en cadena no son más que trasmutaciones de un elemento en otro por pérdida o ganancia de partículas.

— Entonces ¿Por qué no se fabrica oro de forma artificial y aún se extrae de las minas?

— Seguramente porque el coste de la tecnología y la energía necesarias para ello superan con creces al valor del producto obtenido.

— Pero para los alquimistas los costes deben de ser ínfimos.

— La verdad es que en ese punto no hay consenso. En un manuscrito de la Biblioteca del Arsenal conocido como Guide Charitable se asegura que los principios básicos de la Gran Obra tienen precios ridículos. Además cuando los diferentes maestros se refieren a la materia primera de la obra alquímica la definen como "común" y de "poco valor" añadiendo que se puede encontrar en todas partes. Pero no hay que engañarse, para proceder a la práctica alquímica uno debe de ser rico.

Hay que disponer de meses o años libres sin otra ocupación que el atender la obra, poseer una casa aislada para no ser molestado, preferiblemente en el campo, donde se debe de instalar el laboratorio alquímico y repetir minuciosamente las indicaciones dadas en los libros hasta ver apuntar algún éxito.

— Es justo lo que sospechaba — dijo Cristian con el rostro iluminado — Nuestro hombre es un acaudalado y quizás retirado hombre de negocios empeñado en descubrir el secreto de los alquimistas. Posee un completo laboratorio alquímico y como no, de tiempo, pues el dinero es evidente que le sobra y puede permitirse pagar los exorbitantes precios de los manuscritos y libros donde se describen los procesos a seguir. Pero a pesar del dinero gastado cuando consiga obtener el secreto verá aumentar su fortuna por diez o por cien. Quizás desee también la eterna juventud, pues casi seguro que se trate de alguien entrado en años, que piense desafiar, mediante la Alquimia, el declive de su cuerpo. De ahí que no le importe quitarse de en medio a cualquiera que pueda desbaratar sus planes.

— Desde luego sería una bonita teoría si no fuera por un pequeño detalle.

— ¿Cúal? — preguntó sorprendido.

— Nuestro hombre se apresta a acopiar originales, ediciones antiguas, manuscritos, ejemplares todos ellos de gran valor bibliográfico sin duda, pero que han sido en su mayoría reeditados hasta la saciedad en varios idiomas. Muchos de los libros que aparecen en su lista pueden comprarse en mi librería por menos de dos mil pesetas. ¿Por qué entonces gastar tanto dinero en los originales si en cualquier reedición actual pueden encontrar los textos traducidos y comentados?

— Interesante extremo, sí señor, supongo que esto vendría a evidenciar claramente la teoría bibliófila y descartar la alquímica.

— No del todo. Es indudable que nuestro hombre es un aficionado al hermetismo, de eso no hay duda, pero su inquietud puede ser meramente estética por ejemplo. No me extrañaría que guardase los libros en una biblioteca decorada al más puro estilo hermético medieval o renacentista, con filacterias sobre las puertas, con leyendas o con imágenes de seres mitológicos y alegóricos esculpidas en mármol.

— Sería curioso visitar esa biblioteca.

— Lo sería sin duda — asentí, sorprendido por la facilidad con que daba por real aquella figura meramente especulativa e improvisada que le había presentado, pues igualmente le hubiera podido decir, por ejemplo, que dicho tipo era sin duda un noble y alquimista del tiempo de la Revolución francesa que disfrutando del elixir de la eterna juventud quería recomponer su antigua biblioteca hermética incautada y dispersada por los revolucionarios y se lo hubiera creído pies juntillas. A veces estos pequeños detalles me hacían poner en tela de juicio el grado de racionalidad de Cristian y me preguntaba si yo mismo no había caído como un incauto en sus absurdas visiones de adolescente inmaduro. Sin embargo eran otros los indicios y motivos por los que debía de proseguir con celo la búsqueda de la verdad.

El avión tomó tierra. Estábamos ya en Varsovia. Un viaje que antaño hubiera tardado meses se había reducido a unas pocas horas. Hoy en día todo sucede rápido, todo se mueve, nada está quieto. Yo mismo hubiera jurado hace un mes que no había nada en el mundo que me hiciera moverme de mi pequeña casa de retiro, al menos físicamente, pero estaba allí, en un país extraño e involucrado en una

historia no menos extraña. Pero así era la vida. Al menos la vida que yo había elegido.

Al descender del avión nos llamaron mucho la atención los dos guardias que custodiaban la entrada a los edificios del aeropuerto. Al más puro estilo socialista, con gorra de plato y fusil calado con la bayoneta nos hacían dudar de que si efectivamente había caído o no el telón de acero. Pero nada más atravesar la puerta un simpático anuncio de la IBM colgado en la pared nos confirmaba que el fervor capitalista había ocupado definitivamente el país, cosa que no sabía si me tranquilizaba o me preocupaba aún más.

El inglés de academia de mi amigo nos sirvió para pasar la aduana con más o menos celeridad, pues un joven español que nos precedía en la cola parecía no aclararse con la mujer del mostrador que lo hizo esperar para aligerar la larga cola que se había formado.

Tras recoger el equipaje accedimos a la sala de mostradores del aeropuerto donde, a pesar de los años trascurridos, pude distinguir al señor Rogelio con facilidad, pues es de esas personas cuyo físico uno nunca olvida.

— Bienvenidos a Polonia— exclamó mientras me tendía su mano exhibiendo una sonrisa estrictamente comercial— ¿Qué tal el viaje?

— Muy bien, gracias. Le presento a mi socio Cristian —dije, comprobando la cara de extrañeza de mi amigo al incluirlo sin permiso en una improvisada sociedad— es mi nuevo contable.

— Oh, sí... me enteré de lo del padre de Roberto. Pero en fin vamos y les acompaño a mi casa.

Subimos a bordo de un flamante Mercedes 300 de color burdeos que enarbolaba orgulloso el sello de fidelidad a la marca. Los dos

nos sentamos detrás, por lo que nuestro anfitrión nos hablaba mirándonos por el retrovisor.

— ¿Recuerda aún mi viejo mercedes del 62?, Han cambiado bastante, aunque si lo tuviera ahora valdría como dos de estos.

— ¿Que tal el tiempo? —Pregunté para cortarle su acostumbrado monólogo sobre sus Mercedes que sospechaba largo.

— Muy bueno para este mes, hace cinco años llegamos a los 20 bajo cero.

— Pues de Valencia hemos salido con 18 grados, y no es una temperatura excesivamente alta para esta época.

Cristian permanecía absorto contemplando la ciudad desde la ventana. Los trolebuses y los edificios fríos y monolíticos contrastaban con magníficos monumentos y construcciones que atestiguaban la larga historia de la ciudad.

Nos acomodamos en el espacioso piso de Rogelio que nos ofreció una buena comida y nos advirtió de que si queríamos cambiar moneda que se lo dijéramos a él, que los bancos eran unos ladrones y que nos cobrarían los zloty a tanto y él nos los daba más baratos. Era de los tipos que no desperdiciaban ningún negocio por pequeño que fuera y seguro que con el cambio de billetes pretendía sufragar el coste de nuestra estancia en su casa. Realmente era un tipo curioso. Una joven polaca, quizás su amante, nos servía la cena sin que mediara palabra ni con nosotros ni con nuestro anfitrión.

— Bueno, hablemos de negocios— nos dijo al fin— ¿Que quieren comprar?

— No queremos comprar nada. Queremos que nos ayude a encontrar a la señora Julia.

— No, no, no — dijo haciendo toda suerte de aspavientos— yo no sé nada. Ya le dije que yo solamente soy un intermediario, que solo cobro una pequeña comisión. A veces viene gente y les acompaño a ver cosas durante una semana con todos los gastos pagados y luego no compran nada, y los gastos suben. Si están aquí les puedo enseñar muchos libros antiguos, muy, muy baratos.

— Bueno, señor Rogelio, digamos que si nos ayuda a encontrar a Julia le podemos pagar nosotros los gastos y su comisión habitual.

— No, no, no me ha entendido. — Prosiguió con su peculiar español— Yo solo les acompaño si quieren comprar...pero, por ser ustedes ¿Cuanto podían darme?

— ¿Con 500.000 pesetas tendría bastante?

— Por ser ustedes puedo aceptar, pero solo una semana ¿eh? Pero de todas formas les enseñare unos libros muy interesantes.

Un adelanto sirvió para que Rogelio nos hablara prolijamente de los movimientos de Julia durante su estancia en su casa la semana pasada .Relató lo difícil que fue localizar el libro y lo poco que él ganó con la operación. Un “amigo” suyo puso en contacto a Julia con los anónimos vendedores y al parecer formalizaron la venta en un céntrico restaurante del casco antiguo de la ciudad. Luego le dijo que necesitaba estar unos días más pero que no quería registrarse en ningún hotel así que le localizó un piso a través de otro “amigo”. Julia pidió como condición inexcusable que estuviera en una determinada parte de la ciudad y que dispusiera de teléfono.

Eso fue posterior a nuestra llamada a la que tan teatralmente hizo frente Julia y no fue hasta después de que se hubiese alojado en dicho apartamento cuando Rogelio se apresuró a intentar ponerse en contacto conmigo cuando oyó que habrían abogados por el medio por la parte que a él le tocaba.

Cristian callado, se limitaba a observar a la joven polaca más propia de su edad que de la de Rogelio, no obstante parecía no escapársele ningún detalle de nuestra conversación.

En pocos minutos nos trasladamos al piso que había alquilado Julia en la calle Marzalkowska, justo en su confluencia con la plaza en donde se alza el majestuoso "Palacio de Cultura", edifico donado por los rusos al pueblo polaco, pero en realidad un símbolo del antiguo poder soviético sobre el país. Los varsovianos suelen decir en tono irónico que los polacos que mejor están son los que trabajan en dicho palacio, pues son los únicos que no lo ven, ya que sus exageradas proporciones lo hacen fácilmente distinguible aún desde muy lejos. Arropado por una simbología alegórica de los valores revolucionarios como sustitución formal de la religiosa o mitológica, hoy, verbigracia de los nuevos tiempos, alberga en su planta inferior uno de los pocos centros comerciales mínimamente lujosos del país. Lo cierto es que de él emanaba una enorme fuerza telúrica que no pasaba inadvertida para *ellos*, por lo que la elección de ese preciso lugar como punto decisivo y en cierto modo culminante de la trama no era nada casual. Quizás tampoco fue casual que Cristián se interesase especialmente por la historia y detalles del edificio que Rogelio se aprestó a contar extensamente mientras lo rodeábamos con el coche.

El piso se hallaba en una finca estatal que como tal presentaba un aspecto sobrio y uniformado. Subimos hasta el tercer piso y llamamos repetidamente a la puerta sin ningún resultado. Parecía que no había nadie, pero eso no impidió que pudiéramos acceder a su interior. Rogelio sabía cómo mover los hilos apropiados y la cuantía exacta de las comisiones y sobornos que era necesario realizar, por lo que en poco tiempo teníamos al portero del edificio abriéndonos gustosamente la puerta del apartamento con una amable sonrisa.

El aspecto de la vivienda distaba mucho de la que poseía Rogelio, que más bien era una excepción, ya que sus escasos 40 m2 se

repartían entre una pequeña estancia que hacía las veces de salón, comedor y dormitorio, un escueto baño y una estrecha cocina. Sin lugar a dudas allí se alojaba Julia .Reconocí enseguida la chaqueta de piel marrón que llevaba la última vez que la vi. También parecía que tenía allí todo su equipaje e incluso encima del banco de la cocina pudimos ver su bolso que contenía una cartera con dinero, tarjetas y toda la documentación. Era evidente que si había salido del piso lo había hecho para volver inmediatamente o bien en contra de su voluntad.

Rogelio, ajeno a nuestras preocupaciones se limitaba a charlar con el portero en el umbral de la puerta.

Cristian no decía nada, estaba bastante asustado y parecía superado por los acontecimientos. Se limitaba a imitar mis acciones y movimientos ayudándome a registrar el apartamento en busca de "algo" que nos pudiera dar una pista sobre el paradero de Julia, pero de pronto, con su acostumbrado aire de trascendencia me llamó la atención sobre algo que había encontrado.

— Aquí está, —dijo, señalando un pequeño bloc de notas junto al teléfono colgado en la pared— sabemos dónde encontrar a Julia.

Efectivamente en una pequeña hoja se hallaban escritas unas anotaciones que me parecieron que coincidían con la caligrafía de Julia. Junto con los típicos garabatos que se suelen hacer al hablar por teléfono cuando se tiene a mano papel y bolígrafo, se podía leer:

Contacto
Plumilla Parker
Gafas de vista
Maletín marrón remaches dorados

P.C. 3-8-6

— Y bueno, yo no veo nada — le dije, esperando su explicación que ya adivinaba asombrosa.

— Pues más claro no puede estar. Sabemos que Julia consiguió el libro, que le mintió y quiere hacer el negocio por su cuenta. Y aquí en esta nota está el lugar y el momento exacto de la entrega. El contacto será un tipo con una pluma Parker en el bolsillo de la chaqueta, gafas de vista y que portará un maletín marrón con remaches dorados que se encontrará con Julia el 8 del mes tres a las 6 horas, es decir mañana mismo ocho de Marzo, en el P.C. o sea el ¡Palacio de Cultura!

— Pues a mí — improvisé el razonamiento — se me asemeja más una lista de objetos para llevarse uno a una reunión, un pluma, unas gafas, un maletín y... — aquí esperé sorprenderle — un PC, un ordenador con procesador 386, un PC 386.

— ¿Quien se llevaría un ordenador tan antiguo?

— Bueno, puede que aquí sea aún un portento tecnológico.

— Bien, ahora que lo pienso, yo empecé a escribir mi reportaje con un portátil Toshiba 386, hasta que lo cambié por un nuevo modelo.

Yo sabía que había un detalle que no cuadraba, pero dejé que urdiera otra hipótesis, me divertía verle lanzarse al vacío.

— Así que — no tardó en decir — nuestra Julia iba a rubricar un contrato importante, necesitaba su plumilla de lujo para firmar y las gafas para leer la letra pequeña. Dentro del maletín llevaría un PC portátil que quizá contuviera el contrato, o ¿quién sabe? la imagen digitalizada del libro. Interesante.

Pedí a Rogelio que convenciera al portero para que nos diera la llave y poder quedarnos esperando en el piso hasta tener noticias de Julia. Al parecer Rogelio informó al portero de que éramos el marido e hijo de Julia que habíamos venido a visitarla sin avisarla y queríamos darle una sorpresa así que no tuvo inconveniente de dejarnos la llave. Probablemente bastaron unos miles de zloty para convencerle de tan inverosímil situación. Rogelio se despidió hasta mañana a las nueve para proseguir la búsqueda de Julia en caso de que esta no apareciese.

Cuando Rogelio y el portero abandonaron el piso Cristian me miró y expirando de forma sonora y evidente una buena bocanada de aire intentó descargar el miedo y la tensión .Lo cierto es que los dos intuíamos un cercano desenlace a tan enrevesada historia que bien podía acabar de nuevo en fatalidad. Pensé por un momento como había podido acabar a miles de kilómetros de mi casa, con un joven, casi un adolescente, muerto de miedo que no conocía de nada, encerrado en una minúscula y gris estancia y con una oscura trama a nuestro alrededor. Y entonces empezó a nevar detrás de la ventana.

Através de los cristales la ciudad se dejaba descubrir. La esfericidad de las cúpulas de las iglesias se contrapuntaba a la sobriedad granítica de los más modernos edificios socialistas bajo el siempre presente ambiente gris. Las ciudades europeas eran así, siempre bañadas por una luz apagada. Uno descubría su vitalidad en el interior de alguna pequeña taberna, dentro de una tienda de artículos de vidrio, nunca en la calle. Bajé la vista a ras del suelo y descubrí una edificación de planta cuadrangular que despertó la parte más notable de mi metabolismo. Era un pequeño quiosco que parecía despachar hamburguesas. Sentir su aroma debió ser un efecto puramente psicológico. Hice bajar a Cristian para que comprara provisiones para la noche que se adivinaba interminable. Puso toda clase de objeciones. No se quería aventurar solo en tan peligrosa misión.

Apañado iba si quería desenmascarar a una poderosa organización criminal, así que al final tuve que bajar yo.

— Cuando acabe todo esto — le dije — te llevaré a comer a un restaurante español que conozco. Sus dueños son de Alzira, cerca de donde vivo, y tuve la grata sorpresa de poder encontrar su establecimiento. Imagínate comerte una buena paella o un gazpacho manchego en pleno centro de Varsovia. Te aseguro que es una experiencia fascinante.

— Yo me apaño con hamburguesas —contestó mientras mordisqueaba levemente el enorme emparedado que tenía en sus manos — no comprendo cómo hay gente que se gasta tanto dinero por comer tal o cual cosa.

— Cada uno encuentra sus pequeños placeres en una actividad determinada. Yo solo puedo cometer algún que otro exceso gastronómico, no me queda nada más. Cuando era joven, bueno, esto te sonará a batallitas, mi pasión eran las mujeres y puedo presumir de haber tenido muy buenas amantes.

— ¿Usted? Pues no lo aparenta.

— Aún hoy no puedo evitar fijarme en una mujer guapa.

—Pero usted no está casado.

— No.

— ¿Por qué?

— Nunca me he visto casado. Tuve un par de relaciones un poco más serias, pero la palabra matrimonio siempre me asustó. De joven tuve mis aventuritas como te he dicho, mis juergas, mis relaciones secretas y todo eso.

— De joven hay que divertirse.

— Y tú, ¿tienes alguna chica por ahí?

— No — se sonrojó.

Sabía de sobras que era diferente. Era el típico empollón con el que se meten todos los de la clase. Habrá amado con locura a más de diez chicas y no se habrá atrevido siquiera a hablarles.

Aún en el pequeño pueblo en el que vivo hoy la gente está en otra onda, pero mi amigo parecía sacado de la época de mis padres. Me apetecía apretarle un poco las tuercas.

— Pero supongo que tendrás alguna amiga con derecho a roce como se suele decir ahora.

— Bueno...salgo a veces con unas amigas.

— En mi época, aún con una moral social más estricta también nos divertíamos, aunque fuese a escondidas, te lo aseguro.

— Bueno podíamos esquematizar lo averiguado hasta ahora.

— Bien. — Decidí concluir. Era evidente que era un tema del que no quería hablar. Para mí era suficiente. Ya no tenía dudas del mar embravecido que se agitaba en su interior y que intentaba ocultar mediante su peculiar racionalismo mágico. Así que lo dejé y me dispuse a esperar.

Era una espera tensa, espesa. ¿Esperando que? Tal vez una señal del cielo. Cristian y yo nos acomodamos en la pequeña habitación. La exigua bombilla incandescente que servía para iluminar la estancia no bastaba para definir ningún contorno con claridad. ¿Era quizás el reflejo de nuestra limitada visión de la historia que nos

impedía ver la verdad aunque la tuviéramos ahí delante? Quizás cuando la viéramos sería ya demasiado tarde.

Cristian aprovechó para sacar unas fotos al piso y a la nota de Julia y entregarse a anotar en su cuaderno todo aquello que él creía que le podía servir para su gran reportaje. También hizo algunas llamadas a su revista y supongo que a su casa desde el teléfono del piso sin preguntarse si tenía derecho o no a utilizarlo.

Yo en cambio seguía dándole vueltas al asunto en mi cabeza. Una cosa era cierta; Julia nunca había utilizado otras gafas que sus discretas gafas de sol que le servían para proteger sus delicados ojos claros de las miradas de los demás. Así que la hipótesis que yo me apresuré a apuntar parecía carecer de sentido. Tampoco creía en la propuesta urdida con tanta perspicacia por parte de mi joven compañero. Puede que dicha nota no fuera nada en absoluto, que no tuviera ninguna relación con el libro.

Era ya de noche y la nevada se había intensificado. Si Julia no había vuelto lo más probable es que ya no lo hiciera. Cristian agotaba con celeridad las hojas de su cuaderno con su frenética y casi ilegible escritura.

— Una cosa, señor Pablo.

— Sí, dime.

— ¿Por qué es tan importante el libro, el Testamento de Juan el Negro? A Roberto se le ordenó dejar todas las demás búsquedas para localizarlo y hasta es amenazado de muerte. Ahora Julia, una fiel y ejemplar empleada pierde todo su decoro e intenta estafarle con tal de conseguir el libro. ¿Que tiene ese libro que lo hace diferente a todos los demás?

— Ese libro es una leyenda. Es decir, jamás ha habido constancia fiable de su existencia. Nunca ha sido citado públicamente por otros maestros y es prácticamente desconocido aun para algunos expertos investigadores.

— Entonces ¿Existe?

— No lo sabemos. Es solo un rumor que se ha mantenido a través de los siglos, de boca en boca de los estudiosos y en ciertos documentos personales. Quizás esa incertidumbre lo hace tan atrayente. Según la leyenda contiene toda la Obra detallada y explicada y sin ningún tipo de velo.

— Es decir que los demás libros de Alquimia no contienen todos los pasos y procesos de la Obra.

— En efecto, aunque muchos autores lo autoproclamen, pero en realidad no se trata sino de otro ardid para confundir un poco más al lector. Si uno pretende tomar al pie de la letra los tratados enseguida se dará cuenta que esa no es la vía correcta para la obtención de la Piedra. La gran Obra nunca ha sido mostrada de forma explícita, siempre se ha ocultado tras un complejo simbolismo que la hace solo accesible a aquel que la estudia desinteresadamente.

— Así uno tendría que, por así decirlo, confeccionar un diccionario para traducir las expresiones simbólicas a las materias y procesos reales.

— Bueno, si fuera tan sencillo la alquimia sería cosa de tontos, siendo más bien *cosa de niños*, según algunos maestros. Si usted sigue como maestro a Nicolás Flamel y luego compara sus métodos con los de Eugène Canseliet podrá encontrarse con diferencias insalvables ¿Por qué? Porque forzosamente no tienen que hablar los dos ni de la misma vía ni del mismo estado de la Obra, aunque los dos puedan declarar que la describen completamente.

— Entonces no hay consenso entre los maestros.

— Lo hay, la Gran Obra es una. Por ejemplo, cuando se habla de la duración de la Obra Arnaldo de Vilanova y Georges Ripley coinciden que en un año se puede obtener La Piedra. Raimon Lull lo prolonga a quince meses y hay otros que hasta doce años, o a exactamente un año y siete días como Bernardo el Trevisano. Pues bien, todos dicen la verdad. Los periodos de un año o de doce años son meramente alegóricos y los dos aluden a una revolución completa del sol en el zodíaco, a la conclusión total de los trabajos al igual que hace el sol visitando los doce signos. Cuando el Génesis habla de los siete días de la creación lo hace de igual forma, es un periodo atemporal, es decir que está más allá del tiempo, indica una totalidad en la que al atravesar todos sus grados, se retorna al principio, conformando un ciclo que se repite y repite por toda la eternidad.

— Así que en nuestro libro, se explica la duración real en días y meses de la obra sin ningún velo alegórico.

— Eso pretende la leyenda

— Lo que aún no acabo de comprender es porque ese empeño de los alquimistas en ocultar tanto su obra. Si no quieren que se conozca no publican ningún libro y en paz, en vez de dar a conocer de forma oscura sus operaciones.

— Los alquimistas hablan tan claramente como su prudencia les permite. ¿Te imaginas el daño que causaría al mundo si su secreto cayera en malas manos? Con semejante poder algún alma malvada podría causar enormes daños a la humanidad. Así que este secreto es solo accesible para aquellos que en realidad pueden recibirlo. Siempre se ha dicho que para obtener la Piedra Filosofal hay que aborrecer las riquezas materiales, así cuando al final del Magisterio se obtiene, no se utiliza para enriquecerse personalmente.

"Buscar la Piedra por las riquezas que la acompañan es entrar al revés en la vía del Absoluto", como nos dice Grillot de Givry.

— ¿Y no puede ser todo una quimera, un proceso meramente alegórico y simbólico sin una correspondencia con los procesos físicos?

— Bueno, ha habido ocasiones en que los Alquimistas han realizado sus trasmutaciones en presencia de testigos muchos de ellos con una gran autoridad "científica" en su época. Se hablaba allá por el siglo XVIII de un tal Láscaris, un adepto errante que se dedicaba a realizar trasmutaciones públicas a fin de proclamar la veracidad del arte hermético. Uno de sus discípulos, Deslie había sido provisto al igual que otros enviados de una pequeña cantidad de polvo trasmutatorio y hay constancia de que se dedicó a recorrer Francia mostrando en público el poder de la preciada tintura que recibió de su maestro. Permaneció tres años en Sisteron donde se casó y tuvo un hijo el cual recorrió Italia y Alemania obrando muchas trasmutaciones con un poco de polvo donado por su padre en herencia y siguiendo su tradición. Deslie llegó a convertirse en un personaje ilustre en la región de Provenza y hasta el obispo de Senez junto con otros notables se erigieron en protectores y admiradores de este singular hombre.

— Interesante. —Dijo mi joven compañero tomando notas de todo cuanto decía— realmente es un mundo curioso.

— Pero — proseguí— tal vez las trasmutaciones más famosas y conocidas fueron las efectuadas por estos adeptos errantes ante los soberanos de las cortes europeas. Fue costumbre de algunos de estos monarcas hacer acuñar algunas medallas conmemorativas de la trasmutación filosófica con parte del oro obtenido. La mejor documentada fue quizás la que tuvo lugar en la corte de la Alemania Imperial de Fernando III allá por el 1648.

— ¿Existen en la actualidad algunos de estos adeptos?

— Sí, por supuesto, pero se cuidan de mantener sus operaciones en secreto.

— O bien no se atreven a que sus experimentos sean comprobados científicamente.

— Bueno, sí y no.

— Explíquese.

— La Alquimia es sin duda la precursora de la Química tal y como la conocemos en la actualidad. Muchos descubrimientos como diversos ácidos y sales tienen un origen puramente alquímico. Lo mismo le ocurre a la Astrología, que en un principio contenía toda la Astronomía conocida hasta el momento que las dos disciplinas se disociaron completamente. A proclamar sus famosos principios, allá por el siglo XVIII, los grandes químicos Antonie Lavoiser y luego Jonh Dalton echaron por tierra algunos principios alquímicos, los cuerpos simples no se podían dividir ni trasmutar, eran la base de toda la materia y eran inalterables. Por ello los adeptos prefirieron pasar un poco más a la sombra por miedo a ser tachados de retrógrados. Era evidente que siguiendo los principios químicos de la época ningún cuerpo simple podía transmutarse en otro, pero la Alquimia operaba en otra vía que acababa de divorciarse para siempre de su recién nacida hija la Química.

— Pero me acuerdo de que usted dijo que según la nueva física las cosas cambian, es posible transmutar un elemento en otro.

— Efectivamente, cuando se descubrieron los electrones, con carga negativa, los protones con positiva y los neutrones con neutra, la materia pasó a ser un rompecabezas modular con el que se podían componer varios elementos con las mismas partículas básicas. Lo curioso del tema es que ya hace muchos siglos la Alquimia procla-

maba que todo estaba formado por tres principios, el Mercurio, el Azufre y la Sal, que casualmente declara como principio masculino o positivo, femenino o negativo y andrógino o “neutro”, pero no los normales sino los filosóficos, para distinguirlos del mercurio o el azufre como elementos simples, por lo tanto estas denominaciones deben de tomarse por puramente simbólicas. Y eran las proporciones de cada uno de estos principios contenidas en un cuerpo las que determinaban su naturaleza. O lo que es, lo mismo, la naturaleza de cada átomo viene dada según el numero de protones, neutrones y electrones. Pero hay más; los elementos “simples” pueden transmutarse unos en otros en función de la pérdida o ganancia de partículas que experimenten. Así hoy en día los científicos “transmutan” los elementos fabricando elementos nuevos que van acomodándose en la conocida Tabla periódica de los elementos, más allá del Uranio, que es el elemento más pesado que se da de forma natural. Así que las teorías de los alquimistas ya no suenan tan descabelladas, aunque se hallen aún lejos del beneplácito de la mayoría de científicos.

— Dan ganas de ponerse a estudiar las obras alquímicas y ponerse a fabricar oro.

— Inténtalo. ¿Por qué no? Todo está explicado en los libros. Bueno, casi todo.

— Supongo que no debe de ser fácil, que las piezas fundamentales permanecerán ocultas, pero el famoso testamento del tal Juan el Negro las revela sin rodeos.

— Puede.

— Pues entonces tenemos la perfecta explicación a todo el entramado.

— Estoy deseando oír esa explicación — me apresuré a decir — antes de que anochezca del todo y ya no podamos ver nada.

Cristian se levantó. Creo que lo hizo para dar más énfasis y teatralidad a su exposición.

— De todos los datos e indicios que tenemos— postuló con aire retórico — hay uno que se revela como clave y pieza fundamental de todo el rompecabezas. Se trata del Libro, del Testamento de Juan el Negro. Que Roberto fuera enviado a mejor vida por su causa no nos cabe la menor duda, y que ahora la señorita Julia esté en este frio país , casi perdida, mintiendo a toda costa también por el dichoso manuscrito parece casi seguro. También sabemos que hay un grupo de personas que por conseguir dicho libro moverán muchos medios y dinero y no dudarán en cometer más crímenes. Es evidente que la leyenda que envuelve al libro, aunque no sea más que una quimera, es tan cierta para dicho grupo de personas que se ha tornado completamente real tanto para ellos como para nosotros. Así que si a partir de ahora tenemos en cuenta sus posibles movimientos hemos de hacerlo considerando este término. Pero aún hay muchos interrogantes. Por ejemplo, ¿Por qué Roberto fue asesinado en Montesa estableciendo una curiosa coincidencia con el supuesto origen del libro? Eso en el caso de que no enloqueciera, en todo caso a consecuencia del libro, o mejor, de no poder encontrarlo, Ya que ¿Que es lo que Roberto entregó realmente al señor Marino y sus jefes? ¿Tiene Julia en su poder el genuino manuscrito?, y si es así ¿Qué piensa hacer con él y donde lo guarda? ¿Lo va entregar mañana a las 6 en el Palacio de Cultura? y lo más preocupante ¿Donde está ahora Julia?

Le escuché atentamente, pero mientras hablaba, casualmente, como ocurren la mayoría de hechos notables, vi y después tomé de debajo del sillón donde antes estaba sentado Cristian, algo que tras un breve examen me permitió afirmar con rotundidad y con natural sorpresa para mi interlocutor:

— Sabemos las respuestas a todas esas preguntas.

CAPÍTULO 5
Juan "El Negro".

Alchemy workshop illustration from
Opus medico-chymicum: continens tres tractatus sive basilicas...,
Johann Mylius, Francofurtu: Hemannum a Sande, 1678

Una plácida tarde del año 1447. Es primavera y los rosales están en flor compitiendo en blancura con las aborregadas nubes que salpican un cielo tintado de un azul exultante. Dos hombres de mediana edad ataviados con sendos rústicos hábitos pasean tranquilamente por el jardín del castillo. Uno de ellos, más alto y escuálido, sostiene en su mano una pequeña campanilla de oro puro. Mientras la tintinea le susurra a su compañero de regla:

— El hermano Juan lo ha conseguido.

— Sabía que al final daría con La Piedra, — contesta el otro, más bajo y robusto, con pequeños ojos saltones — la constancia y la fe siempre han impulsado su trabajo.

— Pero lo más preocupante sigue siendo que su intención de abrir una escuela en la que se explique abiertamente el Arte es absolutamente firme.

— Todos pensaban que al obtener La Obra cambiaria de opinión al respecto. No fue una buena idea dejarle experimentar por su cuenta, no estaba espiritualmente preparado aunque haya visto apuntar el éxito. A veces ocurre que se camina sobre el filo de la sabiduría y se necesita orientación en determinados estados de la Obra. Pero nuestro hermano se ha extraviado de la Vía habiendo rozado la culminación, y este es un extremo demasiado peligroso para correr riesgos.

— Creo que debemos hacer lo pactado esta misma noche. Hemos de hacer que escarmiente pero sin que sufra daño alguno, es más, apareceremos como sus salvadores para que pueda rectificar sus pasos.

— Que el Señor se apiade de su alma...

.....

Aún se veían humear desde el castillo los restos de la pequeña casa del pueblo que servía para los extraños trabajos del hermano Juan y que había sido devastada por un pequeño incendio la noche anterior. En el claustro cubierto los dos hombres que ayer paseaban por el jardín conversan con el Maestre de la Orden de Montesa el caballero de superior rango dentro de la misma al cual acompaña el Justicia del lugar que parece indiferente a la charla del caballero con los dos conventuales.

— Ha sido una verdadera desgracia. Tanto tiempo manipulando ese horno del que salían extrañas chispas hasta que al final ha ocurrido lo inevitable.

— ¿No se ha salvado nada de su laboratorio?

— Nada.

— Bueno, — añadió el más alto — encontramos en un arca una suma de 50.000 florines los cuales tenemos la absoluta certeza que el hermano Juan , de no haberse producido su fallecimiento de forma tan inesperada , hubiera tenido a bien dejar en herencia a vuestra merced para su administración, siempre a favor de la Orden. Por ello le rogamos que con su legado se realicen las obras de caridad oportunas y no se indague ni se haga inquisición alguna sobre su vida para que pueda descansar en paz hasta el día de la resurrección.

— Que así sea — dijo el superior haciendo marchar al alguacil— Dejemos que el hermano Juan descanse al fin de su larga obra.

.....

Un lugar oscuro, ¿una cueva?, iluminada por la templada luz de una tea. Una docena de hombres en círculo rodean a un asustado personaje medio desnudo y con la cara llena de hollín.

— Compañero Juan, por poco pierde usted la vida —se aprestó a decir uno de los hombres — cinco minutos más y no podemos salvarle.

— Sabe que ha trasgredido nuestras normas y que es poco lo que le ha ocurrido — añadió otro.

— En vez de un adepto pareces un etíope, — apuntilló riendo un tercero — un negro, el hermano Juan el Negro.

Los doce hombres rompieron a reír ante la atónita mirada de Juan que aún no había vuelto en sí del todo.

.....

Su tamaño no revelaba en absoluto la importancia que tenía para nuestras vidas en aquellos momentos. Una cubierta negra de piel con letras grabadas en dorado, a todas luces posterior al manuscrito que habría sido reencuadernado en su actual forma por alguno de sus propietarios, le daba un aspecto insulso a primera vista. Pero nada más traspasarla uno podía deleitarse simplemente con su caligrafía de perfecta factura y sus capitales iluminadas que delataban de forma inequívoca la época en que había sido copiado este preciado volumen.

Si el inglés comercial de mi amigo nos había servido para desenvolvernos con relativa facilidad en el extranjero, eran ahora mis conocimientos de latín los que nos permitían introducirnos en el complejo legado de Juan El Negro.

El sol apuntaba tras las cúpulas de las iglesias y los rectos perfiles de los edificios. Cristian estaba dormido, sentado en el sofá, con su lápiz en la mano derecha y su bloc de notas en el suelo aunque su mano izquierda adoptara la postura de estar asiéndolo en posición de escribir. Yo estaba sin dormir, leyendo y releyendo durante toda la noche el corto tratado del hermano Juan sobre el arte de la Trasmutación filosófica de los metales. Sabía que algo iba mal, pero era imposible para la mayoría de la gente apercibirse de ello. Así que obvié este “pequeño detalle” tal y como aprendí de mi durmiente amigo pues a efectos prácticos carecía de importancia.

Tomé el cuaderno de Cristian del suelo y leí la síntesis que había hecho de toda la trama. Había descubierto que su obsesión por explicarlo todo sin importarle el grado de verosimilitud y correspondencia entre los hechos podía tener muchas aplicaciones en la práctica. Cualquier historia es cierta si todo el mundo acuerda en aceptarla como tal, aunque solo sea una pura convención, una premisa inicial, y al parecer esto había ocurrido al menos entre aquellos que tenían el libro y aquellos que anhelaban poseerlo.

"Nos cayó del cielo — escribía en el borrador de su reportaje— como una revelación divina. El encontrarlo nos aclaró varios puntos de nuestra investigación. El primero e indudable que el libro existía (El señor Pablo, un experto en estos temas apuntó como casi segura su autenticidad), el segundo que Julia había mentido, había urdido una inteligente maniobra para hacerse con una pequeña fortuna que se materializaría al entregar el libro al señor Marino. Sobre el contenido del mismo, sobre la veracidad de la leyenda por el momento no podemos tener constancia. En estos momentos el señor Pablo lo estudia concienzudamente a la espera de poder determinar si como pretende en su prólogo contiene la Gran Obra Hermética al completo. Textualmente su primera página reza así:

EL TESTAMENTO DE JUAN EL NEGRO
Ó

Los secretos de la trasmutación metálica y medicina universal ofrecidos en su totalidad y sin ningún velo o figura legados por un ciudadano del mundo, temeroso de Dios y estudioso incansable de la Naturaleza a todos los Pueblos de la tierra.

El libro contiene unas noventa páginas ilustradas con dibujos explicativos, perfectamente legibles a pesar de la evidente mella que ha hecho el paso del tiempo en él.

Pero lo más intrigante nos es desvelado en la última página. En ella aparece un plano a mano alzada del castillo de Montesa y sus alrededores. En dicho plano se detallan las diversas dependencias de que constaba el castillo, Puente levadizo, Patio de armas, Patio grande, Habitaciones de los conventuales, Patio de la cisterna, Cárceles, Habitaciones para huéspedes, Sacristía, Torre del homenaje, Claustro cubierto, Cuadras, Cocina, Horno y hospedería y Cuerpo de guardia.

Un pequeño círculo con un punto en el centro (Símbolo Alquímico del Sol o del Oro según me dijo el señor Pablo) indicaba un lugar de las cárceles que luego era supuestamente ampliado en un dibujo inferior. En él se señalaba la disposición de doce piedras marcadas cada una con los doce signos del zodíaco, y entre las dos piedras que representaban a Aries y Piscis (El primer y último signos del zodíaco) una pequeña estrella en forma de asterisco conducía a una leyenda al pie de la página que proclamaba:

> PARA AQUELLOS QUE NO TENGAN LA PACIENCIA DE RECOGER EL TESORO QUE CONTIENE ESTE LIBRO QUE ESTA EN SUS MANOS AQUÍ PODRAN ENCONTRAR SIN DILACIÓNN LAS MAS PRECIADAS JOYAS CON LAS QUE UN MORTAL PUEDE SER OBSEQUIADO.
>
> ESTE ES EL VERDADERO TESTAMENTO DE JUAN EL NEGRO
>
> 12 DE SEPTIEMBRE DEL AÑO 1447 DEL ADVENIMIENTO DE NUESTRO SEÑOR.

Efectivamente, parecía que el libro en sí, además de desvelar supuestamente los secretos de la Gran Obra, prometía un substancioso tesoro escondido sin duda entre las piedras del castillo. Debo

de reconocer que mi entusiasmo me llevó a exclamar; ¡vayamos a por el tesoro! pero tal como me apuntó el señor Pablo, de hecho cualquiera de los poseedores del manuscrito desde el siglo XV hasta hoy se nos habría adelantado en su búsqueda, así que de haber existido dicha fortuna ya habría sido descubierta quizás desde hacía siglos. Además tras el terremoto de 1748 posiblemente dichas piedras se perdieron o cambiaron su original ubicación.

Pero esto me incitó a pensar que tal vez Roberto les hiciera conocer a los compradores del libro esta parte del manuscrito. Según el señor Pablo varias copias del mismo circulaban entre algunos caballeros de la Orden en aquellos tiempos. ¿Fue una de estas copias la que Roberto iba a entregar al señor Marino y que dudaba tanto que les fuera totalmente satisfactoria? Cabe pensar que tras su examen para probar su autenticidad decidieran ir a dicho lugar y comprobar la existencia de las doce piedras marcadas y del tesoro. Al no encontrar nada pensaron que Roberto les había engañado, que les había entregado un camelo, así que a pesar de la lógica explicación que supone la previa expoliación del tesoro por alguien en el pasado lo mataron sin más contemplaciones cumpliendo su fatal amenaza. ¿Debía de saber Julia, de alguna manera, lo que le había ocurrido a Roberto y tal vez al conocer que el libro que ella iba a entregarles era igual al que ya tenían y que consideraban totalmente inútil temió correr su misma suerte? Es probable. Un libro por el que pagó 275.000 dólares solo podía estar tirado sin cuidado por el suelo si de repente había pasado a carecer de valor. Julia estaba metida en un buen lío, y probablemente lo estemos nosotros también".

La fantasiosa historia imaginada por mi amigo era al menos aceptable —pensé—.Mejor si todo el mundo creía esa versión, sobre todo *ellos*, los que podían hacer mucho mal si actuaban indebidamente.

Cristian se despertó. Fue un acto en el que invirtió un tremendo esfuerzo. Quizás en sus sueños, protegido por los mecanismos

de salvaguarda que Morfeo ofrece a los durmientes, rescataba a la chica, vencía a los malos y obtenía la recompensa, pero sabía que al salir del mundo onírico al real las cosas no le resultarían tan sumamente fáciles. Se hizo un poco el dormido, durante unos segundos, preparándose mentalmente para enfrentarse a algo que en realidad le aterrorizaba. No era precisamente un hombre de acción y eso le pesaba especialmente ahora, en el momento de pasar su primera prueba de fuego. Lo primero que hizo fue mirar el reloj. Las 5:48. Se le notaba nervioso y asustado.

— Bueno, habrá que ponerse en marcha —indiqué— faltan ya pocos minutos.

— Sí, habrá que hacerlo.

Tal como habíamos quedado anoche, íbamos a acudir a la incierta cita que Cristian había deducido de la nota de Julia. No había nada que perder. Si al final la anotación junto al teléfono no tenía nada que ver con el asunto, nadie aparecería. Pero de ser cierta dicha suposición tendríamos una mínima oportunidad para esclarecer los hechos. Suponíamos que *ellos* no nos conocían en absoluto y que nosotros les podríamos reconocer por los objetos que supuestamente habrían de portar para ser identificados. Lo importante era la posibilidad de ver aparecer a Julia o saber algo más de su paradero, para poder de forma discreta sacarla de la escabrosa situación en que suponíamos se encontraba.

Cogí el libro y lo deposité en el bolsillo interior de mi chaqueta. En cinco minutos estaríamos ya a los pies del majestuoso edificio del Palacio de Cultura.

.....

El hermano Juan estaba ya vestido con su hábito. Se había limpiado pero ya de por vida arrastraría el sobrenombre de El Negro.

Pero ahora el deseo de todos sus compañeros era que limpiara aquello que había ensuciado.

Estaban en la sala circular, en las profundidades de la tierra. Todos los hermanos permanecían sentados en una especie de anfiteatro excavado en la roca. Un gran escudo con la cruz y la media luna presidian la sala.

— Hermanos del Temple — dijo iniciando la sesión el Maestre Interior — como todos ya sabéis el hermano Juan ha logrado como algunos de los sabios la Crisopeya, la preciada Piedra privilegio de los estudiosos del Arte. Pero lejos de guardar el silencio y la discreción con el que cualquier alquimista debe de engalanarse ha intentado proclamar sin ningún cuidado sus hallazgos. Y lo que es más grave, ha puesto en peligro nuestra Regla Secreta. Muchos alquimistas europeos que trabajan de forma solitaria y otras órdenes de sabios no nos hubieran perdonado nunca la grave irresponsabilidad de nuestro hermano y nuestro nombre hubiera sido mancillado ante el resto de los Adeptos y escuelas.

Entre todos hemos de decidir su merecido castigo que debe de reparar el daño que ha causado al Arte. ¿Tiene algo que decir en su defensa antes de que procedamos a ello?

— Sí, por supuesto.

— Explíquese pues.

— Saben de sobra lo que pienso. La Nueva Era se acerca. Pero aún vamos a estar inmersos durante siglos en esta edad oscura, la edad en la que el hombre ha perdido su espíritu para obcecarse en la más pura materialidad.

Las guerras, el hambre y las enfermedades provocadas por el ser humano van a continuar devastando la tierra hasta límites in-

sospechados durante los años venideros. Nosotros somos los últimos depositarios de la ciencia espiritual. En nuestra mano está dar al mundo, dar a todos los hombres sin excepción, el poder del que somos depositarios, la riqueza y la salud absolutas. ¿Por qué hacer de esta bendición divina un privilegio de solo unos pocos? ¿Por qué no trazar un puente hasta esa próxima Nueva Era para evitar que el mal se abalance sobre todos nosotros con especial mordacidad consciente de su próximo fin?

— El Arte solo es digno de ser poseído por aquellos que verdaderamente pueden ser sus fieles custodios.

— El supremo hacedor ha colocado estas maravillas en muestras manos para que se las demos a los demás, es una locura no curar los males del mundo teniendo en nuestra mano la suprema solución, la Panacea Universal tan buscada por todos los hombres.

— Veo que usted no se ha dado cuenta de que la humanidad se encuentra aún en su infancia, y solamente ha iniciado tímidamente su andadura por el camino de la razón y el espíritu. La Edad Oscura debe de acaecer, incluso con sus amarguras, y aunque nos lleve siglos esperar a los tiempos de la Nueva Era, para entregar al orbe nuestros secretos. Cuando el mundo esté preparado para recibir los arcanos estos les serán revelados, mientras tanto, solo unas pocas almas elegidas pueden perpetuar en secreto la larga tradición. Así ha sido desde el comienzo de los tiempos y así será hasta el día en que los hombres hayan superado su mayoría de edad espiritual.

El Maestre miró fijamente a los ojos de Juan. Solo fue un segundo, pero bastó para que comprendiese.

Juan se echó a los pies del Maestre y rompió a llorar. Había visto quizás el futuro, los siglos de irracionalidad y oscuridad que aún se cernían sobre los hombres y la imperiosa necesidad de que este aprendiese por sí mismo.

El consejo deliberó y tras unas horas de intensas conversaciones un hermano al fin se dispuso a dar a conocer su veredicto:

— Para neutralizar los rumores que el hermano Juan se ha aprestado a difundir, sus pruebas trasmutatorias indiscriminadas y la revelación de los más herméticos secretos, este consejo propone que ha de redactar un testamento en el que a pesar de que declare revelar toda la Ciencia Trasmutatoria sin velo alguno procederá a describir la Obra alquímica totalmente al revés y revelando materias y tiempos incorrectos. Aprovechándonos del revuelo armado daremos a los codiciosos que buscan el Arte únicamente por sus riquezas materiales un auténtico laberinto en el que quiera Dios que se extravíen para siempre. Así que una vez redactado nos lo hará llegar para darle su aprobación y así poder introducirlo en el lugar adecuado para que cumpla sus fines.

— Que así se haga — concluyó el Maestre — para su bien y para el del mundo.

.....

A pesar de los varios grados bajo cero y el viento que soplaba a ráfagas por la *uliça* Marzalkowska la afluencia de gente era notable. Supongo que como cualquier miércoles de fin de invierno por la mañana en esta ciudad. La plaza en la que se asentaba el Palacio de Cultura estaba siendo ocupada ese día por multitud de vendedores ambulantes que en estos momentos descargaban sus mercancías de las furgonetas y pequeños camiones que circulaban sin orden indistintamente por la zona de tránsito y la peatonal.

Cristian y yo deambulábamos junto con algunos compradores impacientes que iban husmeando entre los puestos aún antes de que tuvieran todas sus mercancías expuestas para la venta. Si lo que queríamos era pasar desapercibidos el lugar era ideal.

El Palacio de Cultura aún quedaba un poco lejos, pero podíamos tenerlo controlado circunvalando el perímetro interior del mercadillo sin ningún problema. Si aparecía Julia la distinguiríamos fácilmente.

Cuando tuvimos a la vista la entrada principal del Palacio observamos atónitos, plantado en su misma puerta, a un tipo con gafas de vista y que portaba un lujoso maletín de piel marrón con remaches dorados. Desde aquí no podíamos ver si llevaba una plumilla Parker, pero lo cierto es que sí era una coincidencia esta no podía ser más inoportuna.

— Es él —exclamó Cristian — el tipo que espera a Julia con el libro.

— Puede, pero de momento esperaremos a ver qué ocurre.

Y aguardamos, y no ocurrió nada. Era evidente que el tipo esperaba a alguien, pues estuvo de pié más de media hora dando vueltas en torno a una zona de pocos metros cuadrados al frente de la entrada principal, ajeno a la gente que entraba y salía del Palacio.

Pero de repente el impasible contacto giró la vista hacia nosotros, nos miró y levantó el brazo como indicándonos que estaba ahí, apercibiéndonos de su presencia que parecía suponer que buscábamos.

Cristián me miró. Empezábamos a caminar hacia el individuo del maletín hablando a media voz entre nosotros, sin mirarnos a la cara para intentar aparentar que no nos comunicábamos.

— ¿Y ahora qué? — Peguntó Cristian.

— No sé, pero hay varias cosas que no comprendo y la primera es cómo demonios nos ha reconocido ese tipo si es que efectiva-

mente es el verdadero contacto. De ser ciertas tus suposiciones esperaba a Julia y no a nosotros.

— Quizás Julia esté detrás de todo esto y sabe que estamos aquí. — sentenció Cristian.

Al acercarme pude ver perfectamente la plumilla Parker colocada en el bolsillo de su chaqueta, dispuesta de tal forma que fuera notoria su presencia , y que al igual que el maletín, parecía comprada hace unas horas en el mismo centro comercial del Palacio. El tipo era un hombre de unos cincuenta años con el pelo canoso y bigote a la misma sazón que presentaba un aspecto impecable en su aseo personal e indumentaria.

— Buenos días, — nos saludó en un correcto español mientras nos tendía la mano— mi nombre es Jesús García y represento al señor Marino del cual tengo constancia que conocen al menos de oídas.

— Sí, al menos de oídas. —contesté.

— Él también les conoce a ustedes y les manda un saludo para los dos.

La situación era rocambolesca, pero todas las evidencias apuntaban a confirmar las fantásticas tesis de mi joven compañero.

— Hablemos pues de negocios —prosiguió — cuando antes acabemos antes dejaremos de aguantar este frio. Ustedes tienen algo que me interesa y yo tengo a alguien que supongo les interesará a ustedes.

— No sé de qué me habla —intenté contestar ingenuamente — pero si me dice de que se trata a lo mejor le puedo ayudar.

— Señor Pablo, no me venga con rodeos. Ustedes tienen el libro, y nosotros a Julia. Usted me da el libro y mañana mismo están en sus casas, ustedes y Julia, y con un buen pellizco de dinero en el bolsillo celebrando su reencuentro. — Dijo a la par que dejaba entrever el interior del maletín repleto de billetes de 100 dólares.

— ¿Y cómo sé que lo que me dice es verdad?

— Bueno, tiene que fiarse de mí. En confianza, no me gustaría que corriera la misma suerte que Roberto. Si no me entregan el libro por las buenas lo cogeremos nosotros mismos.

Miré a Cristian. Estaba, como siempre que las cosas se ponían feas, callado e inmóvil como una estatua. Así que decidí tomar la decisión por mi cuenta y riesgo pues no podía esperar ninguna respuesta de él.

— De acuerdo, le daré el libro, pero antes quiero ver a Julia.

— La verá, tranquilo, la verá, pero como le he dicho antes queremos el libro.

— Veo que no tengo elección, así que cuando antes terminemos mejor — dije mientras me sacaba el libro del bolsillo — Aquí tiene.

— Bien, — exclamó el tal Jesús García, nombre a todas luces ficticio, mientras hojeaba rápidamente y sin orden las páginas interiores del libro— veo que es un hombre sensato. Aquí tienen el dinero, 575.000 dólares americanos — dijo a la par que extendía su brazo para colocarme el maletín en mi mano — Pueden contarlo, pero está todo, aunque si lo van a hacer mejor que no sea en plena calle. — Remató con cierta ironía.

— ¿Bueno, y Julia?

— De eso ya nos ocuparemos, ahora vamos a comprobar si este es el autentico libro y no otro fraude como el que nos entregó Roberto. Si todo va bien verán a Julia muy pronto, si no, tal vez nos volvamos a ver.

Nuestro hombre se dirigió hasta la acera donde le esperaba, con el motor en marcha, un lujoso BMW 750 con matrícula alemana al que se subió elegantemente y que pronto desapareció de nuestra vista.

— ¡Uf!— suspiró Cristian solamente cuando el coche estaba ya muy lejos — parece que ya pasó todo.

— Sí, —asentí, mientras los cabos sueltos y las dudas me asaltaban en tropel— espero que podamos ver pronto a Julia.

Había demasiadas cosas que iban mal, que no encajaban. La primera de ellas es que a pesar de su autenticidad en cuanto a autoría y fecha de redacción, el Testamento de Juan el Negro parecía más una parodia del Arte Hermético que un singular tratado sobre la Obra filosófica. Si alguien pretendía realizar alguna trasmutación siguiendo los consejos del libro iba apañado.

Otra era como es posible que el tal Jesús García supiese quiénes éramos nosotros y que efectivamente estaríamos a esa hora, y en ese lugar con el libro. De ser cierta la suposición de Cristian sobre la nota del teléfono *ellos* esperaban a Julia.

Pero paradójicamente, y si Julia ya había sido apresada por ellos ¿fueron tan necios de no registrar su apartamento para hacerse con el libro que de ningún modo estaba escondido?

Y además, por otra parte ¿qué razón podían tener para raptar a Julia si de todas formas esta les hubiese vendido el libro por las

buenas y que ahora nos han pagado con integridad a nosotros? ¿Qué pantomima habíamos interpretado si en todo momento podían haber tomado también el libro por la fuerza si hubiesen querido? Y para colmo pude darme cuenta de que al menos el señor Jesús García no entendía nada de libros ni de Alquimia.

No había tiempo que perder. El hotel de la cadena Marriott al que me dirigía estaba a unos quince minutos andando sin pérdida posible. Su esbelta silueta destacaba entre los monótonos edificios grises que dominaban la ciudad haciendo fácil su localización. Cristian estaba anonadado y como fuera de sí. Cuando le conté que al tal señor García le había entregado solamente las tapas de nuestro libro con un curioso pero intrascendente libro de oraciones del siglo XVIII que había encontrado en el apartamento de Julia acoplado en su interior con unos burdos celofanes pareció palidecer hasta la más absoluta blancura. Como siempre permaneció mudo, pero se podía deducir lo que sentía tan solo al ver la expresión de sus ojos, estaba anormalmente tenso.

Mi plan era refugiarnos en el hotel que había reservado personalmente desde Valencia sin que ni siquiera lo supiera mi compañero. Para mi amigo Rogelio y para la agencia de viajes nos alojábamos en otro hotel a las afueras de la ciudad. Sería un lugar seguro al menos momentáneamente.

Cristian seguía mi anormalmente rápido paso, hasta que de repente me lo encontré inmóvil a unos diez o doce metros detrás de mí, llorando apoyado en uno de los inmensos árboles que flanqueaban el paseo. Me acerqué hasta él y procuré mirarle a los ojos.

— ¡Lo has estropeado todo!—gritó entre sollozos— ¿Sabes en qué lío me has metido? –Esta fue la primera y única vez que me tuteó.

Permanecí en silencio intuyendo quizás que tenía algo que contarme.

— Voy a serle sincero —prosiguió— ya que no tengo ahora nada que perder o ganar. Yo no solamente trabajo para la revista, sino además para los que están a la sombra de ella. Es gente que va detrás del libro y que me ha enviado para que se lo facilitara. Pero no son *ellos*, tal como usted los denomina, sino más bien al contrario los que están justo en su frente.

— Acláramelo todo, háblame — le espeté — dime *la verdad.*

La verdad es que consiguió engañarme a la perfección, pues en ningún momento pensé que Cristian fuera algo más que un joven e inexperto periodista. Aunque, tal vez, si era algo más no lo era por propia iniciativa. Eso bastaba para consolarme. Ya en el hotel comenzó a relatarme las circunstancias que le habían llevado a interpretar un papel dentro del entramado.

— Respecto a Roberto, es casi todo cierto, — contaba aún entre lloriqueos — nos envió la carta a nuestra sección de lectores, pero fue mi jefe el que me pidió que intentara sacarle algo más. Roberto se resistió al principio, pero al ofrecerle una buena suma cambió de parecer, eso sí, pidió que no se desvelara su identidad por nada del mundo. Lo que al final íbamos a publicar era una versión descafeinada y adulterada de lo que nos contaba, de tal forma de que no levantara excesivos recelos en *ellos.* Pero cuando apareció lo del Testamento...todo cambio. Me hicieron reunir con unos tipos que al parecer ejercían el control oculto de la revista por medio de varias sociedades. Tras una comida en un lujoso edificio de oficinas me ofrecieron la dirección de la revista si les conseguía para ellos el libro o su localización exacta. Las condiciones: podía gastar y hacer lo que quisiera pero debía de mantenerles en todo momento informados. Desde aquel momento supe el extremo valor que po-

seía dicho manuscrito. Y cuando Roberto empezó a relatarme las vicisitudes por las que pasó a consecuencia del mismo el convencimiento fue total.

Al principio pude sacarle mucha información por los métodos habituales, pero cuando se percató de la importancia de lo que tenía entre manos rehuyó sistemáticamente hablar del tema. Aquí es cuando desapareció sin dejar huella. No poco costó averiguar su identidad, pagaron a una agencia internacional de detectives para que siguieran su rastro siguiendo las pistas que nos había dejado en sus relatos. Sé que buscaron en registros de hoteles en las fechas y lugares que relataba, e incluso contactaron con sus supuestos proveedores de libros. Me dieron un completo dosier sobre él, sobre la librería y hasta sobre usted. Estuvieron espiándole y le pincharon todos los teléfonos. Al final me indicaron que concertara una cita con él y que le ofreciera una determinada suma que doblaba la ofrecida por el señor Marino, un cambio de identidad y protección. Pero llegamos tarde, la señorita Julia me dijo a mi llegada a Valencia lo de su muerte. Al informar a mis "jefes" me sentí un poco como debió sentirse Roberto, pues en esta ocasión en vez de ofrecerme prebendas me presionaron, en contra de mis intenciones, para que averiguara lo que pudiese sobre la muerte de Roberto y me infiltrara entre sus conocidos y socios para localizar el libro. Y es lo que hice cuando le fui a ver.

— ¿Y de Julia qué?

— No sabemos nada.

— Entonces está en manos de *ellos*

—Sí, es posible, aunque también ha podido salir por su cuenta. Lo cierto es que esto es un duelo de titanes y tanto usted como yo estamos en el centro del campo de batalla con todas las de perder.

— Esto empieza a complicarse de verdad.

— ¿Que podemos hacer?— preguntó sin dejar de lloriquear—

— Bueno, por el momento toma esto — le entregué el maletín con el dinero— con ello convencerá a mi amigo Rogelio para que le esconda durante unos días y lo devuelva después a casa, luego ya me pondré en contacto contigo.

— ¿Y usted?

— Ya me aviaré.

— ¿No tiene miedo?

— No.

— No voy a abandonarle ahora. No puedo tener la conciencia tranquila. Vendrán a por usted, vendrán a por el libro, y bien sean *ellos* o mis jefes no pararán hasta tenerlo en sus manos, y a usted lo eliminarán.

— Vete. Yo tampoco te he contado mi verdad. Te aseguro que al final vencerles será un juego de niños.

— ¡Como la Gran Obra! — Gritó emocionado — La Gran Obra es cosa de niños.

— Exacto. Veo que vas aprendiendo.

Cristian se marchó. Le di el número del hotel para que me mantuviese informado de cualquier incidencia, especialmente si lograba ponerse en contacto con Julia.

También dejé instrucciones en la librería para que Julia me llamase urgentemente al hotel si contactaba con Valencia. En recepción me informaron de que no había recibido comunicación alguna, así que me puse a esperar en la habitación su llamada que cada vez más se adivinaba como la pieza clave en todo el enrevesado juego.

Era ya media tarde, y no tenía otras ocupaciones que hacer la digestión de la abundante comida que hice subir a la habitación y leer una y otra vez la curiosa obra de nuestro hermano Juan.

Y fue tal vez por la intervención de la providencia, o bien por una de esas corazonadas que a uno le dan en el momento oportuno pero algo me impelió a mirar por la ventana. Y allí estaba en la acera de enfrente del hotel. Era un tipo con un traje gris claro y cara de melocotón que parecía montar guardia controlando quien salía y entraba del edificio. No tenía dudas, eran *ellos*. Cuales no lo sabía. Pero indistintamente si eran los poderosos jefes de mi amigo Cristian como la oscura organización del señor Marino venían a por el libro. Empecé a ponerme nervioso.

CAPÍTULO 6
Los Sopladores

Y la lucecita de la puerta acristalada del hotel no parpadeó manteniendo cerrada la salida a cal y canto.

— Por favor, acompáñeme — dijo cara de melocotón asiéndome desde atrás fuertemente por el brazo — no intente hacer ninguna tontería.

No lo veía pero no tenia duda de que era él. Estaba irremediablemente en sus manos.

En tan solo unos segundos la puerta del hotel se abrió misteriosamente y cara de melocotón me echó literalmente a la calle de mala manera.

Un lujoso Mercedes deportivo estaba detenido en la puerta conducido por dos tipos de aspecto casi idéntico a mi custodio aunque algo más jóvenes.

Sin dejar de estrangularme el brazo me hizo sentar en el asiento de atrás con suma dificultad dadas las dimensiones del acceso a las plazas traseras en comparación con mi voluminoso cuerpo. Cara de melocotón se sentó a mi lado mientras los dos jóvenes ocupaban las plazas delanteras.

El vehículo arrancó a toda velocidad calle abajo, como siguiendo una ruta aleatoria con el único propósito de alejarse de la puerta del hotel.

Poco recuerdo después de que mi raptor me enseñara una jeringuilla cargada de un líquido trasparente. — Así viajará más tranquilo — dijo, a la par que me clavaba la aguja sin contemplación alguna a través del pantalón en algún lugar de mi muslo izquierdo.

Me desperté en una habitación débilmente iluminada por una lamparilla de noche. Lo primero que hice fue buscar a tientas el libro en el bolsillo interior de mi chaqueta. Pero no logré encontrar ni el libro ni la chaqueta. Me encontraba acostado en una amplia y mullida cama pero vestido con un horrible pijama verde que me apretaba por todos lados. La habitación era anchurosa y estaba profusa y elegantemente vestida, sin duda siguiendo el modelo de alguna revista de decoración.

Me dolía tremendamente la cabeza y al intentar incorporarme me fallaron las piernas, cayendo a plomo sobre la mesilla de noche y tirando la lámpara por el suelo. Eso debió alertar a quien aguardaba tras la puerta que en pocos segundos se apresuró a ayudarme a levantar, haciendo que me sentara en la cama.

— No se mueva. — Me dijo.

— ¡No puedo moverme!— Contesté enfadado.

Pase unos cuantos minutos con la mente intentando centrarse en el pasado inmediato, rememorando el cúmulo de circunstancias que me habían traído hacia esta aislada estancia. Recordé que estaba en sus manos, que la minúscula lucecita de la puerta hizo que fatalmente me apresara el tipo con cara de melocotón y que me pusiese una inyección de cuyos efectos estaba saliendo ahora.

Y entonces los vi de repente. Plantados a escasos centímetros de mí dos tipos vestidos con ropa deportiva me miraban con un semblante extrañamente sonriente.

— Encantado de conocerle en persona señor Gómez — dijo un tipo medio calvo tendiéndome la mano — creo que le debemos una explicación.

No pude articular palabra. Me recordaba un poco a la actitud de Cristian cuando las cosas se complicaban. Tenía miedo. No miedo a dejar por la fuerza mi envoltura material que por otro lado ya era vieja y pesada, sino miedo a que la locura y la ceguera espiritual ganaran la batalla a la luz.

— Bueno me presentaré —continuó el tipo — soy el señor Marino y este es el señor Alberto. Esta usted en España y no vamos a hacerle ningún daño. Hemos mandado a buscar su equipaje al hotel y le hemos pagado la cuenta, mientras tanto puede utilizar la ropa que encontrará en el armario.

No había duda. Eran *ellos* y yo estaba poco menos que en la misma boca del lobo.

— Supongo que tienen ustedes el libro.

Se miraron los dos con aire de complicidad para luego exclamar casi al unísono.

— ¡Al fin lo tenemos!

— No me interesa para nada el libro, pero sí quiero saber dónde está la señorita Julia.

— No se preocupe ahora por ella, — habló el tal Alberto — ahora precisamente que estamos tan cerca.

— Les agradecería mucho que me dejaran hablar con ella.

— Bueno, realmente no está bajo nuestra custodia, aunque la tenemos controlada. Está en Varsovia recuperándose de un pequeño accidente. No es nada grave, pero no es conveniente que se mueva hasta que se recupere de las fracturas.

— ¿Que le han hecho? — Me desesperé.

— En realidad no llegamos ni a tocarla. Uno de nuestros colaboradores intentó ponerse en contacto con ella en su piso de la calle Marzalkowska para discutir un pequeño detalle sobre el precio del libro y al parecer intentó rehuirlo saliendo del piso a toda prisa con tan mala fortuna que tropezó y rodó escaleras abajo. Nos consideramos buenos compradores, pagamos precios tan altos como nuestros colaboradores nos piden, pero no toleramos que se aprovechen de nosotros.

— Así que Julia les propuso la venta del libro.

— En efecto. Gastamos mucho dinero pagando los caprichos de Roberto. Le dimos toda clase de facilidades pero al final nos defraudó. La señorita Julia parecía más seria y decidida y nos convenció de que tenía lo que buscábamos. No regateamos el precio que nos pidió, incluso aceptamos su primer aumento repentino sin previo aviso, pero luego perdió el control.

— Es decir les pidió un precio exorbitado.

— El número de ceros no nos asusta, pero si una persona que vacila en sus transacciones y que puede venderse a cualquier postor. Necesitamos seriedad y discreción, cosas de las cuales parece que carece su amiga Julia.

— ¿Mataron ustedes a Roberto?

— Señor Gómez — se adelantó el señor Marino — no intente saber demasiado, se lo digo por su bien. ¿Entendido?

— Son cosas que pasan — dijo el otro como quitándole valor al comentario del señor Marino. Evidentemente él era el pez gordo — no dejamos ningún cabo suelto. Somos serios, esto va en serio, muy en serio. Y si usted disfruta de nuestra hospitalidad es con un motivo concreto, debe ayudarnos en la Creación.

— Yo solo soy un pobre librero retirado, no sé en qué les puedo ayudar.

— No se haga el despistado. Registramos cada palmo de su residencia durante su ausencia. Usted dispone en su casa de campo de un completo laboratorio alquímico, ha estado trabajando en la Obra y sabemos que es un experto en la materia. Y ahora que tenemos el libro realizar la Trasmutación será un juego de niños.

— Sobrevalora mis conocimientos. Soy un simple aprendiz, un aficionado, nada más.

— Va a permitir que le invite a comer y le enseñe nuestras instalaciones. ¿Acepta mi invitación?

— Creo que no tengo más remedio que hacerlo.

Me trajeron algo de comida a la habitación que devoré sin contemplaciones. Nunca he entendido a las personas que pierden el apetito bajo circunstancias anómalas o criticas. Siempre he pensado mejor con el estómago lleno. Así que rebañé los platos hasta donde me vino en gusto y me vestí con lo primero que encontré en el armario que se aproximara a mi inusual talla.

Estábamos en una noble villa en un determinado punto del centro o norte de la península. El clima y la vegetación que crecía en los jardines y bosques adyacentes me desvelaron luego que nos encontrábamos en plena zona climática continental húmeda.

El vigilante de la puerta me acompañó al salir a través de una larga veranda acristalada que flanqueaba un anchuroso pasillo pavimentado con enormes baldosas de mármol negro y blanco.

Hacia su mitad el pasillo se ensanchaba por la derecha formando un gran rellano que servía para albergar una suntuosa escalera que subía al primer piso así como para acceder al jardín interior del la vivienda. Justo antes de la puerta del jardín se encontraba una sala de squash en donde mis anteriores contertulios jugaban con ahínco a dicho juego.

El guardaespaldas entro en el recinto interrumpiendo la partida que dejaron de inmediato, cosa que me dio idea de la importancia que mi persona debía de tener para ellos al abandonar por las buenas el juego. Yo solo juego al Tute y aún no adivino razón alguna que me hiciera interrumpir una partida.

Mis anfitriones se secaron el sudor y se dispusieron a acompañarme, haciendo que el guardia se retirara. Salimos a un inmenso jardín exterior rodeado por una alta valla de piedra rematada con espesas puntas de lanza de forja negras y doradas que le conferían un aire a la par amenazante y distinguido. Atravesando el exten-

so edén exterior dónde crecían abundantes árboles y arbustos, nos dirigimos hacia una estancia que se encontraba a unos cincuenta metros de la casa principal y que por su aspecto se asemejaba a un pequeño monasterio.

Entramos en la sala y recordé la conversación que tuvimos Cristian y yo en el avión.Era una construcción rectangular con estanterías de madera noble hasta el techo y de un innegable estilo neoclásico. Una larga mesa de lectura ocupaba el centro de la estancia rematada por un antiguo planetario mecánico, sin duda pieza de museo.

— Bien esta es nuestra biblioteca — dijo el señor Alberto— es bonita, pero nuestro libro vale más que todos estos juntos.

— Sin duda es una gran biblioteca.

— Le he traído aquí para explicarle por orden cronológico nuestras investigaciones.

— Le escucho.

— Hace diez años un grupo de personas de la empresa y las altas finanzas aficionados al hermetismo nos reuníamos en esta sala. Pasábamos largas veladas hablando y debatiendo sobre temas esotéricos hasta que surgió la idea.

— Mucha gente de nuestro nivel se reúne en diversos y selectos clubes. — Intervino el señor Marino — Algunos son solo tapaderas para organizar fiestas exclusivas y privadas. Los hay también que se dedican a organizar juegos y competiciones ilícitas en las que se cruzan millonarias apuestas. A otros, en cambio, les da por vestirse con antiguos uniformes para jugar a la guerra o simplemente entretenerse participando en safaris ilegales para cazar fauna prohibida. Lo nues-

tro no deja de ser común dentro del mundo de las altas finanzas si no fuera porque nos hemos tomado muy en serio nuestro juego.

— Así que un grupo de millonarios excéntricos decide un día por las buenas ponerse a jugar a los Alquimistas.

— Más o menos. — Dijo el señor Alberto que indudablemente llevaba la voz cantante — Consideramos la posibilidad, por remota que fuera, de que pudiéramos obtener el Polvo de Proyección. Tendríamos lo que se dice "el poder". El poder de mandar sobre la economía mundial que aún hoy, a pesar de la actual tendencia fiduciaria, basa una buena parte de sus reservas y solidez en los lingotes de oro. No se trataba solamente de fabricar oro para venderlo sino tener la capacidad de trastocar economías enteras.

— ¿No creen que juegan con poderes que no conocen lo suficiente?

— Es nuestro riesgo. También hay gente que se divierte cruzando a solas el océano. Puede que esto lo hagamos por puro placer.

— Creo que se equivocan. "Buscar la Piedra por las riquezas que la acompañan es entrar al revés en la vía del Absoluto", escribió Grillot de Givry.

— También conocer los secretos de las inundaciones periódicas del Nilo era algo sagrado, algo a lo que solamente tenían acceso las castas sacerdotales. Hurgar en esos misterios para los profanos se castigaba severamente. ¿Por qué?, porque si hubiesen sido de dominio público los sacerdotes habrían perdido sus privilegios. Me parece lógico que los Adeptos se guardaran el secreto para ellos mismos, pero igual de lógico es el que nosotros también queramos tener acceso a él.

— Creo que no voy a seguir discutiendo con usted, aunque si no comprenden la esencia de la Alquimia nunca obtendrán La Piedra.

— No esté tan seguro. Venga y le enseñaré el resto de nuestras instalaciones.

Nos acercamos al planetario y el señor Alberto movió unas de sus piezas, concretamente la esfera que representaba a Mercurio.

— Aquí lo tiene, el Mercurio, el principio de La Obra — proclamó satisfecho— por favor señores pasen.

De pronto la mesa de lectura se hizo a un lado mecánicamente dejando al descubierto una especie de entrada secreta a un piso inferior. Me recordó un poco a las bases secretas de las películas de espías a las que se accede a través de un sórdido despacho de una agencia de publicidad de barrio. Sin duda tan rocambolesca entrada le confería el aire de secretismo y trascendencia que pretendían dar a sus investigaciones.

El piso inferior quintuplicaba en amplitud a la sala de arriba y tenía más el aspecto de una fábrica de aparatos eléctricos atiborrada de operarios que de cualquier laboratorio alquímico. Desde luego solo podía reconocer vagamente los aparatos que allí se exhibían.

— Este es el primer nivel— se apresuró a decir— hay otros niveles más abajo que han sido construidos según iban avanzando las investigaciones y descartándose las vías.

— Desde luego la inversión es considerable.

— Lo es. Actualmente hay ciento cincuenta personas dedicándose a esto en exclusiva. — Apuntilló el señor Marino — Eso sin contar con los agentes que trabajamos en el exterior

— Nuestras primeras investigaciones —continuó el señor Alberto — se encaminaron a estudiar concienzudamente los escritos de los maestros. Este fue nuestro primer escollo por la incomprensible manía de los alquimistas de cubrir con alegorías sus experimentos. Además la inexistencia de un código único dificultaba aún más las cosas. Así que nos propusimos sistematizar las diversas enseñanzas de los maestros con la esperanza de obtener un resumen esquemático de la obra.

— Solve et coagula. —Contesté — Ese es el esquema de la Obra.

— ¿Qué dice? — Preguntó alterado el señor Marino, que al parecer ser era simplemente el jefe de los matones de la organización.

— Disuelve y une, señor Marino — se aprestó a tranquilizarlo el señor Alberto — esta es la recurrente manera que tienen los alquimistas para resumir la Obra, pero no es sino otro intento más de liar las cosas.

Yo me refiero a procesos químicos concretos, no a vanas especulaciones metafísicas. Y como decía—continuó mostrándome unas enormes pizarras en las que se podían ver unos extraños diagramas — llegamos a la conclusión de que la tarea era demasiado compleja para nuestro equipo de químicos e historiadores de la ciencia, las vías y procedimientos se subdividían y entrelazaban sin aparente orden. Sabíamos que había una disolución, una conjunción, una putrefacción. ¿Pero sobre qué? ¿Cuál era el orden y el tiempo? Así que recurrimos a esto. — Me mostró mientras caminábamos un enorme ordenador rodeado por cinco o seis terminales — Dada la cantidad de datos que teníamos que procesar se nos ocurrió diseñar un complejo programa informático que analizara todos los textos disponibles sobre alquimia y los comparara, los combinara y permutara en sus miles y miles de combinaciones dando a cada

símbolo diferentes valores hasta hallar un proceso fisicoquímico lógico. No obtuvimos nada en claro. Donde un alquimista decía Mercurio el otro declaraba Antimonio, no había un consenso ni un plan concreto. Aún así — nos hizo pasar a otra sala que albergaba un laboratorio químico con toda clase de aparatos en el que trabajaban una decena de personas — intentamos probar algunas de las líneas de operación que parecían más claras. Incluso hoy en día estamos probando sistemáticamente los mil ciento veinte procedimientos probables hallados. De uno a otro puede que solo varíe un elemento o un paso, incluso una fase de luna, probamos una a una todas las "materias primas" posibles, Mercurio puro, Azogue, Antimonio, sangre humana, carbón , tierra, turba, rocío, vegetales, savias de diferentes plantas, etc.., para cada una aplicamos diferentes procesos, con fuego real, con calor animal, con el Atanor, etcétera. Pero no hemos obtenido nada en limpio hasta la fecha.

— Interesante.

Bajamos al siguiente nivel mediante una ancha escalera. La estancia era una réplica casi exacta del piso de arriba aunque su aspecto interior era radicalmente distinto. La luz era tenue y la decoración exquisita. Unas diez mesas circulares separadas por paredes acristaladas albergaban a un variopinto grupo de gente estrafalariamente vestida. Había grupos de diez o más personas entrelazando sus manos alrededor de la mesa, grupos de dos o tres y hasta personas solas, todas en un innegable estado de "trance". En alguna de las estancias se podían ver extraños objetos como claveras, bolas de cristal, retratos y algún que otro incensario ardiendo.

— Se nos ocurrió entonces otra vía en una de nuestras reuniones mensuales que empezaron a funcionar como una especie de tormenta de ideas. Sabe usted que hay personas con capacidades de percepción extrasensoriales, videntes o médiums como se suele decir. Pensamos en la posibilidad de contactar espiritualmente con las

almas de los maestros difuntos para que nos explicaran los puntos clave de la Obra Alquímica. Y como todo lo hicimos a lo grande. Nuestro equipo de parapsicólogos selecciona a gente con facultades demostradas y los hacemos trabajar cada uno con un maestro determinado.

— ¿Y han obtenido resultados?

— Bueno, lo que se dice contactos hemos efectuado muchos. Hemos recibido indicaciones de lo más variado y todas y cada una de ellas las hemos intentado reproducir en nuestro laboratorio general situado más abajo. El laboratorio de la primera planta ya tiene suficiente trabajo siguiendo la primera línea de investigación, así que construimos uno grande, toda una planta entera para seguir aquello que decían nuestros "médiums". La verdad es que tengo que confesarle que hemos ido de fracaso en fracaso. Muchos de estos videntes solo buscaban sacarnos el dinero, si erraban más de tres veces haciéndonos acometer absurdos y carísimos experimentos sin resultado alguno prescindíamos de sus servicios.

— Los eliminaban.

— Permítame que le sea tan sincero, pero sí, los eliminábamos, no dejar ningún cabo suelto ya sabe, es nuestro lema.

— Así que yo puedo esperar la misma suerte.

— Tengo fundadas sospechas de que nuestra relación va a ser más fructífera que todo eso.

— Eso espero.

— También tenemos nuestra sección de “soñadores” — añadió el señor Marino, siempre dispuesto a cobrar protagonismo— venga y se la mostraremos.

Recorrimos el largo pasillo delimitado por falsas paredes completamente tapizadas por una elegante tela aterciopelada de color rojo cereza con ribetes dorados que servían para dividir el nivel, lo que le confería a la fría nave subterránea un aspecto de tren de lujo hasta llegar a una estancia algo mayor que las habitaciones con mesas en la que se disponían regularmente una decena de camas tipo hospital ocupadas por diversas personas que parecían dormir.

Los veíamos a través de un cristal al cual había adosado una especie de panel de control vigilado por un tipo con aspecto de celador de la seguridad social que monitorizaba las constantes vitales de los durmientes.

— Usted sabe — explicó el señor Alberto — que el mismo Nicolás Flamel recibió la clave de la obra a través de los sueños. También intentamos hacer soñar a un determinado grupo de gente que ha estado familiarizándose y leyendo las obras de los maestros para intentar conseguir una revelación onírica.

— ¿Y?

— Nada de nada. Parece que los alquimistas no sueltan prenda de su secreto ni después de muertos. Y fue entonces cuando se nos ocurrió la idea de los libros.

— Por favor acompáñeme — dijo Marino señalando la escalera que bajaba al nivel inferior —

Bajamos a lo que llamaban laboratorio general, que no era otra cosa que una infernal galería de abyecciones y desviaciones alquímicas. Un paraíso de los “sopladores” aquellos ignorantes que sola-

mente buscan La Piedra por las riquezas que la acompañan, errando la vía desde el principio. Mis conocimientos de química y física no van más allá de lo estrictamente necesario para la operatoria alquímica, pero pude reconocer toda una suerte de útiles químicos y tecnológicos algunos tan alejados del Arte como un microscopio electrónico o una cámara de flujo laminar.

— Aquí intentamos reproducir las indicaciones dadas por nuestros "médiums" — explicó el señor Marino — no se ha escatimado en medios, como ve. Esperemos que aquí pueda encontrar todo lo que usted necesite.

— No se precipite Marino —ordenó el señor Alberto con un rotundo gesto efectuado con la palma de su mano — primero hay que explicarle todos los caminos recorridos y porque confuyen en este decisivo punto. Verá — prosiguió — como le expliqué muchos de nuestros videntes nos hacían deambular por caminos absurdos, carentes de toda lógica, pero que seguíamos por si acaso. Me inclino a pensar que muchos de ellos lo hacían con total convencimiento, otros en cambio pensaban que esto era igual que decirle la buenaventura a las cuarentonas que acudían a sus consultas decididas a esperar amor fama y dinero que tales tipos se apresuraban a vaticinarles. Pero nosotros tomamos buena nota y sabemos quién nos decía cosas al azar, a veces con costos elevadísimos.

— ¿Me pueden explicar que tengo que ver yo con todo esto? — pregunté sin el convencimiento de recibir una respuesta clara.

— Todo vendrá, espere. Nosotros llevamos haciéndolo más de diez años. El caso es que algunos de nuestros videntes pidieron algunos objetos personales pertenecientes a los maestros y adeptos con tal de imponer sus manos sobre ellos para recibir alguna visión. Es lo que se llama captación de la energía vital acumulada en los

objetos. Y como lo que más a mano teníamos eran algunos volúmenes de nuestra biblioteca pertenecientes a ediciones originales que tenían posibilidad de haber estado en contacto con sus autores o tal vez sirvieron como guía a algún alquimista que pudo haber realizado la trasmutación siguiendo sus textos, decidimos utilizarlos en el experimento. Pero no era suficiente. Así que encargamos al señor Marino y sus ayudantes que recopilaran libros de alquimia, preferentemente manuscritos, o al menos ediciones príncipe que pudieron ser tocadas o al menos haber recibido alguna vibración del autor o del operante alquímico que lo hubiese poseído de una u otra manera.

— Y es así como contactaron con Roberto.

— Con Roberto y otros más, pero sin duda él era el mejor. Bastaba con enseñarle un poco de dinero para hacerle buscar debajo de las piedras el libro que le pedíamos.

— Pero al final lo eliminaron.

— No vuelva a precipitarse. Todo quedará explicado. El método resultó ser la mejor aproximación a la Obra que pudimos obtener. Las visiones de nuestros mentalistas nos condujeron a perfeccionar algunos aparatos y a realizar con éxito algunas operaciones menores descritas en los libros, pero La Vía Regia, el camino grande seguía sin ser desvelado. Y aquí es cuando a nuestros químicos se les ocurrió una idea genial.

— Químicos y espiritualistas. Curiosa combinación. — Dije pensando en que habían separado aquello que el alquimista solitario reunía en un solo ser. La alquimia no era otra cosa que una Química Espiritual. Por suerte *ellos* no lo sabían. Así que me apresté a escuchar la nueva teoría de la que estaban tan seguros.

— La verdad es que nuestro equipo “científico” y nuestro equipo “espiritual” siempre han estado enfrentados y sabemos que hay una especie de competencia entre ellos respecto a quien desvela antes el secreto de los alquimistas. Mucho me temo que al final serán los químicos, con su inestimable ayuda, quienes ganen la partida.

— Cuénteme, tenga la certeza de que yo soy el primer interesado en aprender a fabricar oro. Se lo aseguro.

— La cuestión es de pura lógica. Si nuestros videntes nos pedían objetos que hubieren estado en contacto con los alquimistas para captar su “esencia vital” se nos ocurrió que también podíamos encontrar huellas físicas .Verá, al igual que analizando microscópicamente cualquier objeto nos podemos encontrar cosas como restos de pólenes, señales de actividad microbiana o trazas de elementos que nos desvelan de donde procede o donde ha estado dicha materia suponíamos que si algún alquimista había tenido el Polvo de Proyección en sus manos y luego tocado su libro o manuscrito al leer o al escribir, una traza de dicha substancia habría quedado adherida al papel. Serian suficientes unos pocos átomos de tan maravillosa materia para poder determinar su composición. Luego solo bastaría con intentar sintetizar dicha molécula por métodos convencionales.

— Interesante

— La técnica hubiera sido impensable años atrás, pero hoy resulta factible. Así que buscamos y buscamos hasta que al final aislamos una substancia de la cual no nos cabe duda que es el verdadero Polvo de Proyección.

— Entonces ya tienen lo que buscaban.

— No del todo. Las cantidades encontradas son ínfimas y la substancia es de tal complejidad que escapa a los análisis ordina-

rios. Por ello dedujimos que se trataba de La Piedra, una substancia tan maravillosa que supera toda nuestra técnica analítica actual. Puede que tras años de investigaciones podamos descifrar todas sus propiedades, pues como llegó a decir uno de nuestros investigadores es *algo* que no es solamente materia. Así que necesitábamos más y más libros para conseguir más y más cantidad de Polvo, de ahí nuestra avidez por tales obras.

— Realmente la cantidad de substancia que es posible encontrar es realmente mínima.

— Pero hay un libro diferente. Una Obra que encierra en sí un maravilloso tesoro.

— El Testamento de Juan el Negro.

— Efectivamente, y ahora lo tenemos en nuestras manos.

.....

El hermano Juan presentó ante el cónclave de Adeptos su obra. Tal como se le había indicado dicho libro constituía un fabuloso laberinto destinado única y exclusivamente a desorientar a los sopladores.

— Hemos examinado su Obra, hermano Juan — dijo el Maestre — y verdaderamente ha hecho un trabajo estupendo. Ahora solo resta difundir la leyenda de que contiene toda la Obra explicada sin velos. Haremos unas cuantas copias y las distribuiremos apropiadamente para que causen el efecto necesario. Si todo va bien dentro de unos años habremos hecho consumir montañas de combustible en los hornos de los sopladores sin resultado alguno y borrado la fama de Alquimista poco discreto de nuestro hermano.

Juan salió de la gruta y por mandato de la Orden habría de dirigirse con una nueva identidad hacia otro monasterio lejos del Rei-

no de Aragón, en plena Europa continental, donde le esperaba una vida dedicada por entero a la contemplación, lejos de cualquier horno o matraz, intentando purgar su falta de discreción en temas en los que tenía que haber aplicado el sello hermético.

Pero el hermano Juan aún no había aprendido la lección del todo. Antes de emprender su viaje y amparado por el velo de la noche visitó los restos de su antiguo laboratorio. Tuvo que revolver bastante entre los escombros y cenizas pero al final halló una masa informe de aspecto grisáceo por los residuos que llevaba adherida, pero que cuidadosamente limpiada y pulverizada adquiriría su original brillo rúbeo y su textura maleable que caracterizaba al preciado tesoro de los alquimistas: El Polvo de Proyección.

Sabía que no podría llevarlo consigo y que realizar alguna trasmutación era una temeridad, pero se resistió a privar al mundo de su preciado tesoro. Estaba escondido en una celda de las cárceles como si fuese un preso corriente, así, nadie ajeno a la Logia, podría descubrir que aún se hallaba con vida, ya que todos los encargados de la prevención pertenecían a la Orden secreta de Adeptos.

También a través de la falsa celda se acedia mediante una entrada secreta a una larga galería subterránea que poseía una discreta salida al exterior, — que es la que utilizó para llegar a su laboratorio— pasadizo que también daba acceso a la gruta que albergaba a la congregación de Adeptos. Así que entrar y salir de las mismas era fácil para los conocedores de la subterránea red de galerías. Se arriesgó a ser visto pero al final consiguió tenerlo todo preparado todo para ejecutar su plan.

Tomó La Piedra y la redujo a fino polvo con ayuda del mortero. Luego la diluyó cuidadosamente en tinta negra. Hizo unas cuantas pruebas en las hojas de su libro de oraciones y cánticos. El color variaba ligeramente del original pero podía pasar desapercibido.

La operación de cambiar la tinta a uno de los copistas también era arriesgada pero la noche siguiente bajó a la gruta por la entrada de las cárceles hasta la sala del escritorio. No había vigilancia, pero muchos hermanos retirados del mundo exterior dormían en la cueva así que tenía que ser sumamente sigiloso para no despertarlos.

Ya estaba. Al menos una copia de su Testamento haría honor a lo que en él se declaraba. Estaría escrita enteramente con la Piedra misma, con el Polvo de proyección, la tintura prodigiosa de los alquimistas que tenía la facultad de trasmutar los metales inferiores en noble e indómito oro nuevo. Pero además el polvo de proyección servía igualmente como base para elaborar la Panacea universal o Elixir de la eterna juventud. Este sería su escondido legado, que cual caballo de Troya, permanecería entreverado y oculto entre las líneas del manuscrito para ser desvelado a las futuras generaciones.

Se fue a dormir pensando en su largo viaje a través de Europa que pronto iba a emprender con la absoluta confianza de que alguien en el futuro recogería su preciado don para el bien de la humanidad. Ese sería su verdadero Testamento.

.....

— La verdad es que no pensábamos que dicho Testamento fuera tan maravilloso, — continuó el señor Alberto — al menos algún alquimista se ha mostrado explicito con sus operaciones.

— Lo sé. He leído el Testamento. — Dije, con la esperanza de trazarles un nuevo camino hacia la nada.

— No, señor Gómez, nada de eso. Dicha obra se aleja notablemente de los procedimientos habituales, es, por así decirlo, la

tapadera perfecta para lo que se esconde en su interior, y no me refiero a ningún significado simbólico o cifrado, no. La singularidad del libro radica en que está escrito íntegramente con una tinta que contiene enormes cantidades de Polvo de Proyección en dilución. Toda una sorpresa y un regalo de un alquimista sensato para quien se apreste a tomarlo.

— Sorprendente. — Dije, y lo era verdaderamente.

De todas las argucias posibles para desvelar la Obra e insinuarla a las mentes despiertas, ávidas de perfección alquímica esta era la más nefasta.

Era como dar directamente los resultados de los exámenes de matemáticas a los estudiantes sin enseñarles a hallar la solución por sí mismos. El aprobado era seguro pero serían incapaces de enfrentarse a nuevos problemas. Desde luego nuestro hermano Juan al que consideré un simple bromista del Arte, o a lo sumo un ingenuo que creyó poseer La Piedra era un hereje consumado de la Filosofía Hermética, un abyecto divulgador de los más íntimos secretos de la Crisopeya. Dudo que si poseyó La Piedra sus coetáneos ligados al arte trasmutatorio no intentaran neutralizar su indiscreción, aunque su artificio a la hora de hacerlo habría sido extremadamente difícil de detectar en su época.

— Las pistas que nos guiaron hacia el Testamento de Juan el Negro fueron en principio las declaraciones en algunos manuscritos y notas de alquimistas posteriores a la fecha de redacción del libro que afirmaban haber logrado la trasmutación siguiendo sus indicaciones, de forma rápida y sencilla y con resultados formidables. No se trataba de declaraciones públicas en sus obras más conocidas. No. Siempre encontrábamos referencias al Testamento en sus cartas personales, apuntes de laboratorio y cosas por el estilo. Por ello dedujimos que no se trataba de las habituales trampas con

las que los adeptos protegían su saber. Ya sabe, no solo rastreamos libros, sino cualquier superficie que se prestara a retener partículas materiales de polvo. Cualquier objeto sospechoso de haber intervenido en alguna operación alquímica era susceptible de análisis para comprobar si llevaba adherida tan formidable materia. Pero no hay nada como los libros. La tosca superficie de escritura de estas obras, que inevitablemente era tocada con el índice y pulgar al pasar sus páginas, es decir , los mismos dedos que se utilizarían para tomar una pizca de materia, junto con la protección que proporcionaban las apretadas hojas del libro, eran la trampa perfecta para el polvo. Si las obras habían sido restauradas se las liberaba de mucha substancia, pero aún así eran aprovechables.

.....

Era una plácida mañana del 23 de Marzo de 1448, el Sol acababa de entrar en el signo de Aries y con ello inaugurado la primavera. Los primeros grados del signo del Carnero darían según la Astrología Judiciaria el impulso necesario para que le plan avanzase con ímpetu.

El Maestre examinó la primera copia del Testamento con satisfacción.

— Haremos una docena de copias como esta. Nos encargaremos bien de distribuirlas entre los maestros. De buen grado nuestros amigos colaborarán con nosotros.

— ¿Y que han de hacer con ellas?— preguntó uno de los emisarios encargados de distribuirlas.

— Nada. Pero sutilmente, discretamente, entre sus notas y cartas, en sus charlas y tertulias con la multitud de sopladores que les cercan intentado arrebatarles el secreto alquímico, difundirán la

leyenda de nuestro hermano Juan. Sí, dirán, este es el famoso Testamento de Juan el Negro, el que realizó numerosas trasmutaciones públicas, el que pretendía abrir una escuela para enseñar su arte, pero que lamentablemente murió en el incendio de su laboratorio. Nos interesa ese libro, rogarán, pagarán altas sumas por él que nuestros amigos donarán para obras de caridad. Luego perderán todo su tiempo y dinero en los experimentos estériles aquí detallados.

.....

— Así que decidimos rastrear dicha obra con la esperanza de que hubiese intervenido en multitud de trasmutaciones y estuviera efectivamente impregnada de polvo. Nuestro amigo Roberto inició su búsqueda según nuestras indicaciones. Enseguida nos dimos cuenta de la singularidad de la obra y de su extrema rareza, no en vano se hablaba de unas pocas copias, unas dos o tres que habrían sobrevivido al paso del tiempo hasta hoy. Investigando a fondo entre montañas de documentación, pudimos seguir la pista a dos de ellas, una en París cuyo rastro desaparece tras la Revolución francesa y otra que nos llevó hasta Varsovia, pero de la que súbditamente también se esfuma su huella tras la II Guerra mundial, así que la tarea se complicó más y más. Pero de pronto nuestro amigo, en vez de proseguir la búsqueda, decide por su cuenta romper las fructíferas relaciones comerciales que mantenía con nosotros. Nos quedamos sorprendidos, no veíamos motivo para que decidiera retirarse, le pagábamos bien, muy bien y le consentíamos todos sus caprichos. Aquí es donde el señor Marino —dijo señalándolo y provocando en él un aire de satisfacción — nos sugirió que quizás sí había encontrado el libro, que de alguna manera conocía su valor y que quería aprovecharse de esta situación. Así que le advertimos severamente. Y dicho y hecho, en pocos días nos entregó el libro en Valencia.

— Entonces, si cumplió ¿por qué lo eliminaron?

— No se precipite. Analizamos dicho libro y nuestra sorpresa fue mayúscula. No había ni rastro de tan preciada substancia. Dicho libro parecía un fraude. Nunca nadie que siguió sus indicaciones consiguió La Piedra. Pero, casi al final del libro descubrimos una pequeña mancha de tinta que no se correspondía con la utilizada para escribir el libro. Dicha tinta contenía una concentración altísima de Polvo de Proyección. Esta concentración no podía deberse a la casualidad, estaba hecha a propósito. ¿Pero de dónde demonios procedía? Entonces lo vimos claro: El libro que teníamos en nuestras manos había sido copiado utilizando una tinta que llevaba grandes cantidades de polvo en dilución. La mancha probablemente fuese un accidente del copista que delataba que existía al menos una copia del libro realizada con dicha tinta.

— No necesariamente el calígrafo tenía que haber reproducido el manuscrito, quizás solo tomaba notas para la redacción de otra obra, o de una simple carta.

— Si bien es verdad lo que usted apunta, decidimos aplicar en este caso el principio de la navaja de Occam que como bien sabrá reza que "a igualdad de condiciones la explicación más sencilla es la más probable" y lo más sencillo es que dicho accidente se produjese copiando dicha obra. Los maestros en sus cartas afirmaban que se habían realizado una docena de copias del manuscrito original, aunque solo han perdurado hasta hoy unas pocas .Como le comenté según los alquimistas posteriores sobrevivieron unos pocos ejemplares hasta el siglo XVIII, el original que al final se perdió en el terremoto de Montesa, y tres copias más, señalando que una de ellas a la que llamaban *"Nuestro corcel filosófico"* poseía una "signatura" que la hacía especial al resto. Siempre pensamos que se trataría de la firma del autor o de alguno de sus propietarios. Nunca imaginamos que tal "signatura" era en realidad el mismo Lapis filosoficus, o Piedra filosofal.

— Y es de lógica — intervino Marino — si la copia que teníamos no estaba caligrafiada con la tinta especial forzosamente lo estaría alguna de las otras dos copias, y la que supuestamente estaba el Polonia, que llamaban el Corcel filosófico y que se afirmaba que era diferente a las demás, tenía todos los visos de ser la que estaría escrita con la Piedra Filosofal. La buena cuestión es que usted nos ha traído la prueba que nos da la razón.

— Así que Roberto les entregó la copia vulgar pero que les hizo descubrir de la existencia de otra que estaba escrita con la misma Piedra, que es la que les encontró la señorita Julia, el verdadero y oculto Testamento de Juan el Negro.

— Sí, así es. Julia retomó los pasos de Roberto y al final dio en el clavo. Su socio no viajó a Polonia para traernos el libro, sino que en el último momento cambió sus planes y consiguió el códice que nos entregó unos días después en París, se trataría por tanto de la copia francesa, pues seguía de forma simultánea la pista a las dos copias. Zanjamos el trato y le pagamos a la entrega la mitad de lo acordado, diciéndole que le entregaríamos el resto dinero una vez comprobada la autenticidad del manuscrito, cosa que lo hizo encolerizar, hasta casi echar espuma por la boca. Estaba fuera de sí cuando se marchó, así que pusimos un par de hombres a seguirlo por si acaso, para cerciorarnos de que no haría ninguna tontería. Es cuando nos llevó hasta el castillo de Montesa. Sin más contemplaciones forzó la entrada al castillo y divagó entre las ruinas. Se desesperó y empezó a gritar y armar escándalo por lo que tuvieron que intervenir los hombres, no queríamos que atrajera la atención de nadie y lo detuviese la policía local. Todo serian preguntas y a nosotros no nos convienen ciertas respuestas. Lo apresaron y registraron y es cuando le encontramos una página arrancada del libro. Pretendía engañarnos ocultándonos una parte del manuscrito y eso no se lo perdonamos. Nos llamaron nuestros hombres y ordené su eliminación de la organización, limpiamente, como si se tratase de

un accidente. Lo pusimos hasta las orejas de pastillas de éxtasis que se combinaron con el alcohol y las otras drogas que ya había estado tomado toda la noche por su cuenta. Luego dejamos algunas dosis en sus bolsillos y esperamos a que le diese un ataque o se estrellara con el coche. Y eso ocurrió, la combinación de drogas hicieron su efecto rápidamente y no hizo falta ni que subiese su vehículo, cayó rodando de una peña próxima y se golpeó fatalmente la cabeza. Nuestros hombres solo tuvieron que certificar su muerte. Fue muy sencillo que tomaran las evidencias por la verdad, todo el que conocía a Roberto pensaba que iba a acabar algún día así, pues estaba enganchado a todo lo que uno se podía enganchar. Además ya hicimos las indicaciones oportunas a nuestros contactos dentro de la Guardia Civil para asegurarnos que no meterían más mano al asunto.

— ¿Y qué hay del tesoro que promete el hermano Juan y que supongo fue a buscar el pobre de Roberto?

— No se adelante. De momento no es un tema prioritario para nosotros. Dios sabe en qué manos estará el supuesto tesoro si es que alguna vez ha existido. Si todo el contenido literal del libro es una trampa este fragmento no tiene por qué dejar de serlo. Además las ruinas del castillo han sido trilladas durante siglos por sus habitantes, y luego por los curiosos y estudiosos que se acercan por allí y dudo que si existió algo de ese tesoro esté aún en ese lugar. Pero su existencia, que es tan evidentemente improbable para nosotros, para un hombre al borde de la desesperación y la bancarrota, y machacado por excesos de todo tipo como lo era Roberto, le pudo parecer real. Y más a él porque sería la solución a todos sus problemas. De todas formas es algo que pensamos estudiar más adelante, ahora todos nuestros esfuerzos se centran en culminar nuestra obra.

— ¿Y Julia? ¿Por qué no les entregó el libro?

— Ya se lo dije antes, quiso aprovecharse. Así que no tuvimos más remedio que ir a buscarlo por nuestros medios. Su amigo Rogelio es hombre muy explícito a la vista de cualquier divisa que se pueda cambiar en el mercado negro. Teníamos intervenidas todas las comunicaciones de la librería, las de su casa, y las de los demás empleados. Así que contactamos con su amigo polaco y nos facilitó la llave del piso de Julia. Intentó escapar y rodó escaleras abajo rompiéndose algunos huesos. Un lamentable accidente del cual no hemos tenido directamente la culpa.

— ¿Y no encontraron el libro entonces?

— Por supuesto que lo encontramos. Pero entonces recibimos la noticia de su llegada a Varsovia. Queríamos, y luego le explicaré porque, que coincidiese usted con el libro, que tomase contacto con él, que le asegurara a su amigo Cristian que lo habían encontrado. La razón es que hay otras personas detrás de este libro. Su amigo Cristian trabaja para ellos, no sé si estará informado.

— Lo estoy. — Acepté sin más remedio.

— Pues bien, queríamos descubrir quienes eran y porque lo hacían. Supimos de su presencia cuando intentamos pincharle a usted el teléfono, ya se nos habían adelantado. Pero hicimos un buen trabajo y al final supimos que era gente vinculada a la revista para la cual trabaja su joven amigo. Era gente rara que se escondía detrás de sociedades y que controlaba varios negocios, muchos de ellos vinculados con la edición de revistas y libros esotéricos. Su amigo inventó la supuesta cita en el Palacio de Cultura el día 8 basándose en una intrascendente nota de Julia sin ninguna relación con el libro. Avisó a su organización para que enviaran un contacto a recoger el libro y asunto concluido, el libro habría caído en sus manos. Pero por supuesto nosotros escuchamos todo su plan que discretamente dictó cuando habló por teléfono con la revista desde el

apartamento. Iba a engañarle a usted pero usted los engaño a ellos y nosotros a los dos. Por supuesto que lo teníamos todo controlado con varias cámaras vigilando sus movimientos dentro del piso. Fue muy ingenioso al cambiar las tapas del libro y se arriesgó a que su contacto fuese un lerdo en lo tocante a libros de alquimia cosa que asombrosamente ocurrió. Para no perder el rastro de tan valioso libro le insertamos en la tapa un trasmisor de localización. Con su involuntaria ayuda nos ha conducido hasta nuestra competencia y ahora los estamos investigando. A usted y al libro, sin el trasmisor de la tapa no hubo más remedio que seguirles de forma convencional. Una vez en el hotel preparamos su, permítame decirlo así, invitación a colaborar con nosotros. Una vez arreglados todos los pormenores del viaje nuestros agentes le trajeron hasta aquí. La verdad es que corrimos un enorme riesgo dejando el libro fuera de nuestro control directo durante unas horas, podía usted haberlo perdido o destruido, pero nuestro guía, al que le voy a presentar nos aseguró que teníamos que hacerlo así. Nos costó mucho aceptar esta exigencia, pero viniendo la recomendación de quien venía lo hicimos, pero minimizando los riesgos. Nunca hubo un hombre de los nuestros a más de cinco metros del "Corcel filosófico" y en todo momento estuvieron dispuestos para intervenir si se hubiese presentado el menor peligro.

Bajamos a otro nivel. Evidentemente era de reciente ocupación y aún había gente instalando mobiliario y cableando las paredes. Allá al fondo, al otro extremo de la sala se veía a un grupo de gente sentados alrededor de una improvisada mesa de reuniones. Nos acercamos hasta ellos mientras clavaban todas sus miradas en mi persona.

— Aquí lo tienen, es él. Nuestro hombre — dijo el señor Alberto a los allí reunidos — está aquí. Por favor señor Gómez, deje que le presente a nuestro guía, el señor Hermes.

— Hola señor Gómez. —Me saludó.

— Hola.

No daba crédito a mis ojos. Era sin duda él. Podía haber utilizado un nombre más discreto, pero conociendo a mi hermano Noel León era lo menos que me esperaba. Que hacía aquí no lo sabía pero era evidente que La Orden estaba al tanto del asunto. Eso me tranquilizó ya que de no ser así tendría que hacer yo solo todo el trabajo. Noel era de esos tipos a los que invitarías sin dudarlo a una fiesta, con pinta de bon vivant y siempre vestido de forma informal pero elegante. Una cabellera blanca y empinada y numerosos y cuidados complementos que combinaban con su vestimenta, entre las cuales destacaban su inseparable bastón de hueso y caoba y su sombrero panamá blanco, le conferían ese aire de intelectual aristocrático y urbanita de mente crítica y lenguaje sarcástico.

— De todos nuestros videntes — dijo el señor Alberto — nuestro Guía Hermes es el que más satisfacciones nos ha dado. Gracias a él hemos desvelado algunos puntos oscuros y completado las operaciones preparatorias a la Obra, creemos que si hubieran durado más sus revelaciones en algunos años podíamos haber llegado al final, pero ahora no es necesario, tenemos el atajo perfecto, el resultado en nuestras manos. El señor Hermes nos predijo en estado de trance lo siguiente: — se aprestó a leer un cuadernillo que estaba sobre la mesa — "Un viejo de descomunal barriga y costumbres toscas será la clave de la Obra, viajará a un país lejano y hemos de procurar que tome contacto con el libro. Él sabrá qué hacer con el Polvo de proyección para preparar La Medicina Universal, el posee el secreto, la clave, es el excelso conocedor del secreto. Debemos dejarlo marchar solo con el libro, a su morada donde bajo el manto de la soledad nos brindará el Oro filosófico". ¿Qué le parece?

— Me deja boquiabierto. Yo no sé nada de ninguna clave, no conozco ningún secreto.

No acertaba aún a adivinar lo que tramaba Noel. Lo que no le perdono es el llamarme viejo de descomunal barriga y menos de costumbres toscas. Era habitual en él no tomarse nada en serio, pero no imagine que llegase hasta ese extremo. Pensé que si Noel quería hacerles creer que yo podía preparar la Medicina Universal o realizar la Crisopeya debía seguirle la corriente.

— Nuestro guía nos insistió que le dejáramos marchar con el libro, que en su casa de campo poseía un laboratorio alquímico en el cual podría completar la trasmutación. Debía de estar solo y no ser observado por nadie. Sabemos que las la simple presencia de auras no adecuadas pueden arruinar un experimento alquímico, y no queremos que se desperdicie ni un microgramo de polvo. Pero tampoco podemos correr el riesgo de que se extravíe usted con el libro. Por ello hemos traído todo su laboratorio aquí. Tiene una sala a su disposición, totalmente aislada y sin cámaras ni escuchas, ya que como dijo nuestro vidente, cualquier interferencia podría estropearlo todo. Queremos que se ponga a trabajar de inmediato. Si precisa de cualquier cosa nos lo dice y la haremos traer.

— Bueno, tendré que admitirlo —dije siguiendo el supuesto juego que había urdido mi hermano — puedo darles aquello que desean.

— Bien, sabía que nuestro guía no nos iba a fallar. Estupendo. Pasé a su laboratorio.

Pasamos a una sala contigua. La verdad es que literalmente habían trasladado mi laboratorio pieza a pieza y lo habían dejado tal y como lo tenía en mi casa. No sabía bien cuál era el plan de mi hermano, o peor aún si realmente tenía algún plan. Era evidente que

la Orden estaba al tanto de los intentos de esta gente por obtener La Obra y no podían dejar que campasen a sus anchas. Yo por mi parte tenía el deber de neutralizar cualquier intento de propagación indebida del Arte y eso es lo que había intentado hasta el momento. Pero ahora mi mayor preocupación era sin duda intentar comunicarme con mi hermano Noel para que me pusiese al tanto de sus intenciones. El problema era como. No poseo ningún tipo de percepción extrasensorial o telepática como algunos de nuestros hermanos. Mi vía es otra. Así que las únicas esperanzas de poder hablar con Noel serían cara a cara sin que *ellos* nos escuchasen.

— Como ve está todo en orden. — Prosiguió el señor Alberto — Sabemos que se prestará a colaborar. Pero como siempre no podemos correr riesgos. Verá. Su amiga Julia por la que al parecer siente gran estima ha sido en realidad trasladada hasta aquí. Ya está fuera de peligro en la enfermería, pero no por mucho tiempo. Le vamos a inyectar una substancia mortal. La droga no actuará rápidamente tardará un día aproximadamente, pero ira causando el paulatino aletargamiento de sus funciones vitales. Solamente hay una forma de salvarla, que usted prepare una buena dosis de Oro Potable, de elixir de la Eterna Juventud que vendría a restablecer su vigor.

— ¡Son ustedes unos depravados! —Grité blandiendo mi puño, sin saber a quién o a que pretender darle, en un alarde de inútil valentía. — Nunca conseguirán conocer el secreto.

Mi hermano Noel me miró. Su mirada me indicaba que todo iba a ir bien, que estaba todo controlado. El problema es que no me fiaba un pelo de tan excéntrico personaje

— No nos podemos arriesgar a que queme el preciado polvo por un descuido, así procurará no fallar. Verá, lo de fabricar oro es muy importante para nosotros, pero el Elixir lo es aún más. Debe de preparar al menos quince dosis contando la de su amiga Julia. Así

dispondremos de décadas o siglos para completar nuestras investigaciones y poder reproducir este maravilloso polvo. Con la facultad de fabricar oro en nuestras manos y todo el tiempo del mundo podremos tener el poder. Todo el poder del mundo.

Era evidente que estaban locos. No tenían ni la más remota idea de cómo actuaba y que era realmente La Eterna Juventud. Pensaban que era algo parecido a tomarse una aspirina y ya está. Lo malo del asunto es que la vida de Julia estaba en peligro y no sabía cómo poder ponerla a salvo. Era evidente que la quería. No sé muy bien el tipo de amor que profesaba por ella, las limitaciones eran muchas. La más evidente era mi edad y aspecto, además de haberla tratado siempre como una eficiente empleada. La otra era mi voto secreto el cual no dejaba ningún margen para aventuras de ese tipo. Solamente podía confiar en Noel León. Si debía de elegir entre mi vida y la de Julia juntas o desvelar aquello que debe permanecer tras el velo no habría de dudar ni un segundo en proteger los más secretos Arcanos de la vista de los sopladores. Pero en este preciso instante estaba dándome cuenta de lo mucho de hombre inferior y sublunar que aún llevaba dentro de mí. Estaba dudando y eso era lo más malo que podía pasarme.

— Tendrán sus dosis, pero necesito más tiempo.

— No hay más tiempo. De lo que sí estamos seguros es que una vez obtenido el Polvo de proyección, la preparación de La Medicina es rápida y sencilla y la trasmutación metálica cosa de minutos, así que no nos venga con evasivas. Mañana a estas horas prepararemos la ceremonia por la cual yo y mis compañeros pasaremos a ser algo más que simples humanos.

— Necesitaría hablar con su guía a solas.

El señor Alberto miró a mi hermano. Esté hizo una seña como dando su autorización.

— Bien, es todo suyo. Pero quisiéramos que se ponga a trabajar de inmediato. Cuando esté preparado le traeremos una porción de polvo totalmente listo y aislado. No debe ni desperdiciar ni una mota. Cada microgramo de esta substancia ha costado millones, téngalo en cuenta.

El señor Alberto y el señor Marino salieron de la estancia, pero se plantaron justo enfrente de la puerta, aguantándola para que permaneciese abierta y hablado entre ellos, pero muy pendientes de lo que hacíamos mi hermano y yo. Podríamos comunicarnos alguna cosa pero deberíamos hacerlo con muchísimo tacto. Noel me guiñó un ojo, algo quería decirme...

— Bueno señor Gómez, supongo que lo que querrá saber es porque he visto en usted a la persona que puede hacer esto.

— Sí — asentí devolviéndole el guiño.

— Usted como alquimista sabe que todo tiene su tiempo, y este es el suyo.

— Sí — Dije de nuevo sin comprender nada.

— Hay que vigilar los tiempos dicen los maestros.

— Evidentemente. Hay que medirlo todo.

— Exacto, pero los hombres vulgares no lo saben.

— Sí, no lo saben.

Noel mostró cara de indignación. Algo quería decirme pero no sabía el que.

— Bueno, no se quejará del laboratorio, lo han traído todo, además la sala es magnífica, mire hacia arriba, los techos son robustos y el suelo también, todo es de puro metal y roca, tanto arriba como abajo.

— Sí, creo comprender.

Era evidente que se refería al principio básico del hermetismo "Como arriba es abajo" según reza la Tabla Esmeraldina atribuida precisamente a Hermes Trimegisto. Bien ya sabíamos algo. Era la ley de la Correspondencia. El universo, el mundo es el Macrocosmos y el hombre el Microcosmos. Aunque en apariencia permanezcan separados son uno en esencia. Cada cambio en el Macrocosmos afecta al Microcosmos y viceversa. Todas las disciplinas herméticas se basan en dicho principio. La mística persigue la unión del Microcosmos y el Macrocosmos, del iniciado y la Divinidad. El esoterismo estudia simbólicamente sus relaciones y por fin la Magia opera a nivel ritual en el Microcosmos para producir cambios en el Macrocosmos

Y todo es simbólico. La plata por ejemplo es la representación microcósmica de la Luna. Así dicho metal comparte las propiedades de dicho astro. Quien portaba por ejemplo un talismán de dicho material tradicionalmente estaba protegido contra los terrores nocturnos. Incluso la mitología popular habla de disparar balas de plata contra los hombres lobo, que casualmente se trasforman en tales bajo los influjos de la Luna llena. Bien, estaba comprendido. Era el abc del esoterismo. ¿Pero qué significaba realmente?

— Hay que mirar siempre arriba. Aquí no notamos el tiempo, pero afuera la temperatura es algo baja. Y el tiempo es para todos igual, ojala el mal tiempo fuera para las malas personas y el bueno para las buenas. Pero es imposible, solo sería posible si nosotros lo controláramos.

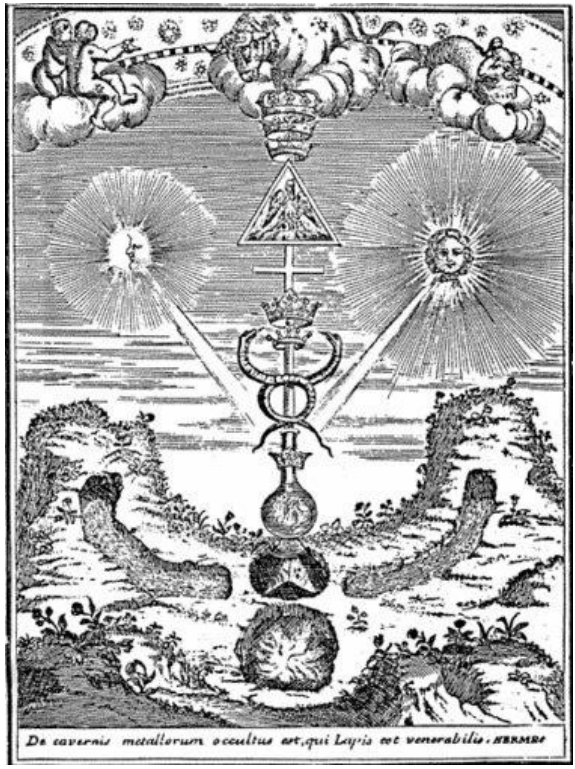
— Entendido, señor Hermes, entendido — dije guiñándole de nuevo el ojo — pero si me disculpa ahora debo de empezar a trabajar.

— Confió en que sabe lo que hace.

— No le quepa la menor duda.

Había captado su plan. Sabía lo que había de hacer, pero de todas formas la parte final sería aleatoria.

CAPÍTULO 7
Lapis Philosophicus



El Lapis Philosophicus o Piedra Filosofal es el estadio último de la Gran Obra. La meta, la perfección que perfecciona todo lo corrupto y mortal que toca. Siendo el estado natural del cosmos, sin embargo los que lo anhelan lo van buscando sin encontrarlo jamás, pues nunca sospechan que se encuentre por todas partes. Como el pez que busca algún día encontrar el agua viviendo sumergido en el océano.

Pero en este caso había que darles algo que les convenciese de que al fin habían encontrado aquello que buscaban. Y me propuse dárselo.

Tenía el preparado en mis manos y a doce personas al menos tan mayores como yo sentados alrededor de una mesa mirando los pequeños recipientes que lo contenían como a quien se le aparecía la virgen. Y no era para menos pues dicha substancia tenía el poder de asegurar una vida larga y feliz, sin enfermedad alguna, al menos teóricamente.

—Señores— inició su locución el señor Marino, que por su cargo en la organización se creía al mismo nivel que los socios de tan oscuro club — tenemos aquello que hace muchos años nos propusimos encontrar. Hemos consumido muchos medios y dedicado mucho tiempo en su búsqueda, pero he aquí la confirmación de que todos nuestros esfuerzos no han sido en vano.

Sí, no hay duda que el pequeño frasco que sostiene nuestro colaborador en su mano contiene la Medicina Universal, capaz de regenerar el cuerpo. Quien lo tome permanecerá joven y vigoroso por siempre, habrá conquistado la inmortalidad.

Y somos ustedes y yo los afortunados que vamos a obtener dicho poder. Pero como saben esto no es todo. Aquí tengo lo que hace unos pocos minutos era una posta de plomo , pero que ahora , gracias a la maravillosa substancia que hemos descubierto es una pequeña bola de oro puro — dijo, a la par que la hacía rodar de manera efectista por la larga mesa de reuniones, dando constancia de su composición y tamaño ante los allí reunidos.

— ¿Qué garantías nos ofrece de lo que dice es absolutamente cierto? — preguntó un tipo bajo y regordete con una elegante chaqueta azul —. No podemos tomar una substancia desconocida por las buenas, supongo que la habrán probado antes.

— Señor Cosme — contestó el señor Marino — usted sabe que nuestra premisa ha sido siempre el no correr riesgos. Hemos probado dicha substancia sobre la mujer a la que se le suministró la toxina, y de no haberle administrado la Medicina Universal la hubiese matado en pocas horas. Y ahora duerme plácidamente y fuera de peligro en una de nuestras habitaciones. Además el análisis químico y microbiológico del preparado ha excluido toda posibilidad de toxicidad o efecto secundario.

— Bueno, — se aprestó a decir otro de los asistentes — el grupo farmacéutico que posee mi familia tarda varios años en comprobar todos los efectos de un nuevo medicamento, las pruebas y simulaciones son redundantes y muy complejas, y eso que se trata simplemente de moléculas convencionales y bien conocidas. ¿Está seguro que con una simple prueba a una paciente y un análisis químico corriente puede averiguar todos los efectos nocivos de una substancia radicalmente diferente a todo cuanto conocemos?

— Bueno señores. — Alzó la voz algo irritado el señor Alberto, que era quien al parecer cortaba el bacalao dentro del macabro club de millonarios, levantándose de mala manera de la silla. —Señores, — repitió ya de pié enfáticamente, pues quizás para él fuese el momento culminante de su vida y no podía permitir que se lo estropearan — hemos dividido la dilución obtenida en dosis individuales. Según los acuerdos firmados por todos y cada uno de los presentes cada cual es libre de tomar su parte, pero quien lo haga ha de hacerlo en este mismo acto, así que vamos a distribuirles una dosis y que cada uno haga de ella lo que le plazca. La cantidad de polvo es limitadísima y no creo que podamos hallar un filón más abundante que el obtenido del Testamento de Juan el Negro hasta que logremos fabricar dicha substancia por nuestros medios. Según nuestro experto, el señor Gómez al cual tengo el gusto de presentar-

les como el hombre que ha logrado fabricar la medicina a partir del Polvo de Proyección — me levanté y saludé agachando un poco la cabeza para luego ponerme a repartir, tal como me indicó el señor Marino, un frasco a cada asistente — el preparado perderá sus efectos en cuatro horas. Así que quien se atreva a tomarlo que lo haga por su cuenta y riesgo. Ya advertimos que este sería el acto por el cual pasaríamos las puertas de la vida y la muerte, el acto inaugural de una nueva era en la que nuestro poder no tendrá ningún límite. Hay que hacerlo ahora y pasar a un estadio reservado sólo a unos pocos elegidos o quedarse otra vez para siempre en el mundo de los hombres corrientes. Señores quien quiera acompañarme que lo haga —dijo mientras bebía de un solo sorbo la dosis que tenía en frente de él.

El señor Alberto pareció estremecerse.

Los demás permanecieron atónitos y expectantes.

Al cabo de pocos minutos habló de nuevo. Su rostro expresaba una euforia sin límites y sus ojos tenían un brillo especial.

— Señores les puedo asegurar que me siento tan lleno de energía que tengo la sensación de rejuvenecer a cada minuto.

De un salto se subió encima de la mesa y comenzó a realizar todo tipo de piruetas con la lógica sorpresa de los asistentes.

— Es maravilloso —exclamó — me siento como si tuviera veinte años. Hagan lo que quieran pero a cada segundo que pasa el preparado pierde efectividad.

— Señores habrá que tomar una decisión — dijo levantándose uno de los allí reunidos.

— Que cada cual haga lo que quiera —contestó otro — en mi caso decido acompañar al señor Alberto.

Dos o tres más lo hicieron. Y todos aseguraron sentirse enormemente bien.

Pasó una hora y solamente cinco se habían decidido a tomar el preparado.

— Es estupendo — dijo uno de los asistentes de más avanzada edad —, probadlo. Me siento más lúcido que en mi vida. A ver, ¿quién puede hacerme el favor ponerme un problema de cálculo infinitesimal? ¡Recuerdo a la perfección todo lo que aprendí en la universidad como si ayer hubiera estudiado para los exámenes!

Alguien, que debía de ser matemático, se lo tomó en serio y le puso una serie de problemas que su entusiasmado compañero resolvió con una celeridad y precisión que sorprendió a todos.

Al cabo de un par de horas todos habían tomado el preparado apoderándose de ellos una especie de frenesí colectivo. Más que serios hombres de negocio parecían bebedores de taberna en un día de vino gratis, saltando, brincando, entregándose a todo tipo de ejercicios físicos y mentales. La escena era patética. Alguien tuvo una idea de hacer aquella noche lo que no habían podido hacer hasta la fecha por causa de su edad y enfermedades proponiendo celebrar en la misma mansión una enorme orgía en donde no faltarían ningún tipo de excesos que solo unas horas antes tenían vetados por prescripción médica.

Cuando empezaron a llegar los servicios encargados por teléfono me retiré discretamente.

Al parecer estaba todo hecho, pero al menos a mí me faltaba una explicación. Así que busqué a mi hermano “Hermes” y lo hice sen-

tar en un banco del jardín del palacete. La noche era serena y la luna había llegado justo a su oscuridad total. Era el momento propicio para saberlo todo.

— Antes de empezar — comenzó a hablar mi hermano Noel — he de decirte que hemos de esperar a alguien a quien también se le deben unas cuantas explicaciones. No tardará en llegar.

.....

La asamblea se había reunido con carácter extraordinario. Como siempre, y tras las formulas rituales pertinentes, el Gran Maestre inició el cónclave.

— Como saben nuestro querido hermano Juan nos ha jugado una mala pasada que por poco compromete el nombre de nuestra Logia por todos los siglos venideros. No debimos ser tan indulgentes con él, ni debimos haberlo tratado con tanta ligereza. Nuestro hermano ha resultado ser más listo de lo que suponíamos y si no fuera por las extremas precauciones que siempre tomamos hubiera causado un daño irreparable. Fue la noche antes de su partida. Con absoluta temeridad salió de su mazmorra y buscó entre los restos de su laboratorio parte del Polvo de Proyección que había obtenido. Dicha noche como os decía bajó sigilosamente a la cripta y entró en la cámara de los copistas. Diluyó dicho polvo en la tinta que luego iban a utilizar para copiar su manuscrito. Su ardid era perfecto. Seriamos nosotros los que en el intento de silenciar sus experimentos distribuiríamos y daríamos publicidad a un escrito que contenía el fruto final de la Obra, un vergonzoso atajo que sería la panacea de los sopladores. Pero lejos de abortar su plan decidimos seguirlo. No, no piensen que nosotros nos hemos vuelto unos herejes del Arte como nuestro hermano Juan. Vamos a utilizar su engaño en contra de él y sus intenciones. Puede que nos lleve años, incluso siglos, pero nos será de una inestimable ayuda.

— ¿Pero no será demasiado arriesgado? — Preguntó un hermano.

— No si actuamos con perseverancia y diligencia. Precisamente esto es lo que no poseen los sopladores, el poder de esperar, de ver madurar los frutos por sí mismos.

.....

— ¿Que pinta la Orden en todo esto? —pregunté

— Íbamos detrás de este grupo de insensatos que por fortuna hemos podido neutralizar.

— ¿Pero como os enterasteis del libro, de la organización y todo eso?

— La Orden tiene controlado el libro desde el principio. El avieso hermano Juan urdió un plan para legar La Piedra a las generaciones futuras. Fue un alquimista avanzado que obtuvo la Obra pero que cayó en la tentación de divulgarla sin ningún cuidado. Enterada la Orden puso fin a sus experimentos y le instó a redactar una obra en la que explicara totalmente a la contrahaz las operaciones alquímicas aprovechando así su fama de hombre poco discreto para divulgar caminos errados del Arte con el único objeto de confundir a los sopladores.

— Pero el Hermano Juan halló un método para burlar la censura que se le impuso.

— Sí, y fue muy hábil, pero la Orden estuvo enterada de ello desde el principio. No obstante variaron ligeramente sus planes y aprovecharon esta treta del avispado hermano.

— No llego a comprenderlo.

— Cayeron en la cuenta que el Testamento de Juan era el antídoto definitivo ante los sopladores. Los sopladores corrientes y de poca monta desfallecen al intentar seguir dos o tres obras de los maestros veladas con formas alegóricas. Después de gastar considerables sumas en peligrosos experimentos desisten en su empeño de obtener La Piedra. Pero se supuso que siempre habría algún poderoso soplador que no se detendría ante este primer escollo. Pensaron, dada la época en que acontecieron los hechos, que algún poderoso noble sobrado de recursos se embarcaría en el largo proceso de descifrado literal de las obras sin el concurso de la iluminación por parte de los maestros espirituales. Era algo que debía ocurrir. Es como la caída de cometas a la Tierra, se sabe que cada determinado lapso de tiempo ha de caer uno de proporciones suficientes para alterar el equilibrio biológico. No se sabe si será mañana o dentro de cien mil años, pero es una media que al final se cumple con exactitud matemática.

— Y estos eran modernos nobles ansiosos de poder y riquezas.

— Exacto. Puede que hubiesen surgido cien años atrás o en el siglo que viene, pero era seguro que alguien caería en la tentación de escudriñar más de lo habitual en los secretos alquímicos.

Pero el hermano Juan consiguió la proeza de componer una obra lo suficientemente velada para que solo fuera captada solo por, vamos a llamarlos así, sopladores avanzados, y lo suficientemente explícita para que creyeran que habían obtenido el fruto de sus ansias. Era lo que se llama un cebo perfecto.

— Pero el libro contenía en sí La Piedra.

— Sí, pero la cantidad de polvo no es lo suficientemente grande para que pudieran utilizarlo mal al menos de una forma inmediata.

El libro les daba el polvo. ¿Por qué entonces seguir investigando la forma de obtenerlo si ya lo tenían? Si no se hubieran topado con el libro probablemente hubieran seguido probando y probando nuevos métodos y puede, aunque solo hubiese sido por puro azar, que al final dieran con alguno de los procedimientos de la Gran Obra al menos en su fase material. No se les podía dejar esa posibilidad abierta. Además teniendo en todo momento controlando el libro sabíamos que era cuestión de tiempo que los sopladores avanzados vinieran hasta él desenmascarándose ante nosotros. La Orden hizo que diversos alquimistas dejaran algunas referencias en torno al manuscrito para atraer su atención hasta él, y como siempre de forma lo suficientemente velada que solo fuera accesible para este tipo de sopladores.

— ¿Y yo que pinto en todo esto?

— De momento has concluido la fase final, has neutralizado a esta panda de sopladores, pero aún te falta realizar otra misión.

En efecto tardé un poco en comprender las indicaciones de mi hermano, pero al parecer al final hice lo que pretendían que hiciera. A esos hombres, al igual que a Julia no les habíamos suministrado la Medicina Universal, sino un preparado espagírico, el Elixir de la Eterna Vida no se puede sorber tranquilamente de un trago.

La Espagírica es una disciplina afín a la Alquimia que trata de la fabricación de remedios ante enfermedades con una base alquímica. Lo que habían bebido era sin duda un compuesto no ordinario que tenía el poder de curar ciertas enfermedades, como por ejemplo la intoxicación por veneno de Julia. Pero no se trataba de ningún compuesto químico corriente, tenía una parte viva, animada, sensible al entorno.

Cuando mi hermano me dijo que todo tenía su tiempo y que igual que arriba es abajo se refería sin duda a la correspondencia

entre el movimiento celeste, el de los astros, del macrocosmos y su afección al microcosmos humano. Solo tuve que consultar el pequeño manual de posiciones planetarias. El compuesto actuaría como excelente medicina durante un determinado lapso de tiempo, el tiempo suficiente para que se lo administrasen a Julia y salvasen su vida. Pero pasado ese tiempo, cuando la máquina celeste cambiaba su configuración alterando por correspondencia el microcosmos dicho preparado se convertía en una substancia que aparentaba vigorizar el cuerpo pero que en realidad solo creaba esa ilusión en la mente del individuo. El efecto placebo aumentaba aún más su eficacia. Puede que esta misma noche muchos de estos hombres fallezcan de paro cardíaco, al entregarse a excesos que creen poder realizar, otros, los que se salven, no llegarán a recuperar su cordura. Ni que decir tiene que si van contando que les dieron un Elixir de la Larga Vida en mal estado aún los van a tomar por más locos.

Lo de la trasmutación de una pequeña bolita de plomo fue un añadido mío, como para dar más credibilidad a aquello que querían ver. Siempre guardo una porción de polvo trasmutatorio en un doble fondo de mi reloj de bolsillo. Es clásico pero a mí me va bien si alguna vez necesito algún dinero extra. Solamente he de hacerme con un poco de plomo, algo de cera, un hornillo y en unos minutos ya tengo una onza de oro puro que puedo cambiar fácilmente por dinero. En mi casa guardo, en la cocina junto a los botes de garbanzos, medio quilo de este polvo. Es paradójico que estos hombres registraran mi laboratorio en busca de no sé qué para obtener unos poquísimos gramos de sustancia trasmutatoria cuando en la cocina tenían un bote con más polvo del que jamás pudieran soñar. Como siempre buscaron La Piedra en el sitio equivocado. Yo simplemente era un alquimista solitario que de vez en cuando tenía algún contacto con la Orden, a la que a veces acudía en busca de consejo o ayuda en mis investigaciones, y ahora estaba satisfecho al haberles prestado una valiosa asistencia. Pero me intrigaba esa “otra misión” que ahora quería encomendarme mi hermano de regla.

— Verás —prosiguió — lo de contar contigo fue por pura casualidad. Roberto fue el hilo conductor ya que era la persona que utilizaban para localizar los libros, al saber de tu relación con él decidimos que podías sernos de utilidad. Seguro que sabes que había otra organización detrás del libro. Éramos nosotros. Siempre lo tuvimos controlado pero eso le daba más juego al asunto y nos permitía, vamos a decirlo así, jugar con el cebo antes de que el pez picara. El grupo editorial para el cual trabaja Cristian es nuestro, es una de nuestras estratégicas tapaderas, como lo fue el convento del castillo de Montesa en la edad media. También en los sótanos del edificio de la editorial nos reunimos como hace siglos.

— Lo de la cita en el Palacio de Cultura fue cosa vuestra.

— Sí, aprovechamos la nota junto al teléfono para inventar la historia. El objetivo era en principio recuperar el libro, pero debido a tu argucia de última hora decidimos cambiar radicalmente los planes y aprovechar para adelantar la segunda fase que consistía en eliminar la estructura criminal del señor Alberto y compañía. He estado infiltrado en este lugar desde hace tiempo y con la organización descabezada te aseguro que aquí no quedará nadie en un mes. Sus herederos, enzarzados cada uno en hacerse con el control de sus enormes patrimonios, no se preocuparán por este desconocido club privado a nombre de una sociedad extranjera offshore con participaciones cruzadas de otras. El bocado grande es demasiado apetitoso para fijarse en esta relativamente pequeña multipropiedad que procuraremos adquirir nosotros.

— ¿Y cuál es esa otra misión que aún debo cumplir?

— Ya te comenté que la aparición de sopladores avanzados era cíclica en el tiempo. No sabemos cuando y donde volverán a aparecer. El Testamento de Juan el Negro ha cumplido su función a la perfección, pero quizás no pueda funcionar igual en los siglos ve-

nideros. Pero ya que el método del cebo nos ha ido tan bien, queremos echarlo de nuevo. Evidentemente hemos de pensar en nuevas soluciones. Necesitamos otro Juan el Negro para el siglo que viene, alguien inquieto e impetuoso, con ganas de comerse el mundo y hacer algo en su vida trascendente para la humanidad. Alguien que se ve involucrado en una extraña historia, que conoce a un alquimista, que intenta arrancarle su secreto y comunicarlo a miles de millones de personas, alguien que tenga todas estas ambiciones Además ha de resolver en un futuro uno de los cabos sueltos de esta historia, lo del supuesto tesoro que promete Juan es su libro, escondido en las ruinas de Montesa, esa va ser su otra misión.

— ¿Y habéis pensado en alguien en concreto?

— Sí, y por allí viene, era la persona que esperábamos.

No había duda, su pinta de empollón lo delataba aún a la otra punta del jardín. Era mi amigo Cristian que se acercaba con su particular paso incoherente.

— ¿Y qué tengo que contarle?—pregunté.

— Tienes medio minuto para pensarlo.

FIN

Apéndice
Por un anónimo amigo del autor

Una pequeña guía simbólica
El Testamento de Juan el Negro

Comentar y apostillar un escrito de alguien con el que colaboras en algunas facetas creativas no es trabajo fácil. No por la tarea en concreto, que puede ser más o menos complicada, la dificultad reside fundamentalmente en mantener la distancia entre obra y autor, entre opinión y conocimiento explícito y confesado de las intencionalidades del autor al urdir su trama así como la cesión ante sus

apuntes y añadidos a mi primer borrador al respecto, por lo que se podrían considerar estas notas casi como un trabajo conjunto. Lo cual empero sería justo, pues también ha ocurrido de forma recíproca respecto al texto principal de la novela. Por ello (y por otras razones apuntadas más abajo) no me voy a extender en estas notas.

Lo primero que cabe destacar es que esta breve novela puede tener una doble lectura.

Una es únicamente de carácter lúdico, como relato de aventuras e intriga, y perfectamente disfrutable en este único ámbito.

La otra intención es la simbólica, cuyo mensaje y códigos se encuentran incrustados en la referida anterior trama.

Como todo lo simbólico, el valor de esta última lectura reside precisamente en su significado no manifiesto, polivalente y arquetípico, que si deviniese explícito y concreto perdería toda su utilidad. También es cierto que esta indeterminación de lo simbólico lo hace a veces inasible y adusto, por lo que el lector se merece una pequeña guía que lo acote, que lo vuelva un poco más sublunar.

Y así, entendiendo que toda explicación de lo simbólico le resta validez, vamos solamente a esbozar unas cuantas ideas al respecto, pues es tarea de la parte no consciente del lector el aprehender su esencia. Dicho esto, allá vamos.

LOS PERSONAJES PRINCIPALES. EL SR. PABLO Y CRISTIAN

Estos dos personajes representan al aprendiz y al maestro. Cristian es el buscador, el que vislumbra la existencia de una realidad trascendente y mágica, que intuye, pero que se le esfuma y esconde esquivamente detrás de su común realidad cotidiana. Es el neófito, el Parsifal, en cierto modo el Mercurio como materia primera del

Arte Alquímico, la materia obscura e indeterminada que dio origen al cosmos. El Sr. Pablo es el maestro, el chamán, el portador de conocimiento, el que aún viviendo en el mundo está por encima del ámbito humano. Su orondo perfil es un símbolo mandálico, circular, búdico en su perfección tras descartar la vía mortificadora. En toda historia, maestro y aprendiz están destinados a encontrarse y eternizar el conocimiento primordial y ancestral.

LOS PERSONAJES SECUNDARIOS

Roberto es el hombre volcado en lo material, el que anhela construir la felicidad mediante la acumulación de objetos y la satisfacción del deseo, pereciendo en este vano y demencial sendero. Es la Torre de Babel que pretende conquistar el cielo por asalto y que perece en tan fútil intento. Es hijo de Gonzalo (la lógica y el razonamiento) que cuando se une a los ideales y al espíritu (Sr. Pablo en su época de socios) da lugar al florecimiento de obras que ayudan al mundo, pero cuando se alía al ego, a los bajos instintos y al deseo de poder conduce al desastre y la locura.

Julia es el personaje (Junto con Juan "El Negro") más complejo en cuanto a simbolismo, lo que contrasta con su escasa aparición en la trama (breve pero fundamental). Representa a la parte femenina del mundo, al alma, no explícita pero presente, muchas veces asimilada la Madre Universal o Mater Virgo, el Yin de la filosofía oriental, pero que es la clave de todo. También es la mente intuitiva, instintiva, que a veces se extravía, la Eva caída y expulsada del paraíso, que se vuelve mortal y solamente dispone de un tiempo limitado sobre el mundo (su envenenamiento) y que únicamente se puede salvar a través de lo trascendente.

Juan "El Negro" es sin duda la personificación de Prometeo, del que busca difundir los secretos reservados a los dioses entre los simples mortales. El hombre que busca engañar a su propio desti-

no pero que no puede sustraerse del mismo (El pasaje de Juan en la gruta rodeado por 12 monjes, que representan los 12 signos del zodíaco, expresión del destino último del individuo frente a la inmensidad y fatalidad cósmica).

De Noel León, podemos decir que su palindrómico, anagrámico y significante nombre nos da muchas claves de su papel a efectos simbólicos.

Las dos organizaciones enfrentadas perpetúan la eterna lucha entre la Luz y la Obscuridad, lo que se traduce en la interacción entre los protagonistas y los personajes afiliados a cada una.

UNA GUIA INICIÁTICA

La trama, los lugares, los tiempos y otros elementos de la historia conforman un pequeño camino de iniciación, de elevación personal, de guía para la trasformación del ego, para la consecución de un estado mental más armónico y lucido, pero esto es lo que el lector ha de descubrir – si quiere – Quizás encuentre mucho más de lo que intencionalmente y de forma consciente se escribió. Pues el verdadero maestro, el único que puede elevar nuestra vida, al final, se encuentra en nosotros mismos. Lo demás es un simple medio para ello.

Este libro se terminó de imprimir
en Almería durante el mes de mayo de 2016